

ALEXANDER LERNET-HOLENIA



El joven Moncada



Un atractivo aventurero pone en marcha una refinada maquinación, cuyo objetivo se desvelará poco antes del desenlace de esta historia hilarante situada en Argentina y España. El dinero, la clase social y el amor son los ingredientes principales de este relato lleno de ironía, en el que no escasean los diálogos chispeantes que se suceden a un ritmo vivísimo. Con fino espíritu vienés, Lernet-Holenia construye en *El joven Moncada*, publicado por primera vez en 1954, una arquitectura casi perfecta, una trama sin fisuras, en aras del placer del juego y la diversión en estado puro.



Alexander Lernet-Holenia

El joven Moncada

ePub r1.0

Titivillus 17.07.17

Título original: *Der junge Moncada*
Alexander Lernet-Holenia, 1954
Traducción: Adan Kovacsics
Revisión: Pere Trilla y Julio Hurtado
Fotografía de la cubierta: Paul Zsolnay Verlag Wien

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



*A los manes del conde de Saint-Germain,
a quien debo el tema de esta novela*

I

Ocurrió no hace mucho que un joven acudió al despacho del director administrativo de una empresa exportadora de Buenos Aires para comunicarle su deseo de acceder allí a un puesto de trabajo.

—Me llamo Juan Moncada —dijo—. Soy soltero, español de nacimiento y tengo veintiocho años. Aunque provengo de una familia acomodada, he decidido no dedicar mi vida al ocio, sino ejercer alguna actividad para provecho de la sociedad humana y también para provecho propio. He abandonado, por tanto, mi país para venir a esta tierra de gran futuro y no he tardado en enterarme, a poco de mi llegada, de la fama de que goza su empresa. Aquí estoy, pues, para ofrecerle mis servicios.

El director administrativo, un tal Quejara, obligado a despachar diariamente a docenas de buscadores de empleo en el umbral mismo de la empresa, por así decirlo, sin siquiera poder prestarles la más mínima atención, se mostró cautivado tanto por los principios y el buen aspecto del señor Moncada como por la educación y franqueza con que el joven exponía su petición. Lo consideró la expresión de ese estilo de vida auténticamente español que, por lo demás, tanto se echaba ya de menos; y como el solicitante, para más inri, no parecía necesitar aquello que pedía, el director enseguida decidió en su fuero interno concederle su deseo.

—Señor Moncada —dijo—, sus principios son de lo más excelentes y nadie podrá negarle a usted el debido respeto. Sin embargo, ni siquiera nuestros mejores propósitos provienen siempre de los impulsos a los que los atribuimos, sino con bastante frecuencia de sus opuestos. Soy considerablemente mayor que usted y conozco el mundo. Antes de que ponga en práctica su decisión, tan cargada de responsabilidad, de entrar en nuestra empresa, le plantearé, pues, una pregunta: ¿ha sido realmente solo la intención de hacer algo de provecho la que lo ha inducido a tomar esta determinación o no interviene también quizá, como tantas veces, cierta decepción por otras circunstancias que ha vivido?

—A decir verdad —respondió el joven—, sí interviene cierta decepción.

—Ya ve usted —dijo el señor Quejara—. No quiero ser indiscreto, pero ¿se produjo esta decepción en el terreno del amor?

—Por desgracia, no.

—¿Cómo que por desgracia? Yo creía que este tipo de experiencia es el que mayor dolor provoca.

—Así es —replicó Juan—. Pero en tales casos se nos ofrece también la mayoría de los antídotos. Cada vez que uno pierde a una mujer, halla a gran cantidad de otras mujeres que tienen la bondad de consolarnos para superar la pérdida de la que parecía una y única. Si hubiera sufrido, por tanto, las decepciones en el ámbito del amor, con toda probabilidad no me encontraría ahora aquí, sino en algún desfile de moda o en la actuación de un ballet. No, señor Quejara, mis decepciones son de naturaleza financiera y eso tiene poco arreglo, aunque el dinero fluya en abundancia. Porque el dinero de los otros no se pone a nuestra disposición con la misma facilidad que las mujeres de los otros.

—Tiene usted razón —dijo el señor Quejara—. Nuestro sistema financiero guarda similitud con una pirámide y solo quienes se hallan en la proximidad de la punta gozan de sus ventajas; los demás, en cambio, los que conforman la base, poco o nada disfrutan de todo el dinero existente. El amor, por el contrario, se limita a conectar a las personas por parejas, y como esta conexión se produce con bastante frecuencia, el amor puede compararse más que nada con un cuerpo con forma de disco que, no siendo muy alto, se extiende a lo ancho.

—Es posible —contestó Juan, que ni consideraba acertada la comparación ni parecía tenerle mucho aprecio al amor. El director administrativo se mostró, a su vez, decepcionado por la escasa resonancia de su geometría. Cambió, pues, de tema y dijo:

—Para poder emplearlo a usted tal como corresponde a sus facultades, le ruego que me comunique en qué consisten dichas facultades. Estará usted informado de que nos dedicamos a la exportación de carnes y concentrados cárnicos. ¿Sabe usted algo de ganado vacuno?

—Acudía de vez en cuando a las corridas de toros —respondió Juan.

—Desde luego, es un forma muy caballeresca de interesarse por el animal —dijo el señor Quejara—. No obstante, habría preferido comprobar que muestra usted algún interés por los aspectos económicos. ¿Cuál es su formación académica?

—Bueno, no está mal —replicó Juan—. Gané un partido de cricket y un campeonato de pesca con mosca en el Guadalquivir.

—¿Y dispone usted de cierta capacidad en el campo de las matemáticas?

—Mi capacidad en el campo de las matemáticas se corresponde más o menos con mis capacidades financieras —explicó Juan.

—Pero al menos domina usted algunas lenguas extranjeras, ¿no?

—Por supuesto.

—¿De palabra y por escrito?

—Más de palabra que por escrito.

—¿Habla usted inglés?

—¡Faltaría más!

—¿Ha estado usted en Inglaterra?

—Por supuesto..., pero no en Estados Unidos.

—Tampoco le he preguntado, de hecho, si habla usted eso que se chapurrea en Estados Unidos. ¿Cuánto tiempo estuvo en Inglaterra?

—Año y medio, más o menos.

—¿Y a qué se dedicaba usted allí?

—A hacerme invitar a las haciendas y a cazar zorros.

—Y dígame, joven, con franqueza..., ¿qué tal la vida por allí?

—Muy agradable.

—Y, de hombre a hombre..., ¿qué tal el amor en Inglaterra?

Qué raro, pensó Juan, que este señor vuelva una y otra vez sobre el tema del amor.

—Bueno —respondió—, yo al menos no le recomendaría renunciar a su puesto y asumir el cargo de director administrativo en Londres.

—Entiendo —dijo Quejara—. Lo entiendo perfectamente, aunque, la verdad sea dicha, nosotros aquí tampoco estamos tan rezagados, por desgracia, en lo que respecta a la desolación erótica que usted atribuye a Gran Bretaña. Pero dígame una cosa: supongo que también domina el francés, ¿no?

—Pues sí, lo domino.

—Porque también ha vivido en Francia, ¿no?

—Así es.

—¿En París?

—En París.

—Pues claro —dijo el señor Quejara—. París es Francia, desde luego.

—Y en Francia —aclaró Juan— la vida amorosa se halla en un plano muy superior a la de Inglaterra.

El señor Quejara se lo quedó mirando como si contemplara la lejanía.

—Pues sí —dijo finalmente—, eso cuentan... Escúcheme, joven, lo emplearé en mi despacho. Entonces podrá contarme de vez en cuando sus experiencias parisinas. Porque, como le he dicho, en este país las experiencias escasean, la verdad.

—Esta misma impresión, o al menos una parecida, es la que he recibido yo —respondió Juan—. Y si a pesar de todo uno acaba teniendo una aventura, resulta decepcionante tanto en el plano afectivo como en el financiero.

—¿Cuánto tiempo lleva usted en Buenos Aires?

—Tres semanas.

—¿Y dónde se aloja?

—En el Grand Hotel.

—¿En el Grand Hotel? ¿Es usted un príncipe disfrazado?

—¿Por qué?

—Porque lo que usted confía en ganar aquí está en franca contradicción con los gastos que, necesariamente, habrá de sufragar en un establecimiento tan costoso como el Grand Hotel.

—¿Usted cree?

—Pues sí. Porque lo que puedo pagarle, en el mejor de los casos, podría definirse, para usar sus propias palabras, como una decepción de naturaleza financiera... Al menos si se tiene en cuenta su tren de vida.

—Señor Quejara —dijo Juan—, si a usted le parece que me hospedo en un lugar demasiado caro, me trasladaré a un hotel un poco más barato.

—Le haré otra propuesta. Para que no se manifieste esta diferencia entre sus gastos y sus ingresos, entre en nuestra empresa como un simple voluntario sin sueldo.

¡Vaya por Dios, pensó Juan, ávido de placeres y tacaño al mismo tiempo!

—Si fuese un mero voluntario —dijo—, a buen seguro que no disfrutaría particularmente de mi futura profesión. He gastado demasiado dinero para despreciar el hecho de ingresarlo.

—Es extraño —señaló el señor Quejara— que se refiera usted una y otra vez al dinero.

—Pues sí —respondió Juan—, uno insiste en esto y el otro en aquello. Pero, vamos a ver, ¿cuánto me ofrece usted de verdad?

—Suponiendo que le encargase ciertos asuntos relacionados con nuestros corresponsales ingleses y franceses, ¿se contentaría usted con doscientos pesos al mes?

Juan torció el gesto.

—Eso no me da ni para tres o cuatro días en el Grand Hotel —dijo.

—¿No le decía yo que preveía una decepción?

—Yo jamás preveo mis decepciones —contestó Juan—. Si las previera, no serían decepciones, claro.

—Pues bien —dijo el señor Quejara—, le ofreceré doscientos cincuenta pesos, pero solo porque se trata de usted y porque usted me interesa.

—¿Puedo concebir al menos la esperanza de ascender en el escalafón de sus asalariados?

—Con el tiempo, sí.

—¿Y recibiré, además, una participación en los beneficios netos, por ejemplo?

—Para eso tendrá que conseguir usted algo muy extraordinario.

—Vaya, ya me he dado cuenta —dijo Juan— de que el mundo no reacciona a mis buenos propósitos con la misma alegría con que yo los concibo. ¡Doscientos cincuenta pesos! Si, en vez de venir a verlo a usted, hubiera acudido a mí mismo, me habría sorprendido tanto que me habría ofrecido miles de pesos. Usted, sin embargo, no sabe apreciar mi sacrificio. Pero acepto de todos modos, señor Quejara. ¿Cuándo puedo empezar a trabajar, pues?

—Mañana mismo, si usted quiere.

—¿A qué hora?

—A las nueve.

—¡Hasta mañana a las nueve, entonces!

Saludó al señor Quejara con un gesto de la mano y se marchó, y Quejara se lo quedó mirando y pensando un rato sobre las aventuras que este joven debió de vivir en París.

Las dos secretarias a las que Juan había de dictar sus cartas eran las más feas de la empresa. Más de una vez intentó averiguar por qué le habían asignado precisamente estos dos seres tan espeluznantes, pero no pudo hallar el motivo. Por otra parte, escribían a tal velocidad que apenas podía seguir las con sus borradores. No obstante, como ellas, al igual que Quejara, suponían que solo un amor desdichado pudo impulsar a este excepcional joven a aceptar un empleo tan poco digno, o un empleo a secas, para ser más exactos, decidieron ayudarlo a superar el trance. Ambas se enamoraron de él y asumieron casi todo su trabajo.

Juan, un hombre de corazón blando en el fondo, se emocionaba y correspondía a sus sentimientos lo mejor que podía. Sin embargo, no era capaz de aguantar a esos dos monstruos durante más de una pequeña fracción de su horario de trabajo, y como para colmo empezaron a mostrarse celosas la una de la otra, se dedicó a recorrer los distintos despachos de aquel enorme edificio aduciendo los más diversos pretextos; charlaba aquí, se entretenía allá, fumaba cigarrillos y tomaba los refrescos que continuamente le ofrecían, pues era muy querido, hasta tal punto que el propio señor Quejara aceptaba estos extraños servicios de su subordinado. De hecho, a menudo pasaba horas conversando con él, escuchando las aventuras parisinas de Juan, que este sabía inventar o, cuando menos, adornar con facilidad y destreza; además, nunca olvidaba mencionar, como convenía, lo que le habían costado. El señor Quejara, sin embargo, era duro de oído a este respecto y ni se le pasó por la cabeza aumentar el sueldo de Juan.

En una de esas incursiones por regiones hasta entonces inexploradas y para él eternamente insondables de la vida de una oficina, Juan descubrió un buen día a una joven que, por lo visto, acababa de ser

contratada y que enseguida le gustó sobremanera. Se hallaba sola en un despacho apartado y, según todos los indicios, no dominaba en absoluto el arte de la copia y la hectografía. Tras intercambiar con ella unas palabras, Juan la alivió de la carga que le suponía su tarea: llevó los papeles a sus propias secretarias para que los trabajasen, volvió al objeto de su interés y charló largo y tendido con aquella persona tan sumamente atractiva.

Se llamaba Rafaela Andrade y, de hecho, no era secretaria sino actriz. Sin embargo, como no había tenido éxito debido a su falta de talento o a otras tristes circunstancias, se vio obligada a ganarse la vida en el comercio. Contratada en el acto por el señor Quejara, fue colocada en este despacho apartado, donde se habría aburrido de muerte si hubiera sido capaz de ejecutar su trabajo con pericia. Dio a entender, no obstante, que no consideraba su nuevo empleo algo destinado a durar.

—Oiga —dijo Juan, al que acababa de cruzársele una sospecha por la cabeza—, ¿qué salario percibe usted, de hecho?

—Trescientos cincuenta pesos —contestó ella.

Juan, indignado, calló.

—¿Le parece a usted mucho o poco? —preguntó ella, como si hubiera adivinado sus pensamientos.

—Demasiado para esta casa y muy poco, demasiado poco, para usted —respondió Juan.

Ella se rio.

—De hecho —dijo—, me pareció que este tal Quejara me contrataba y me desterraba en esta soledad no sin una segunda intención. Tanto más amable de su parte que me haga usted compañía.

—Considero una vileza —declaró Juan— brindar atenciones a una joven dama sin asumir los costes, cargándolos, para colmo, a la empresa.

—¿Es usted uno de los jefes? —preguntó ella con mirada escrutadora.

—No del todo. Poco a poco he ido liquidando mis empresas en España y ahora me dispongo a estudiar las posibilidades de este país, para expresarlo de alguna manera. Pero dígame una cosa: el repelente de Quejara, ¿la ha aparcado del todo o viene a visitarla de vez en cuando?

—Sí —dijo ella—, a veces me visita, y no sé qué diría si lo encontrara a usted aquí.

—Pues bien —dijo Juan, y se levantó—, cuando mis secretarias hayan acabado su trabajo, volveré. Hasta entonces.

—Hasta entonces.

Los días siguientes fueron para Juan los más bellos que llegó a vivir en Argentina. Ya casi no se lo encontraba nunca en su propio despacho, donde solo aparecía para llevar los trabajos de Rafaela a sus secretarias y para volver luego a buscarlos, y las dos criaturas castigadas tanto por Dios como por la naturaleza no tardaron en percatarse de que se estaba gestando algo susceptible de robarles el corazón de Juan. Él, sin embargo, no se preocupaba por ello, pues el amor, cuando empieza a reinar de forma efectiva, no tiene ni pizca de corazón, por extraño que parezca; aunque exige para sí la atención más exquisita, no dedica ninguna a quienes no ha elegido como objeto. Juan se limitaba, pues, a espiar las idas y venidas de Quejara e ir a ver a Rafaela tan pronto como lo sabía en la otra punta del edificio.

Un día, sin embargo, Quejara descubrió al joven en el despacho de Rafaela. Los relatos parisinos de Juan habían sensibilizado los sentidos del director administrativo y habían aguzado su desconfianza; las previsibles consecuencias de tal descubrimiento no tardaron, en efecto, en hacerse realidad.

Juan suponía, de todas formas, que sus secretarias habían insinuado de algún modo al señor Quejara que él, Juan, se encontraba donde se hallaba el objeto de los deseos del director administrativo. Al principio, las infelices se limitaron a copiar con deliberados errores e incorrecciones los trabajos de Rafaela. Ello, sin embargo, dejaba indiferente al señor Quejara, que, en su entusiasmo por Rafaela, ni siquiera se daba cuenta. Juan, no obstante, se fue enredando de manera perfectamente previsible en las sucesivas trampas que le fueron tendiendo las dos taquígrafas cegadas por la pasión; ya puestas a perderlo, se negaban a cederlo a otra. Esas dos mujeres meridionales, asombrosamente feas mas no por ello menos temperamentales, decidieron sacrificarlo.

El procedimiento que había de aplicar Quejara para sorprender a su rival no podía ser más sencillo. Solo había de fingir que abandonaba el edificio para asegurarse de que Juan aprovechara la ocasión, que ni pintada en apariencia, y fuese a ver a Rafaela. El director administrativo, sin embargo, regresó de inmediato y entró en el despacho de la joven.

—Moncada —exclamó—, ¡no me lo esperaba de usted! Aunque debería haberlo sospechado, porque el relato de sus aventuras parisinas debería haberme hecho colegir que es usted un consumado libertino.

Ahora bien, no podía imaginar que fuese tan descarado a la hora de elegir el lugar. ¡Que nos dediquemos a la exportación de carnes no le concede a usted el derecho a considerar estas oficinas un campo abonado para satisfacer sus deseos!

—Incluso si hubiera obrado así —contestó Juan—, no sería el único. Pero usted sobrevalora, como siempre, el interés generalizado por estos asuntos.

—¡Ha comprometido usted a una empleada de esta casa! —gritó Quejara rodeando a Rafaela con el brazo para protegerla—. ¡Está usted despedido!

Rafaela, sin embargo, tuvo una hermosa reacción.

—Si el señor Moncada es despedido, yo también me iré —dijo, y se zafó del abrazo de Quejara.

—¿Qué dice? —balbuceó Quejara—. Usted quería... A ver, si el señor Moncada recapacitara y se decidiera a llevar una vida más decente...

—De ningún modo —intervino Juan— estoy dispuesto a exponer a Rafaela al acoso de una persona como usted. Porque estamos a punto de casarnos.

—¿Se van a casar? —exclamó Quejara.

—Nos vamos a casar.

—¡A eso lo llamo yo la decisión de un hombre de mundo!

—El despido no me viene mal —dijo Juan—. De todos modos, quería volver a dar la espalda a los negocios, sobre todo a los de este tipo. Aportan poco y exigen demasiado trabajo.

—¡Se ha dedicado a tumbarse a la bartola! —gritó Quejara—. ¡No ha dado golpe en todo el día!

—A partir de ahora tengo la intención de hacer todavía menos. Mi intención es vivir exclusivamente para compartir mi felicidad con Rafaela. He conocido en mis propias carnes el sabor del trabajo y sus consecuencias. De hecho, debería estarle agradecido, señor Quejara, porque me ha enriquecido usted con experiencias que en otro contexto no habría tenido. Usted me proporcionó, por celos, a las secretarias más feas y, sin embargo, me permitió hallar una felicidad tan bella que en otro sitio, sin duda, jamás habría encontrado.

El director administrativo, petrificado, no sabía qué decir.

—¡Caramba! —gritó por fin—. ¡Váyanse los dos al diablo!

Y se marchó con un portazo.

—Escucha —dijo Rafaela, mientras ambos abandonaban el edificio—, ¿tienes realmente la intención de casarte conmigo?

—Bueno, no del todo —respondió Juan—. ¿O quizá sí? No lo sé. Pero no vamos a rompernos la cabeza con eso. Sea como fuere, te agradezco que tengas el estilo suficiente para no tomarme la palabra.

—No tienes que estarme particularmente agradecido —señaló Rafaela—. Olvidas que, a pesar de ser un joven simpático, no eres ya el mejor de los partidos.

—Desde luego, es cierto —dijo Juan—. La verdad, lo había olvidado del todo...

—Y a pesar de que o, precisamente, porque te amo —continuó Rafaela—, tal vez progrese más sin ti que contigo.

—Es posible —dijo Juan—. Incluso probable. Lo cual no debe impedirnos disfrutar, por el momento, del hermoso tiempo que nos queda por delante...

El hermoso tiempo resultó breve. Bien es cierto que se amaron de verdad, quizá por el hecho de haber sido despedidos al alimón por Quejara; muy pronto, sin embargo, Juan se vio obligado a dedicarse de nuevo a su hobby, las decepciones financieras, puesto que sus reservas monetarias iban menguando por momentos. Se trasladó del Grand Hotel a otro de segunda o tercera categoría, pero allí tampoco logró hacer frente a la ruina; al final, ambos se alojaron, haciéndose pasar por marido y mujer, en un hotel de última fila en el puerto.

II

Dos o tres semanas más tarde, el conde de Cortes, embajador de España en Buenos Aires, recibía la siguiente carta de Burgos, Castilla:

Estimado amigo: mucho, demasiado tiempo ha transcurrido desde que nos vimos por última vez. Apenas nos hemos enterado de oídas de cuanto hacía el otro. Después de tan insistente silencio, sin embargo, me dirijo con estas líneas a usted por un motivo que no es agradable. Pero no me acuse a mí de ello, sino a las circunstancias, y apiádese usted del autor de esta misiva, tan duramente castigado por el destino.

Tal vez recordará usted que durante muchos años Dios me negó a un heredero natural, de tal modo que el apellido de Moncada estaba a punto ya de extinguirse. Al final, sin embargo, el cielo atendió mis plegarias. Me dio un hijo, que me permitió concebir las más bellas esperanzas. Cuando alcanzó la edad adulta, lo envié de viaje para que conociese mundo. ¡Ay, ojalá no lo hubiese conocido! Porque después de visitar Francia e Inglaterra, se dirigió a Argentina, desde donde me escribió al poco de llegar que había conocido a una joven actriz y se disponía a casarse con ella. Por supuesto, le prohibí la boda, así como cualquier trato con esa mujer. Es más, como señal de que en caso contrario no podría esperar nada de mí, dejé de ingresarle dinero. Él, sin embargo, me replicó diciendo que nada en el mundo lo haría desistir del propósito de convertir a la amada en su esposa; y para convencerme de la firmeza de sus intenciones, me comunicó que ya había prometido formalmente, por escrito, a esa persona que se casaría con ella.

Decidí entonces viajar de inmediato para ir a verlo y me dirigí a Bilbao, dispuesto a embarcar. Supongo que conoce usted la parsimonia de nuestros ferrocarriles españoles. Encolerizado por la lentitud, indignado por la actuación de mi hijo y desesperado por la fragilidad del mundo, caí gravemente enfermo. Tuve que apearme del tren en Burgos. Permanecí postrado durante semanas en un mísero hostel, donde las fiebres me presentaban las imágenes más espantosas: me veía sentado a la mesa con mi hijo y la actriz, que se me aparecía como una persona decididamente insoportable; mi hijo se había casado con ella, cuya parentela, integrada por muleros y pescaderas, atestaba mi casa y se atiborraba a mi costa... Baste con esta descripción: aunque me he mudado a un hotel decente, continúo, sin embargo, postrado en la cama, y mi único pensamiento es rogarle mediante esta misiva que no me deje usted abandonado.

Es de todo punto imposible, estimado amigo, que acepte tal matrimonio. No puede ser que la sangre del último Moncada, la sangre azul de tantos generales, almirantes, gobernadores y comandadores se mezcle con la de una aventurera de baja estofa. Ayúdeme, sáqueme de este apuro, haga usted cuanto pueda, vaya a ver a la pareja, se lo suplico. No escatime usted gastos a la hora de comprar a esa actriz la promesa matrimonial de mi hijo y oblíguelo a volver a los brazos de su atribulado padre.

Su fiel amigo
Guillermo Moncada

El embajador dejó caer la carta y se quedó mirando al vacío. Ante sus ojos surgió entonces la imagen de don Guillermo de Moncada, brillante conde de Osona, tal como lo había conocido hacía muchísimos años, más de veinte quizá. Por aquellas fechas, Moncada, considerado el favorito de la corte y de las mujeres, no se mostraba tan reacio a los encantos de las jóvenes actrices como en esta carta. Sí, su célebre apellido y la pureza de su sangre catalana tal vez no le habrían importado tanto como un gran amor. Ahora, sin embargo, había envejecido y pedía con letra temblorosa a su viejo amigo que protegiera al hijo de las seducciones de las mujeres...

El embajador se levantó dando un suspiro, tocó un timbre y dio la orden de averiguar el paradero de la pareja de enamorados.

El resultado de las pesquisas le fue comunicado esa misma noche, hacia las once.

El propietario del pequeño hotel al que se habían trasladado Juan y Rafaela, el patrón, como lo llamaban, aún trabajaba en su despacho a esa hora.

Minutos después de las once, entró el camarero y anunció:

—El señor Moncada y su supuesta esposa. Les he dicho que quería hablarles.

—Hágalos entrar —dijo el patrón; y mientras Juan y Rafaela entraban en el despacho, el camarero se retiró.

—Buenas noches —saludó Juan.

—He mandado llamarlos a esta hora tardía, debido a que mis intentos de hablar con ustedes durante el día han sido en vano —dijo el patrón—. Tomen ustedes asiento.

Juan se sentó frente a él, en el escritorio; Rafaela, en cambio, en un sillón más apartado.

—Hemos estado todo el día fuera —respondió Juan.

—Deberían haber supuesto que quería hablar con ustedes —dijo el patrón.

—Para serle sincero lo sospechaba, y por eso quería evitar el mayor tiempo posible este enfrentamiento. De hecho, no tiene ningún sentido para mí. Ni para usted. Sé que dos de nuestras facturas semanales siguen sin saldar, no hace falta que me lo diga. Si hubiera podido pagarlas, lo habría hecho. Pero es que me he quedado sin recursos. Además, no tenía ganas de enterarme ya durante el día de que debíamos desalojar la habitación. Basta con que me entere ahora.

Durante este discurso, el patrón revolvió algunos papeles que yacían sobre la mesa, pero luego miró a Juan a la cara y dijo:

—Vamos a ver, ¿soy yo quien ha de soltar un discurso o usted?

—¿Por qué? —preguntó Juan.

—Porque es usted el que me está soltando el discurso.

—Quería ahorrarle el esfuerzo.

—Si hubiera querido, me lo habría ahorrado yo mismo —dijo el patrón, que cogió una hoja del escritorio y continuó—: Se han inscrito como don Juan Moncada y señora. Yo sé, sin embargo, que no están ustedes casados.

—Vaya —dijo Juan—. ¿Y cómo lo sabe? O, dicho de otro modo: ¿cómo cree saberlo?

—Si quisiera ponerme tan ingenioso como usted, diría: porque se interesa usted demasiado por su supuesta señora. Si fuera efectivamente su esposa, no se mostraría usted ni de lejos tan atento con ella.

—Yo también he oído —dijo Juan— que al cabo de un tiempo relativamente breve la pareja ya se lo ha dicho todo en el matrimonio. El error no reside, desde luego, en el matrimonio, sino en nosotros mismos. Pero si mi mujer —concluyó— no fuera de verdad mi mujer..., ¿para qué querría usted saberlo?

—Porque en tal caso no solo debería cobrarle a usted lo que me deben, sino a ambos. Hágame el favor de decirme, por tanto —pidió el patrón, volviéndose hacia Rafaela—, cómo se llama usted en realidad.

La interpelada respondió al cabo de un silencio:

—Rafaela Andrade.

El patrón apuntó el nombre.

—¿Nacida? —preguntó luego.

—En Barcelona.

—Cuándo... no hace falta averiguarlo. Sin duda no me dirá usted la verdad.

—Se la diré. A mi edad aún puedo permitírmelo.

—Pues entonces —dijo el patrón— no le concederé el placer de escuchar esta pregunta... ¿Profesión?

—Actriz.

El patrón también apuntó este dato y se volvió de nuevo hacia Juan:

—Señor Moncada, les daré tres días a usted y a la señorita Andrade. Si en ese plazo no han pagado ustedes las facturas, me veré obligado a pedirles que desalojen la habitación.

—Muy honrado de su parte —dijo Juan—. De hecho, yo creía que nos pondría de patitas en la calle mañana mismo... Lo cual nos habría resultado tanto más desagradable cuanto que queremos aguardar aquí la solución de un asunto importante.

El patrón parecía a punto de preguntar de qué importante asunto se trataba, pero se limitó a afirmar:

—La ocupación del hotel es baja. Ahora bien, no aprovechen ustedes esta circunstancia para no pagar en absoluto.

—Yo he pagado ya facturas más altas —dijo Juan— y me gustaría tener dinero con el fin de aprovechar tal circunstancia y darle a usted una alegría pagándole la nota. Porque es usted mejor que su hotel.

—¿Usted cree? —preguntó el patrón—. ¿Y qué le parecería si se esforzara de vez en cuando en conseguir un poco de dinero?

—Ya me esfuerzo.

—¿Y?

—También se esfuerza usted y ya ve, al menos lidiando conmigo, los escasos resultados que se logran.

—Ojalá tenga usted más suerte en el futuro.

—Pues sí, ojalá. Porque entonces también la tendrá usted. Hasta entonces, pues.

—Hasta entonces.

Mientras la pareja se retiraba, el patrón se los quedó mirando. Al poco, volvió a aparecer el camarero.

—Dejaré a esta gente hospedarse aquí hasta el día 17 —dijo el patrón—. Pero a partir de ahora no se les servirá nada. Ni siquiera el desayuno.

—Entiendo —respondió el camarero.

De repente, sonó el timbre.

—¡Vaya a ver quién es! —ordenó el patrón.

El camarero se marchó y volvió al cabo de un rato acompañado de Cortes.

—Buenas noches —saludó Cortes—. Me he enterado de que un tal conde de Moncada se hospeda en su hotel. Me gustaría hablar con él.

El patrón y el camarero se miraron. Acto seguido, el patrón se dirigió a la lista de las habitaciones que colgaba en la pared y dijo:

—Aquí solo se aloja un señor Moncada.

—Este señor Moncada y el conde de Moncada deben de ser una y la misma persona —señaló Cortes—. Tengo que hablar con él.

—Avisé al señor Moncada —dijo el patrón al camarero. Mientras este abandonaba la habitación, Cortes se volvió de nuevo hacia el dueño del hotel:

—Se hospeda con una mujer joven, ¿no?

—Sí. Con su mujer.

—No es su mujer.

—Como tal está apuntada —dijo el patrón, y volvió a coger el formulario de inscripción que tenía en la mesa—. Aquí pone: Juan Moncada y señora.

—Pero no lo es. ¿Qué aspecto tiene?

—No está mal.

—¿Y qué tal su forma de ser?

—¿Cómo dice?

—¿Es simpática? ¿Tiene modales?

—Bueno —contestó el patrón—, no está mal. Simpática no me resulta del todo, pero tiene estilo. Ahora bien, eso no quiere decir gran cosa. Porque la mayoría de las mujeres que pretenden llegar a algo tienen estilo o, al menos, lo fingen.

—¿Quiere usted decir que pretende llegar a algo?

—¿Y por qué no? ¿Qué mujer no lo querría?

—Vaya, o sea que no es una mujer corriente, ¿no?

—Según se desprende de su acento —dijo el patrón—, no es usted argentino, sino español, si no me equivoco. Aun así, supongo que se habrá dado cuenta de que vivimos en un país libre.

—¿Qué quiere usted decir?

—Que en un país libre o todas las mujeres son mujeres corrientes o no lo es ninguna.

—Mi querido amigo —dijo Cortes—, yo he estado ya en gran cantidad de países, libres y no libres. Pero si quiere que le sea sincero, le diré que en ninguno he encontrado tantas mujeres corrientes que no quieren serlo como en los estados libres. Ya ve usted: esta también se hace pasar por condesa a pesar de no serlo.

—No, se hace pasar por la señora de Moncada.

—Como el señor Moncada es un conde y ella finge ser su esposa, se hace pasar por una condesa.

—No creo en absoluto que se haga pasar por nada —dijo el patrón—. Ahora bien, conociendo a las mujeres, diría que se hace pasar sobre todo por la esposa del señor Moncada. Para cualquier mujer es más importante ser esposa que condesa.

En ese instante reapareció el camarero para comunicar lo siguiente:

—El señor Moncada se disculpa. Ya se ha acostado.

—Pues oblíguelo a levantarse. He de hablar con él —ordenó Cortes.

—El señor Moncada afirma, sin embargo, no tener nada que hablar con usted.

—Si ni siquiera sabe quién soy.
—Ha dicho que no tiene nada que hablar con nadie.
—¡Pues vuelva usted arriba y dígame que he de hablar inmediatamente con él, por encargo de su padre!
—gritó Cortes—. Soy el embajador español, el conde de Cortes.

El camarero lanzó otra mirada al patrón, como queriendo insinuar que la compañía se estaba volviendo cada vez más distinguida; y mientras salía, el patrón suspiró:

—¡Vaya!

—¿Cómo dice? —preguntó Cortes frunciendo el ceño.

—O sea, que por eso insiste usted tanto en que el señor Moncada es un conde.

—¿Qué quiere decir con que «por eso»? ¿Por qué «por eso»?

—Porque usted también es un conde.

—Escúcheme, amigo —dijo Cortes—, no hay nada más aburrido que la continua insistencia de los republicanos en la democracia y la igualdad. En el fondo, los republicanos están tan obsesionados con los rangos y títulos como nosotros... o quizá más. ¿No se ha dado cuenta de que su camarero, al que hasta ese momento no se le pasó por la cabeza inclinarse ante mí, me ha hecho una reverencia tan pronto como se ha enterado de mi identidad?

—Puede haber reaccionado así por otros motivos.

—¿Como cuáles?

—Por otros dos motivos. En primer lugar, puede haber previsto una propina más elevada...

—¿Y en segundo?

—En segundo lugar, su reverencia quizá no se refería al conde...

—¿Sino?

—Al diplomático.

—¡No me diga usted que aún hay gente en el mundo dispuesta a hacer una reverencia ante la diplomacia! —exclamó Cortes.

—¡Ya ve usted! —soltó, regocijado, el patrón—. Eso le viene por su eterna querencia de la contradicción. ¡Aquí quería yo venir a parar!

Mientras, el camarero había vuelto.

—El señor Moncada —anunció— manda decir que lo siente mucho.

—¿Qué siente?

—No poder recibirlo a usted.

—No quiero ser recibido por él —contestó Cortes—, sino que... —empezó a chillar enfurecido— ¡exijo hablar con él aquí abajo! ¡Y que sea en el acto! ¡Dígame, pues, que se presente, porque de lo contrario lo sacaré yo mismo de la cama!

El camarero se retiró de nuevo, encogiéndose de hombros.

—Se nota —dijo el patrón, no sin cierto placer íntimo— que es usted el representante de un estado totalitario.

Cortes iba y venía, encolerizado.

—¡Mejor será que me diga usted desde cuándo se hospeda aquí! —gritó.

—¿El señor Moncada? Lleva tres semanas.

—¿Y desde cuándo no paga las facturas?

—¿De dónde ha sacado usted eso?

—Porque el hombre no puede tener dinero. Porque huyó de su padre.

—También podría haber ganado algo.

—El dinero no se gana, sino que se tiene —sentenció el representante diplomático.

—O no.

—Así es. Entonces, ¿desde cuándo no paga?

—Desde hace dos semanas.

—¡Pues ya ve usted! No tiene ningún sentido explicarme que todo esto es sumamente respetable: el señor Moncada, su amiguita, este hotel, la actitud.

—Excelencia —dijo el patrón—, me da usted risa.

—¿Por qué?

—Porque aquí todo era, de verdad, sumamente respetable: la república, esta modesta casa, el alquiler de las habitaciones y el pago de las facturas. Pero entonces aparece un tal Moncada, que ha huido de su padre, y no se presenta bajo un nombre falso, pero sí omite su título de conde. Trae a su amiga y la hace pasar por su esposa. Yo le entrego una factura y él no la paga. Al final, llega usted para colmo y me monta un cirio en

plena noche. Vamos a ver, qué es más respetable: ¿las circunstancias nuestras o toda esta sarta de agitaciones que nos han traído de Europa a nuestra tranquila América?

—Precisamente me dispongo a liberarlo de ellas —terció Cortes, desesperado—. Con tal que este hombre se presente por fin... ¡Aquí está! ¿Es él?

—Sí —respondió el patrón, pues Juan acababa de entrar en el despacho—. Es él.

—¿Desea usted hablar conmigo, señor conde de Cortes? —preguntó Juan.

—Señor conde de Moncada —respondió el embajador—, no sé cómo expresar mi agradecimiento por el hecho de que se haya dejado persuadir y se haya presentado finalmente, después de que yo se lo solicitara tres veces.

Con un gesto de la mano, Juan ofreció asiento al representante diplomático. Él, en cambio, se quedó de pie.

—No soy ningún conde de Moncada —dijo.

—¿Cómo que no?

—En absoluto.

—No me va a engañar negándolo.

—Es usted la primera persona que afirma tal cosa de mí.

—Pues incluso se lo digo a la cara.

—Está usted equivocado. Me está confundiendo con otro.

—No, no lo estoy confundiendo.

El patrón carraspeó, dispuesto a hacer notar su presencia.

—Hasta la diplomacia se equivoca a veces —intervino.

—¡Usted calle! —chilló Cortes—. ¡En este caso no se equivoca! ¡Señor conde de Moncada! Su padre me ha escrito y me ha pedido que viniera a verlo.

—¿Mi padre?

—Así es. Mi viejo amigo Guillermo Moncada. Mediante su huida con esta persona, su amiga, le ha partido usted el corazón.

—Es imposible. Mi padre murió hace tiempo.

—Todo lo contrario. Goza de una excelente salud, siempre y cuando su dolor se lo permita.

—¡Pues ya está! —exclamó el patrón—. Tanto mejor...

A punto estaba Cortes de interrumpirlo de nuevo bruscamente, pero se vio distraído por Juan, que dijo:

—Señor conde de Cortes, está usted perdiendo un valioso tiempo persiguiéndome a mí y no al verdadero conde de Moncada. Sepa usted...

—¡Yo no quiero saber nada!

—Ya me he dado cuenta. Pero a ver si se entera de que va usted por el camino equivocado. Yo no soy ningún conde.

—¡Lo es!

—No lo he sido nunca.

Entretanto, el patrón había vuelto a carraspear.

—¿No prefieren los señores quedarse a solas mientras averiguan quién es conde y quién no? ¿Desean ustedes que me retire?

—Hágalo, mi querido amigo —dijo Cortes—. Hágalo en vez de entrometerse cada dos por tres como ha hecho hasta ahora.

—Y una vez concluidas, satisfactoriamente, sus averiguaciones, ¿tendrán ustedes la amabilidad de comunicármelo para poder acceder de nuevo a mi despacho?

—No le quepa a usted la menor duda de que lo haremos —respondió Cortes, y el patrón se marchó.

Cuando ya se hubo ido, Juan permaneció un rato inmóvil y se desplomó luego sobre una silla.

—Ya no tiene ningún sentido seguir fingiendo —dijo cambiando de voz—. He tocado fondo, tanto económica como psíquicamente. Soy el conde don Juan de Moncada.

Y se llevó las manos al rostro.

—¡Pues ya está! —exclamó Cortes—. ¡Por fin! Permítame que lo abrace en nombre de su padre, quien está dispuesto a perdonarle todo cuanto le ha hecho, siempre y cuando se arrepienta usted de verdad.

Juan volvió a incorporarse, y Cortes lo abrazó.

—¿Cómo sabe mi padre dónde estoy? —inquirió el joven.

—Siempre lo hacía a usted en Argentina, y después de que me comunicara esta circunstancia no me

costó ni un ápice averiguar su presencia en este hotel.

—Pero, dígame..., ¿es realmente tan grande su dolor?

—Su carta parecía la de un desesperado.

—¡Oh, ¿por qué no dio su aprobación a este matrimonio?!

—Mucho me temo que siga sin dar su aprobación. Me decía en su carta que le ha prometido usted formalmente, por escrito, casarse con ella. ¿Es cierto?

—Sí, es cierto.

—¿Qué opina usted, francamente, de una mujer que no confía en el amor de su amado sino que exige una promesa matrimonial y, para colmo, por escrito?

Juan intentó sonreír.

—Si no quisiera casarme con ella, la consideraría una mujer inteligente —respondió—. Pero dígame usted a su vez qué opinaría de un joven que no diera a su amada la promesa matrimonial que ella le exige.

—Lo consideraría un joven bastante juicioso.

—Tiene usted razón —dijo Juan—. Yo al menos recuerdo que me fue posible romper algunas relaciones con mujeres por el simple hecho de no haber dado una promesa de matrimonio. Ahora bien, la inteligencia o la estupidez, la razón o la imprudencia, no desempeñan ningún papel en este caso mío actual. Porque resulta que Rafaela y yo nos amamos. Nos amamos de verdad. Nos amamos más que a nuestras vidas.

—¿Se considera usted por tanto ligado a su promesa de matrimonio?

—Sí.

—En ese caso, no debería haberla dado. Nos habría salido más barato, desde luego.

—¿Más barato? —exclamó Juan—. ¿A qué se refiere?

—A que su padre me pidió comprársela a su amiga.

—¿Comprársela?

—Así es.

—Ella nunca se la entregaría, ¡y menos aún por dinero! Y si se la diera, ni ella ni yo mismo nos atenderíamos a este hecho. Nos casaríamos de todos modos, tan pronto como nos fuese posible.

—Vamos a ver, joven —dijo Cortes, mientras sacaba un estuche de plata, lo abrió y extraía un cigarrillo—, ¡quítese eso de la cabeza! Un partido así sería insostenible. Imagínese usted: un hombre de su apellido... ¡y esta actriz!

Y cerró con tal ahínco el estuche que este parecía representar a la aristocracia española en pleno, que se cierra a toda clase de intrusos.

—Más de un conde se ha casado con una actriz —dijo Juan.

—Pero no con una tan mala —replicó Cortes e introdujo la pitillera en el bolsillo del chaleco y cogió su encendedor—. Si su amiga fuese una gran artista, se consideraría ennoblecida por esta circunstancia. Sin embargo, se rumorea que carece del todo de talento.

Y encendió el cigarrillo.

—¡Qué dice! —soltó Juan—. ¡Es usted muy injusto con ella!

—Amigo mío —dijo Cortes, soplando el humo—, los ojos del público no son tan sobornables como los del amor. Se dice que su amiga ha cosechado más de un fracaso.

—Así han comenzado muchas grandes carreras.

—Pero —continuó Cortes mientras volvía a sacar la pitillera y la ofrecía, abierta, al joven, el cual, sin embargo, declinaba la oferta—, pero no cuando alguien ha cosechado tantos fracasos que ni siquiera lo contratan, digo yo. Pues ¿en qué campo puede una joven dama hacer carrera si no en las tablas que son el símbolo del mundo? El hecho de que lo intentara con usted, sobre una base más blanda, es precisamente lo que tanto ha ofendido a su padre.

Y volvió a guardar la pitillera en el bolsillo, con un gesto que parecía expresar la aniquilación de su contrario.

—¡Haga el favor de no burlarse de nuestro amor! —exclamó Juan—. Porque a pesar de ser un amor feliz, también es bastante desdichado debido a las circunstancias.

—Y, sobre todo, no durará eternamente. ¿Qué le parecería si estuviera usted casado con esta mujer, pero ya no pudiera amarla?

—¡Eso no ocurrirá nunca!

—Aun así, ocurre decenas de miles de veces.

—¡En tal caso, nadie podría casarse al fin y al cabo!

—Sucede que la gente suele casarse basándose en unos requisitos muy distintos de los suyos. Y precisamente porque tanto usted como su amiga carecen de estos requisitos, no se puede hablar en rigor de

un matrimonio entre ella y usted.

—¡Pero si usted ni la conoce! ¡No la ha visto nunca!

—Pues preséntemela. Ahora bien, no me hará cambiar de opinión.

—¡Claro que sí! —exclamó Juan—. ¡Ya verá! —y se dirigió a la puerta y llamó al camarero—. Haga el favor de pedir a mi esposa en mi nombre que acuda a este despacho —dijo al hombre, que acababa de entrar; y cuando el camarero se hubo retirado, se volvió a Cortes y anunció en un tono que testimoniaba todo su amor—: ¡Verá usted a un ángel!

—Tanto mejor, por el tiempo que ha pasado usted con ella.

—¡Y por el que pasaré!

—Mucho me temo que este tiempo ya no durará mucho.

—Sea como fuere, será toda mi vida —dijo Juan.

De pronto, ambos dirigieron la mirada hacia la puerta, pues Rafaela acababa de entrar.

Venía envuelta en un vestido de noche blanco con una nube de fragancia; los hombros y la cabeza emergían maravillosos de aquel tejido fluente.

—Rafaela —dijo Juan—, permíteme que te presente al conde de Cortes.

—Encantado de conocerla, señorita —dijo el embajador, que, después de unos instantes de duda, tuvo la cortesía de besarle la mano.

Ella había bajado la vista. Incluso cuando el diplomático había vuelto a enderezarse, Rafaela continuaba mirando la mano que él había besado y que seguía inmóvil.

—Sé por qué ha venido, señor conde de Cortes —dijo ella.

Con un estremecimiento, retiró la mano y la escondió bajo su vestido.

—A mí me corresponde lamentar que el motivo de mi presencia no sea precisamente ameno —contestó el embajador—. Pero como usted ya sabe por qué estoy aquí, supongo que no pondrá más dificultades a mi tarea.

—Llevo meses esperándole a usted o a alguien como usted —dijo Rafaela, con una voz que sonaba cual una campana hermosa pero resquebrajada—. Sabía que algún día tendría que vérmelas con una persona como usted, con un hombre de su estilo, de sus modales, de su tesitura. Su voz es como la de Juan, su carácter es como el de él y, no obstante, me resulta del todo extraño, gélido y hostil. Sabía también lo que me diría ese estilo suyo, lo que me significaría su actitud, que sin duda manifiesta usted ante cualquier mujer más o menos hermosa, y sabía asimismo que su voz pronunciaría la sentencia que me condenaría a mí y a mi amor.

Un profundo silencio siguió a estas palabras. Luego, no obstante, habló el embajador:

—No me trata usted con justicia, hija mía. No estoy aquí para inmiscuirme en sus sentimientos ni en los asuntos íntimos de su corazón. Mi presencia se debe únicamente a las fatales consecuencias que su relación con el conde de Moncada puede acarrear a este señor.

—Ya le decía yo —replicó Rafaela, alzando por un instante la vista y lanzando una mirada indescriptible y envolvente al embajador—, ya le decía que solo se hablaría de cosas externas y superficiales. Pasa usted por alto el sufrimiento que me causa, así como —añadió volviendo a bajar la vista—, así como mi corazón, al que ha asestado usted un golpe mortal...

—Ya le he dicho, y lo repito, que no tengo ningún derecho a ocuparme de su corazón ni de sus sentimientos. Solo cumplo con el encargo de resolver, como usted misma me ha confirmado, los asuntos externos del hijo de mi amigo Moncada.

—Pues sí —dijo ella—, eso es todo...

—Y usted es consciente de ello —volvió a tomar la palabra Cortes, dando la impresión de que se esforzaba en mostrar dureza—. ¿Supongo que no tiene usted la menor duda de que lo ha descarriado?

—Sí, soy consciente de ello —afirmó ella con voz firme—. Pero ¿no concede usted ese derecho a la juventud, a la pasión?

—Por unos meses sí, pero no por toda una vida. Y estos meses han pasado. Las responsabilidades que conllevan un gran apellido y unas aptitudes brillantes esperan a su amigo. ¿Lo cree usted capaz de asumir tales responsabilidades si sigue dando vueltas por hoteles sospechosos con usted y, para colmo, sin pagar las facturas?

—¿Por qué no me pregunta —exclamó ella—, por qué no me somete a prueba para ver si soy capaz de apoyarlo en sus verdaderas responsabilidades?

—¡Pero querida! ¡Usted no conoce el mundo! Es usted demasiado guapa y al mismo tiempo, perdóneme,

demasiado insignificante para que la sociedad madrileña la acepte alguna vez. Una condesa fea al lado de Juan sería admitida sin ningún reparo. Ahora bien, una actriz tan atractiva como usted pero carente de todo éxito ha de parecer, necesariamente, sospechosa.

—¿Y si no fuera yo una actriz?

—En tal caso la tomarían por algo peor. No mucho peor, pero sí simplemente peor. Para expresarlo de otro modo: su buen aspecto, que le ha ayudado a conquistar el corazón de Juan, es al mismo tiempo la causa de que no pueda usted conservarlo. Porque la belleza es una fortuna, pero puede resultar funesta. Como esposa de Juan, no solo usted tendría una mala reputación, sino también él.

Rafaela se lo quedó mirando.

—¿Está usted convencido de ello, señor conde de Cortes? —preguntó por fin.

—Sí... o, para ser más exacto, no es esta mi opinión. Ahora bien, estoy seguro de que la compartirían todas las demás personas con las que usted se encontrara. Ya que usted no ha hecho carrera, al menos no se la arruine al conde de Moncada.

—¿Y, con todo, sigue usted empeñado en no hablar de mi corazón y del suyo, de nuestros sentimientos, de nuestro amor?

—No tiene ningún sentido, porque el mundo en que usted debería vivir tampoco respetaría su amor, ni sus sentimientos, ni su corazón.

Ella permanecía inmóvil. A continuación, arrojó sobre la mesa un papel que llevaba arrugado en la mano.

—¡Tome! —dijo. Parecía un gemido.

—¿Qué es esto?

—Una promesa matrimonial, por escrito, que me dio Juan. Tómela. Ha perdido todo valor para mí.

—¡Rafaela! —intervino Juan.

—La he traído a esta entrevista —dijo Rafaela— convencida de que usted me exigiría su devolución. Es el verdadero motivo de su presencia. Se la doy, sin que tenga que quitármela mediante extorsión o, menos aún, comprármela.

—Sabes perfectamente, Rafaela —soltó Juan—, que nosotros jamás necesitaremos este ridículo papelito. ¡Serás mi mujer como sea!

—No, Juan. A lo mejor confiaba en ello hasta el momento. Ahora veo, sin embargo, que no debo serlo. Jamás había hablado con un hombre de tu clase, de tu rango, salvo contigo... Al menos no lo había hecho como ahora con el conde de Cortes. He aprendido mucho en estos escasos minutos. A lo mejor habría podido ser tu amante, pero no puedo ser tu esposa.

—¡Lo que dices es una locura!

—No, Juan, es la razón, la que la vida nos exige. Y si ahora no me crees todavía, más tarde te arrepentirás de no haberme dado crédito. El conde de Cortes tiene toda la razón, demasiada, y nosotros, cuando menos, debemos intentar dársela. Tú tal vez no has pensado en ello hasta ahora, pero yo sí, Juan, llevo pensándolo desde hace mucho tiempo. Ya intuía yo, ya sabía, que habría de renunciar a ti...

Buscó a tientas una silla y se desplomó sobre ella llorando.

—¡Rafaela! —gritó Juan, que se arrojó a sus pies y trató de consolar a la joven deshecha en llanto.

—¡Una mujer extraordinaria! —dijo el embajador—. De verdad, si llegara a ser su mujer, se lo merecería y todo. —Cogió el papel que Rafaela había arrojado sobre la mesa, lo leyó con detenimiento y lo guardó en su chaqueta—. Lógicamente —continuó, volviéndose hacia Rafaela—, es preciso hacerse cargo de su futuro. No estaríamos hablando de comprarle esta promesa matrimonial, pero aun así le ruego que acepte el talón que me dispongo a extenderle.

Dicho esto, se sentó a la mesa, extrajo pluma y talonario del bolsillo y empezó a escribir.

—¡Rafaela! —gritó Juan—. ¡No es verdad lo que has dicho! ¡No es verdad!

—Sí —balbuceó ella llorando a lágrima viva—. Sí, Juan.

—Nunca renunciaré a ti. Ningún poder ni ninguna consideración con el mundo me obligarán a renunciar alguna vez a ti.

—¿Ni siquiera la consideración hacia mí?

—¿Hacia ti?

—Sí, Juan. Sé que moriré sin ti. Pero no debo vivir contigo...

—¿Quién lo ha dicho? Un viejo loco, mi padre, y otro viejo loco, su enviado. ¡No le creas! ¡Créeme solo a mí y a ti misma!

—Gracias por eso del viejo loco —dijo el embajador mientras escribía.

—No me lo pongas más difícil, Juan —susurró Rafaela entre sollozos—. De todos modos, ya es tan

indeciblemente difícil, pero ha de ser así...

Cortes se levantó de la mesa después de extender el talón y se acercó a ella.

—Tome —dijo—. La suma de treinta mil pesos le será útil para empezar.

Ella no le prestó atención.

—¡Escúcheme, señorita! —continuó el embajador—. Esta manipulación a través del dinero también me resulta bastante embarazosa. O sea, que haga el favor de aceptarlo.

—¡Le prohíbo que se lo dé! —gritó Juan.

—¿Y de qué quiere que viva? ¿De los recuerdos de su vida con usted?

—¡No, de mi presencia a su lado!

—Entienda usted que esto ha de acabar. ¿Quiere ser realmente mucho menos razonable que esta mujer?

—Y dicho esto, tomó la mano de Rafaela y le dejó el talón entre los dedos—. ¡Y usted se viene conmigo!

—¿Adónde? —preguntó Juan, turbado.

—A la embajada, porque saldrá en el próximo barco rumbo a España.

—¡Jamás! Todo lo contrario, el que tiene que marcharse de aquí es usted. ¡Y ya! ¡Desdichado! Váyase ahora mismo, porque he de reparar el daño que usted ha causado.

—No, joven. Ya no me apartaré de su lado. Porque de lo contrario no tardará usted más que unos minutos en poner a su amada exactamente en el lugar en el que se encontraba antes de que yo viniera.

—¡Eso es, precisamente, lo que tengo la intención de hacer!

—Y es también, precisamente, lo que no admitiré. O sea, que nos vamos.

—Sí, Juan —farfulló Rafaela, que buscaba, tanteando, el respaldo de la silla para incorporarse—. Debes ir con el señor conde de Cortes. Tiene razón. Porque si no vas, Juan, si no te marchas con él en el acto, no conseguiré mantenerme firme en mi decisión.

—¡Rafaela! —exclamó Juan. Y como ella estaba a punto de volverse hacia la puerta, la retuvo.

—¡Déjame, Juan! —gritó ella—. ¡Déjame! ¡Adiós, Juan! Déjame marchar, porque de lo contrario me quedaré sin fuerzas. ¡Que Dios y los santos te protejan, Juan! Y si tuviera mil vidas para regalar, te las daría para que fueras feliz. Pero ahora déjame. Déjame, déjame...

Dicho esto, se soltó, se dirigió precipitadamente a la puerta y salió de la habitación. En eso se entabló por unos instantes una lucha entre Juan y el embajador, que lo sujetaba. Luego, Juan dejó caer los brazos, que había seguido estirando como si intentara retener a la amada.

—Ya está... —susurró.

—Así es, ya está —dijo el embajador—. Y una nueva vida empezará para usted.

—Ya no creo en una nueva vida.

—Bueno, yo al menos he vivido varias —dijo Cortes, que se dirigió a la puerta por la que había salido el patrón y llamó—: ¡Ya puede venir! Asunto arreglado.

El patrón entró.

—La habitación del señor conde de Moncada —dijo Cortes— se le pagará hasta mañana por la mañana. ¡Envíe la factura a la embajada! Ahora bien, si la joven se queda a vivir aquí o no es algo que se sustrae a mi previsión, póngase de acuerdo con ella al respecto.

—¿O sea que el señor y la señora se van a separar?

—Así es. De lo cual puede usted deducir que yo tenía razón. No estaban casados. Quiero decir que, a pesar de todo, no estaban casados.

—Yo solo puedo tomar nota de la repentina decisión de divorciarse que ha tomado el matrimonio Moncada, registrado en mi establecimiento —señaló el patrón.

—Tómelo como usted quiera —dijo el embajador y, dirigiéndose a Juan, añadió—: ¡Venga, nos vamos!

—¿Y mis pertenencias? ¿Mi equipaje?

—Ya no los necesitará. Lo equiparé de nuevo. Ya le gustaría: pasarse horas haciendo las maletas y minando las decisiones de su amiga...

—Pero...

—Nada de peros. ¡Venga, vámonos!

A todo esto, ya empujaba a Juan por la puerta.

El patrón los siguió con la mirada. Al cabo de unos instantes empezó a sacudir la cabeza, como si le entrara la duda:

—No sé, no sé —dijo para sus adentros—, puede que me equivoque, pero mucho me temo que... este hombre, este embajador, tenía tanta prisa que era como si acabara de cometer una tremenda estupidez... Vamos, que no me fío de la diplomacia.

III

El cautiverio al que fue sometido Juan en el palacio de la embajada hasta que un barco zarpó rumbo a España era el que correspondía a un caballero: aun así, no dejaba de ser un cautiverio. Bien es cierto que lo obligaban a comer y a beber; que debía recibir a sastres, zapateros y camiseros, los mejores de la ciudad; que invitaban y agasajaban a numerosos huéspedes para entretenerlo; y que a veces salía a pasear en coche con el embajador; ello no obstante, en ningún otro caso se le autorizaba a franquear la puerta de la calle. De hecho, cuando se iba a dormir, el propio Cortes cerraba con llave la habitación del desdichado y guardaba la llave en el bolsillo.

Al final, Juan consiguió enviar, a pesar de todo, una carta a Rafaela mediante un criado al que logró sobornar. El sirviente, sin embargo, regresó con la misiva, esto es, sin haber cumplido su cometido. Rafaela había desaparecido sin dejar rastro, no había dejado dicho adónde se había mudado, y la melancolía de Juan se convirtió en un estado de agitación bien comprensible. Ordenó al criado que recorriera la ciudad de cabo a rabo con el fin de averiguar el paradero de la amada. Pero fue inútil. Por lo visto, Rafaela había decidido renunciar definitivamente a Juan. El joven se sumió en un estado de profunda depresión. En vano intentaba Cortes explicarle la teoría que el propio Juan había defendido ante Quejara: que también existían otras mujeres. Hasta se mostró dispuesto a presentarle algunas ricas herederas argentinas. Un Moncada, dijo, solo tenía que elegir. Moncada, sin embargo, no elegía. No podía desprenderse de la imagen de Rafaela y pasaba horas deambulando por los pasillos y las lujosas salas de la embajada, al tiempo que hacía castañetear los dientes, revolvía los ojos, apretaba los puños y no paraba de despotricar.

Un día hasta se dispuso a abandonar el edificio por la fuerza.

—¡La encontraré y la mataré! —gritó.

El portero y dos o tres empleados consiguieron a duras penas evitar que franqueara la puerta. Lo llevaron a rastras ante el embajador, al tiempo que no cesaban de proferir disculpas por su actuación («es por orden de su excelencia»). La escena recordaba ciertos sucesos violentos que ocurren en las novelas amorosas del siglo XVIII.

—¡Esto es privación de libertad! —gritó Juan, al que le rechinaban los dientes—. ¡Presentaré una denuncia!

—¡Preséntela! —replicó Cortes—. Aquí nos amparamos en la extraterritorialidad. Gozamos de inmunidad. Solo el rey, como cuyo embajador he asumido este cargo, tendría el derecho de juzgar mis actos y omisiones, y dudo que el rey...

—¡El rey —chilló Juan— se encuentra en Austria y se está dejando pincelar la garganta por un catedrático de medicina, un tal Neumann! ¡Ha sido destronado y en su lugar reina el pueblo!

—El pueblo —dijo Cortes— no reina nunca. Solo destrona a sus reyes para dejarse embaucar por otros. ¡Métase eso en la cabeza, joven!

—¿Quién manda entonces ahora en España? ¿El duque de Madrid, o don Juan, o los bolcheviques, o el caudillo?

—Por el momento no se sabe con precisión —respondió el embajador—. Pero a usted no tiene por qué importarle. Porque aquí al menos mando yo.

—Pero es que no soy un verdadero conde —continuó Juan fuera de sí—. Soy un simple y vulgar Moncada.

—No existen los simples y vulgares Moncada —dijo el embajador, procurando tranquilizarlo—. ¡Olvídese, pues, de esta locura! Es muy posible que su amante fuera una persona encantadora, pero, desde un punto de vista social, ha ejercido sobre usted la peor de las influencias. Como su padre es el decimotercero

conde de Osona, si mal no recuerdo, usted será el decimonoveno. O sea, que incluso si tuviese que mendigar, no podría usted negarlo.

—¡Si supiera usted hasta qué punto me he negado! —gritó el decimonoveno conde de Osona.

Sea como fuere, el embajador siguió mostrándose tan implacable como siempre, incluso después de esta graciosa discusión. Continuó despojando a su cautivo de cualquier posibilidad de moverse con libertad; y cuando llegó el día en que el barco de Juan había de emprender la travesía del océano, lo condujo personalmente a bordo, le exigió jurar por su honor que iría a ver realmente a su padre y permaneció en el muelle hasta que el navío hubo abandonado el puerto. Acto seguido regresó a la embajada, explicó todo lo ocurrido en una extensa carta que remitió a Burgos, proyectó una buena luz sobre su propia actuación y enumeró los gastos en los que incurrió: pago de la liquidación a la actriz, del nuevo equipamiento de Juan y de la reserva de la plaza en el barco, además del dinero de bolsillo para el hijo pródigo, treinta y cuatro mil setecientos pesos argentinos en total.

La misma cantidad en toneladas pesaba, más o menos, el *Numancia*, el buque en el que Juan había de viajar a España. Se trataba de una embarcación lujosa, provista de una nutrida tripulación y poblada por unos cuantos cientos de pasajeros. Hombres de negocios, aventureros, emigrantes que se habían hecho ricos y que volvían a su patria deseosos de ser enterrados en tierra española, tahúres, madres empeñadas en encontrar un partido para sus hijas, jovencitos que trataban de resolver sus vidas mediante un buen matrimonio, judíos conversos que seguían judaizando, pescadores de perlas japoneses, lavanderos chinos, griegos y turcos, la llenaban de tal modo que allí no cabía ni un alfiler. Una feria de necedades y vanidades humanas navegaba bajo una luz cegadora y con una música delirante, comiendo y bebiendo, bailando y fumando, con fracs y vestidos de noche, con trajes de baño y de playa, todos acicalados con joyas y untados con cremas para protegerse del sol, todos charlando y riendo, estafadores y estafados. Así navegaba la feria sobre el mar color zafiro, sobre los continentes de las honduras sumidos en la noche y el silencio eternos, así se dirigía de un continente todavía no sumergido a otro en igual situación, aunque ambos se hundirían algún día en esa misma noche y ese mismo silencio que reinaba en los países que ahora yacían en las profundidades, bajo la quilla del *Numancia*.

La única persona consciente de este hecho era Juan. Sin embargo, no tomó conciencia de ello por una inclinación de su carácter a reflexionar sobre tales cosas, sino porque sus vivencias de los últimos tiempos no le dejaban concebir pensamientos más agradables. Se mantenía siempre al margen y contemplaba contrariado las vacuas, ruidosas y ridículas actividades a su alrededor. Sobre todo un grupo de personas de más o menos su edad provocaba su enfado. Estaba integrado por dos o tres chicas consideradas acaudaladas y, aproximadamente, por media docena de jóvenes empeñados en complacerlas. Sobre todo una de las muchachas era considerada rica, particularmente rica incluso. De nacionalidad española, se llamaba Beatriz Pereira.

Aunque era una joven adinerada e incluso bella, no carecía de verdadera gracia y encanto, de tal modo que hasta el propio Juan, al menos, no se mostraba indignado cuando la miraba; y a ella también, por lo visto aquel joven solitario y melancólico no dejaba de causarle cierta impresión. En medio de las majaderías de sus admiradores, a menudo lo miraba con atención y hasta con un gesto reflexivo. Sin embargo, no se produjo un encuentro entre los dos.

Las actividades de entretenimiento en el barco continuaron así durante un tiempo, hasta que recibieron un serio golpe. Resulta que un día el *Numancia* se vio inmerso en un tornado.

El huracán estalló cuando estaban cenando, sin sospechar nada de nada. Parte de los pasajeros —señores mayores de nariz colorada y señoras jóvenes que ya arrastraban riñones de alcohólicas— había decidido celebrar una fiesta en el *grill-room* después de la cena, con la intención de beber champán usando piñas tropicales vaciadas como copas. El comedor se mecía de modo suave y uniforme, se mecía todo el *Numancia* sobre la respiración inconmensurable y eterna del océano; y a los continuos crujidos y murmullos del revestimiento de cedro se superponían el parloteo y las risas de los pasajeros y el tintineo de copas y platos.

De repente, sin embargo, la sala se alzó más de lo normal y descendió también más de lo normal y describió al mismo tiempo un movimiento serpenteante similar, más o menos, a la curva trazada por un látigo que un peón hace restallar en la pampa para dominar a las bestias. Ya estaban a punto de superar el trance cuando el movimiento se repitió. Esta vez, los pasajeros se miraron, el silencio se hizo profundo, y en plena quietud se oyeron unos silbidos y bramidos que, procedentes de lo más alto de las superestructuras y mástiles, llegaron hasta lo más hondo del comedor. Al poco, el movimiento serpenteante volvió a sentirse por tercera vez, pero con más intensidad si cabe en esta ocasión. Algunos pasajeros se llevaron la servilleta

a los labios como si quisieran enjugárselos: se trataba tal vez de un mero pretexto. De hecho, solo querían la servilleta para taparse la boca; era un gesto instintivo, anticipatorio, la reacción a cuanto se veía venir; dos o tres incluso se levantaron y abandonaron el comedor. De todos modos, de la mente de quienes permanecieron sentados se esfumó en un soplo la imagen de la fiesta regada con champán servido en piñas tropicales, se esfumó la idea de ver a muchachas achispadas y señoras desenfundadas que viajaban solas, se esfumaron los planes de los truhanes de desplumar a los ricachones después de la cena, se esfumaron las esperanzas de las madres de encontrar un buen partido para sus hijas, se esfumaron las expectativas de los jóvenes de comprometerse con una rica heredera. Los comensales, que habían devorado cuanto era bueno y caro sin pensar en el estómago, empezaron a notar de pronto que sí tenían un estómago: este manifestó su intención de dejar de acoplarse a la armonía del cuerpo y de comportarse como un órgano independiente que daba vueltas sin ton ni son en el interior del organismo. Las personas empezaron a descubrir que ocultaban fuerzas que no podían dominar. Y cuanto ocurría en el interior sucedía también en el exterior: al comedor y, de hecho, a todo el *Numancia* les dio de súbito por hacer piruetas que no figuraban en el programa de la compañía naviera. Las treinta y cinco mil toneladas subían y bajaban, serpenteaban y se precipitaban con la ligereza de treinta y cinco libras, por no hablar del mar y de la tempestad, que dejaron de adaptarse a las normas de una civilizada travesía de Buenos Aires a Génova, a un viaje de hombres de negocios, cazadores de dotes, gigolós y señoras más o menos jóvenes que, a decir verdad, pensaban en cualquier cosa menos en la revuelta de los elementos. Aun así, esta se produjo de repente, y la única solución consistía en tragar remedios contra el mareo para devolverlos al cabo de un rato.

Desde luego, no se trataba de una cuestión de vida o muerte: eso se suponía, al menos. No obstante, por muchas tempestades que hubiera experimentado y volviera a experimentar el *Numancia*, la situación resultaba inesperada, imprevista, indignante y repelente en cada nueva ocasión. ¿Quién era ese ser que movía de forma tan incomprensible el viento y las olas? De hecho, no se ocultaba tan solo en estos. Se hallaba asimismo en el propio buque, se hallaba en los crujidos y gemidos de las paredes y del suelo, que se alzaba más y más y se precipitaba de nuevo al vacío; se hallaba en el impulso horrendo de los motores cuando las hélices, tras emerger de las aguas, volvían a sumergirse, en el aire viciado y el calor sofocante contra el que nada podían hacer los ventiladores, en el olor del revestimiento de las escaleras y de las pinturas al aceite; se hallaba tanto en toda esa enorme obra de la mano humana como en la estruendosa naturaleza, tanto en las sienes y estómagos doloridos de los mareados como en las montañas de agua con sus cimas espumosas, iluminadas por una luz fantasmagórica, y en los nubarrones que desfilaban a toda velocidad al filo de la medianoche. Por lo visto no existía frontera donde acabara lo natural y empezara lo artificial, porque, al fin y al cabo, todo era natural, la marea y el casco del barco, las olas del mar y la estela de las hélices, el pez en el agua y el pescado en el comedor, la tormenta y el humo de los cigarrillos, el carmesí del lápiz de labios y el carmesí del crepúsculo, los intereses de los viajeros y la indiferencia de los elementos, y todo ello era incomprensible e inconcebible y no se sabía por qué ocurría ni para qué, ni si, en general, podía servir para algo o si lo mejor hubiera sido que no ocurriera.

Al cabo de un cuarto de hora, el comedor se vació del todo. Solo unos señores permanecieron en el *grill-room*, donde debería haberse celebrado la fiesta, tratando de fortalecerse contra el mareo mediante el consumo de docenas de copas de coñac y whisky, aferrados a la barra del bar. Casi todos los demás se retiraron, tambaleándose, a sus camarotes, se sujetaron a sus camas mientras sus fuerzas los acompañaban o rodaron carentes de toda voluntad hacia un lado y hacia otro, maldiciendo el tornado, el mar, el *Numancia*, la travesía, Argentina, España, a sí mismos, a Dios y al mundo. El navío parecía un barril en el que se sacudían y giraban cientos de guisantes en diversos espacios. Así transcurrió la noche, y la situación no mejoró a la mañana siguiente. Se vio un desierto de agua inmenso, bramante y furibundo, que se acercaba, se abalanzaba sobre las cubiertas, rompía contra las superestructuras y arrojaba enormes chorros de espuma al cielo.

Para su propio asombro, Juan no se había mareado; por lo visto, la tempestad de su interior ponía coto a la tempestad que rugía alrededor. El caos generalizado se correspondía, de hecho, con el suyo personal y le resultaba muy oportuno; lo reanimaba. Atrás habían quedado las bobadas, las risas, las estupideces en las cubiertas; había cosas más serias que hacer. Algunos desdichados yacían con palidez cadavérica en las tumbonas de la cubierta de paseo, cuyas ventanas habían sido cerradas; otros desesperados habían subido a la terraza para respirar aire fresco y acabaron más zarandeados que antes; otros, en cambio, se sumergieron en el vientre del *Numancia*, en la creencia de que era allí donde menos oscilaba el buque. Juan respiraba con alivio, el *Numancia* casi le pertenecía a él solo, y nadie perturbaba con necesidades su dolor.

Recorriendo la cubierta de paseo, vio a Beatriz Pereira echada en una tumbona. Estaba muy pálida, tenía los ojos más grandes de lo normal, por lo visto debido a su malestar, y clavaba en el vacío una mirada insondable. Ninguno de sus admiradores estaba a su alrededor; bastante tenían con ellos mismos, probablemente, o tal vez no querían presentarse en el estado en que se encontraban. Beatriz solo estaba acompañada por su doncella. Esta permanecía sentada en el suelo; se sentía indescriptiblemente mal e intentaba apoyar la espalda en la pared, tras la cual se hallaban los salones. Sin embargo, a cada golpe violento que recibía la nave rodaba por la cubierta hasta la borda, y regresaba al producirse la siguiente sacudida; ante las ventanas subía y bajaba sin cesar un caos de agua verde.

Al aparecer Juan, la mirada de la joven se fijó en él, lo siguió cuando pasó y lo acompañó mientras se alejaba.

Cuando Juan pasó por segunda vez, él le sonrió con la intención de mostrarle su simpatía, y ella devolvió la mejor sonrisa que pudo mostrar en su estado de debilidad. La doncella ya no rodaba de un lado para el otro por la cubierta, sino que se aferraba al rosario, que, por lo visto, le daba fuerzas para mantenerse en su sitio.

Cuando Juan pasó por tercera vez, se dirigió a Beatriz.

—Bueno —dijo—, confío en que no se encuentre usted muy mal. Lamentaría mucho que no se sintiera bien.

—Me siento mejor —respondió ella y volvió a sonreír—. Con las fuerzas justas.

—Si nos hallásemos en un velero —dijo él—, tendríamos más apoyo en medio de la tempestad, porque iría siempre escorado. Pero estas motonaves carecen de sostén, al igual que las personas que viajan en ellas.

—¿Tiene usted realmente un carácter tan grave? —preguntó Beatriz.

—¿Un carácter grave? ¿Por qué?

—Porque manifiesta usted opiniones muy serias.

—¿De verdad? De hecho, hasta para mí es una novedad.

—Además, está usted siempre solo.

—¿Ha tenido usted la bondad de darse cuenta?

—Si no lo sacara de sus costumbres, le pediría, desde luego, que se sentara a mi lado.

Juan acercó una tumbona y se sentó junto a ella:

—Es usted muy amable —balbuceó.

—¿Realmente no le molesta si le ruego que charle conmigo y me distraiga?

—Me encantaría hacer cuanto esté en mis manos para verla en buen estado.

—¿Y usted? —preguntó ella—. ¿No se siente fatal? Lo envidio.

—Desde luego, solo se me puede envidiar por este mínimo bienestar y por el privilegio de poder sentarme a su lado, claro —dijo Juan—. A decir verdad, creo deber este estado mío al mero hecho de que, por desgracia, me ocupan asuntos mucho más dolorosos que esta tormenta.

Ella lo miró.

—Hay a bordo dos curas —dijo finalmente— que consideran la tormenta un castigo de Dios, causado por la escasa asistencia a la misa dominical.

—¡Vaya conexiones que ven siempre estos curas!

—¿No cree usted, señor conde de Moncada, que Dios nos castiga o nos recompensa por lo que hacemos?

—De hecho, debería creerlo —murmuró él—. Pero ¿cómo sabe usted mi nombre?

—Por la lista de pasajeros. Siento interés por las personas.

—No me llame usted conde de Moncada. Si insiste en concederme un título, llámeme simplemente don Juan.

—Como el aspirante al trono.

—¿También se interesa usted por la política?

—Es quizá el único asunto de interés que le queda a una mujer, al margen de la vida cotidiana. No sé nada de arte ni de literatura y menos aún de negocios. Además, mi padre me ha enseñado a leer gran cantidad de periódicos. Como no tiene tiempo, me obliga a contarle lo que he leído. También le he de informar de todo cuanto oigo.

—La quiere mucho su padre, ¿no?

—Creo que sí.

—Entonces ¿cómo ha podido vivir tantos meses alejado de usted?

—Yo tenía que visitar a mis parientes en Argentina.

A Juan le llamó la atención que tuviera que leer los periódicos, tuviera que informar de lo oído y tuviera que visitar a los parientes. La gente adinerada, pensó, posee una disciplina muy diferente de la nuestra.

—¿Y usted también? —preguntó ella—. Vuelve para ver a su padre, ¿no es así?

—Más o menos. Pero no hablemos más de esto. No siempre he demostrado ser un hijo tan bueno como usted, que es una hija obediente.

—Debe de haber pasado mucho tiempo en el extranjero, porque en Madrid se oía hablar mucho de su padre, pero ni una palabra de usted.

—Vaya. ¿Y qué se decía de mi padre?

—Que vive a lo grande.

—No me he interesado mucho por nuestra situación económica. ¿Tan rico es?

—No lo sé. Eso sí, sabe derrochar lo que posee.

—Parece ser un rasgo típico de la familia —murmuró Juan.

—¿Qué dice?

—Nada, nada. ¿Se siente usted un poquito mejor ahora?

—Desde luego.

Juan se levantó:

—Gracias por haberme concedido el privilegio de hacerle compañía, y si no hubiera aprendido a no creer en la justicia de este mundo, desearía que el mar se calmara en su honor y se tornara un vivero de carpas. Sin embargo, ya no creo en la eficacia de nuestros deseos, ni siquiera de los más intensos.

—Inténtelo de todos modos —dijo ella sonriendo—. Porque aunque no sirviera de nada, sabría igualmente que ese deseo proviene de usted.

Acto seguido le dio la mano, que él besó.

A continuación, Juan se marchó, y ella volvió a seguirlo con la mirada.

Cuando Juan se sentó por segunda vez a tomar su desayuno, se encontraba casi solo en el comedor. Hasta parte de los camareros se habían mareado para entonces.

Aumentó la violencia de la tempestad e incluso corrió el rumor de que el mismísimo capitán se había visto afectado por el mareo en el puente de mando. Juan recordó algunas historias, según la cuales hasta los almirantes eran presa de intensas sensaciones de malestar en medio del fragor de la batalla, como Nelson, por ejemplo, en la de Trafalgar. El joven subió, pues, a la cubierta y echó un vistazo al puente, donde no observó, sin embargo, rastro alguno de malestar.

Por lo visto, fueron los dos curas quienes habían lanzado el rumor sobre el lamentable estado del capitán y lo habían hecho a propósito, aunque con buenas intenciones. Mareados ellos también, pero enderezados por la fuerza del espíritu, recorrían el barco para declarar que el huracán, sobre todo desde que había aumentado en intensidad, debía considerarse a todas luces una obra del cielo encolerizado y que el buque se iría a pique si la gente no se recogía. ¡Que se vaya a pique!, contestaba la gran mayoría de los mareados. Ya les daba igual.

Juan también entabló una larga conversación con los curas. La charla, sin embargo, no estuvo dominada por la apatía, como en el caso de los afectados por el mareo; él quería conocer el nexo entre culpa y castigo. Como era un conde, los sacerdotes lo tomaban por creyente, y como lo tomaban por creyente, no consideraban necesario sacudirlo mediante descripciones de un naufragio para reconducirlo a la fe. Hablaron con él como con uno de los suyos, por así decirlo, y lamentaron sobre todo el hecho de que los logros del último siglo generaran en las mentes de los más necios y estúpidos la impresión de que ellos, los bobos, aunque no hubiesen participado en absoluto del progreso general, eran inteligentes y de que hasta entonces no se les había permitido manifestar su inteligencia por mera perfidia. Por eso se debía saludar la llegada de la tormenta, decían, aunque uno mismo sufriera sus consecuencias, puesto que ni la verdadera ni la pretendida inteligencia del siglo podían emprender nada contra un huracán. En cuanto a la relación entre culpa y castigo, sostenían que uno no debía dejarse engañar por el hecho de que la mayoría de los culpables quedaran, por lo visto, impunes. Afirmaban ellos que solo era castigado quien se sentía convencido de su culpa, quien provocaba su propio castigo, como quien dice, por el hecho de tener mala conciencia, por sentir inquietud en su interior y temer la venganza. Ahora bien, quien no concedía importancia a su conciencia, no podía recibir el salutífero castigo. Esta gente, aseguraban, no era, desde luego, indiferente a Dios, que lamentaba su ofuscación; sin embargo, solo podían merecer la gracia si se los convencía de su necesidad.

Juan consideró estas explicaciones tan hermosas como profundas y comprendió por qué los curas utilizaban la tormenta como pretexto para apelar a la conciencia de los pasajeros y por qué deseaban, aun afectados por el mareo, la continuidad del huracán. A punto estaba de contarles su propia historia, pero

como recordó que contenía ciertos aspectos que no podían resolverse mediante el consuelo de la religión, se guardó sus confesiones, dio las gracias a los sacerdotes y se marchó. Aun así, había decidido durante la conversación cambiar sus propósitos en la medida de lo posible y presentarse como un hijo profundamente arrepentido ante su padre, el viejo Moncada, quien, por desgracia, parecía ser tan derrochador como él mismo.

Hacia la noche, cuando la tormenta alcanzó la máxima violencia, Juan volvió a la cubierta de paseo y encontró a Beatriz echada, una vez más, en la tumbona. En esta ocasión, no la acompañaba la doncella.

—La pobre se ha retirado bajo cubierta, más muerta que viva —dijo Beatriz—. Pero ¿no quiere usted sentarse de nuevo a mi lado, don Juan?

—No me llame don Juan —respondió el joven, y tomó asiento junto a ella—. No aguanto los títulos. Pero ¿cómo se encuentra usted?

—No muy bien, que digamos.

—Lo siento. Creo, no obstante, que pronto alcanzaremos el ojo del huracán, donde reina una calma absoluta. Lo demuestra claramente la furia con que se está desatando ahora la tormenta.

En efecto, tenía razón. Al poco, acabaron casi de golpe los silbidos y estruendos y el zumbido de la espuma y del agua pulverizada; y el *Numancia*, que se había escorado bastante por la enorme presión del aire y por la altura de sus costados, se enderezó. Las olas, que parecían cubiertas de aceite, se acercaban como centelleantes montañas de ébano líquido en el incipiente crepúsculo; pero no eran más bajas que antes y, en vez de venir de una sola dirección, procedían sin orden ni concierto de todas. La situación en el barco se volvió de todo punto insoportable. Parecía una enorme coctelera en manos de un barman divino.

—¡Dios mío! —gimió Beatriz—. ¡Esto es espantoso!

—Deme las manos —pidió Juan, y ella le dio sus manos bellas, pero del todo pálidas y temblorosas.

—Las sujetaré —continuó él—. Así quizá se sienta usted mejor.

—Sí... —rogó ella—, sujételas. ¡Sujételas con fuerza, Juan...!

Y él retuvo las manos de Beatriz en las suyas: incluso cuando ya habían superado el ojo del huracán y volvieron a adentrarse en la tormenta. Las siguió sujetando al día siguiente; y cuando la tempestad había pasado ya y el mar había recobrado su color zafiro, Juan seguía acudiendo a sujetarle las manos.

A punto de entrar en el puerto de Cádiz, el *Numancia* topó con toda la flota inglesa del Mediterráneo. El día estaba nublado, y bajo el cielo gris aparecieron los colosos grises en el horizonte y fueron pasando, poco a poco, los bajos acorazados con sus torretas y con los anillos de latón en torno a las bocas de los cañones, las fragatas con sus elevadas superestructuras y los portaaviones que emergían enormes del mar, cada uno precedido por seis u ocho destructores que parecían perros sabuesos; solo las corbetas iban encabezadas por dos; y en algunas naves había aviones semejantes a frágiles libélulas entre los mástiles.

Uno de los buques de guerra pasó muy cerca. La cubierta estaba vacía, y el puente se hallaba sobre la popa, como en los cargueros que surcan los ríos. Tenía tres torretas con tres cañones cada una, cuyo agrupamiento —podrían haber afirmado los curas— se correspondían con el de los órdenes de los ángeles y cuyo número concordaba con los nueve cielos móviles de la doctrina cristiana. Era el *Nelson*. Cada uno de sus proyectiles habría sido capaz de destruir el *Numancia* en su totalidad, y la fuerza de sus máquinas era más potente que la presión del huracán al que acababan de sobrevivir.

—Parecen albergar planes —dijo Juan mientras observaba las naves.

—Muchas veces lo parece —respondió Beatriz—. Pero creo que al final ni ellos saben a ciencia cierta lo que pretenden.

Beatriz y Juan desembarcaron en Cádiz. Antes, sin embargo, ya se habían prometido.

IV

Al día siguiente, Juan y Beatriz tomaron el tren en compañía de la doncella para proseguir viaje rumbo a Madrid. No viajaron, por decoro, en el mismo compartimento, sino en compartimentos contiguos. Ni siquiera se visitaron, sino que pasaron largos trechos del trayecto asomando la cabeza por la ventanilla para conversar.

Tanto más fácil les resultó hablar de ventanilla a ventanilla cuanto que el tren viajaba con esa lentitud que caracteriza a los ferrocarriles españoles y que ya había lamentado el viejo Moncada en su carta al conde de Cortes. Esta tardanza incluso ha encontrado cabida en el lenguaje popular, en frases como esta: tarda mucho, lo mismo que un tren entre Alcalá y el Henares. A lo cual habría que añadir, a modo de observación, que la ciudad de Alcalá está situada a orillas del río Henares.

La causa de dicha particularidad del tráfico ferroviario hay que buscarla sobre todo en el hecho de que los ferrocarriles españoles, aun siendo de vía más ancha que los centroeuropeos, franceses o ingleses, son todos de una sola vía, de tal modo que los convoyes a menudo han de esperar en pequeñas estaciones el paso del tren que circula en sentido contrario; para acortar estos tiempos de espera y para ahorrar, además, material de combustión, los trenes circulan más lentamente de lo que podrían, ya que no tiene sentido llegar antes a la siguiente estación, pues allí deberán esperar el paso del convoy que viene en dirección contraria.

No obstante, el material de combustión que se ahorra resulta asimismo inservible, por cuanto solo una mínima parte consiste en carbón de verdad, mientras que la otra, la mayor, es mero polvillo, que tan pronto como llega al fogón es arrancado por la corriente de aire, sale por la chimenea y cubre no solo hasta el último rincón del tren, sino también el paisaje con una densa lluvia o granizo de hollín. Nuestros viajeros, sobre todo Juan y Beatriz, tampoco escaparon a esta nube negra, tanto menos cuanto que pasaron gran parte del tiempo asomados por las ventanillas. Era asombroso ver con qué rapidez se ennegrecieron sus jóvenes y bellos rostros. Aun así, la negrura no les suponía ningún menoscabo; un observador fascinado por ellos podría haber llegado a la conclusión, desde luego, de que incluso les confería un encanto particular.

Al cabo de un rato, sin embargo, Beatriz se percató de que Juan se volvía cada vez más meditabundo y taciturno. Contemplaba triste y reflexivo el paisaje andaluz, del que no podía afirmarse que pasara volando ante las ventanillas del tren. Con expresión melancólica, posaba la vista en las numerosas piaras de cerdos pequeños y negros que proporcionaban algo así como vida a aquellas heroicas zonas rocosas.

Beatriz tardó en atreverse a preguntar por las causas de su preocupación. Al final, sin embargo, hizo de tripas corazón e inquirió el porqué de su enmudecimiento.

Dos motivos tenía, de los cuales insinuó el primero y reveló «en parte» el segundo.

—Me da rabia que Andalucía no sea Cataluña —dijo, y, al ver que los ojos de Beatriz se volvían grandes por el asombro entre las manchas de hollín de su rostro, prosiguió de inmediato—: Y pienso, además, en mi padre.

—¿No te alegra volver a verlo? —preguntó ella.

—Sí, pero no sé cómo reaccionará a la noticia de nuestro compromiso.

La vio empalidecer ligeramente bajo el hollín, y esa repentina palidez del rostro amado le oprimió aún más el pecho, ya de por sí angustiado.

—Entiéndeme —se apresuró a añadir—, no sé si habrá urdido otros planes matrimoniales para mí aprovechando mi larga ausencia. Es posible, por ejemplo, que eligiera para mí a una mujer perteneciente a una de las familias más importantes del país y que resulte difícil disuadirlo de tal idea. Concede tanto más valor al apellido Moncada cuanto menos importancia le doy yo. Para ser sincero, lo que más me gustaría

sería que los condes de Moncada no existiesen, que no fuesen ni grandes ni titulados, que no fueran siquiera vulgares hidalgos.

—Pero ¿por qué? —preguntó Beatriz—. Me ha llamado la atención que, cuanto más nos conocemos, más prejuicios muestras contra todos los títulos. Al principio no debía llamarte conde de Moncada, después ni siquiera don Juan. ¿Lo haces por amor a mí?

—Bueno —intentó sonreír Juan—, a lo mejor solo lo quería para que me llamaras simplemente Juan. Y es lo que haces ahora, ¡gracias a Dios! Porque, al fin y al cabo, prefiero tus ojos a toda la grandeza española.

Dicho esto, asió la mano de Beatriz y la besó, a pesar del hollín que la cubría.

—Ahora bien —prosiguió—, también es posible que tus padres se opongan a nuestro matrimonio.

—No lo creo —respondió ella sin pensárselo dos veces—. Confían en mí, y si les digo que me he decidido realmente por ti, a buen seguro que aprobarán mi elección.

—Eso espero —dijo él—. Pero si de mí dependiera, no sé si daría el consentimiento al enlace entre mi hija y el hijo del conde de Moncada.

—Deberías ser más prudente con lo que dices —aconsejó Beatriz—. Porque si te oyeran, no te considerarían un futuro grande de España.

—No creo —dijo él— que puedan demandarme por un delito de carácter social.

No obstante, le besó la mano, que seguía sujetando, con una expresión melancólica, como si acabara de provocar la revolución de la España roja. La conversación concluyó, sin embargo, ya que la doncella se hizo oír desde el fondo de su compartimento, exhortando a Beatriz a no asomarse tanto por la ventanilla. La relación amorosa, iniciada mientras todo el mundo sufría mareos, inquietaba bastante a la pobre, que no sabía cómo reaccionarían los ancianos Pereira ante la noticia ni si le reprocharían algo a ella.

Ya se habían alejado bastante de Sevilla cuando el tren empezó a avanzar con una lentitud tal que resultaba chocante incluso si se tenían en cuenta las circunstancias españolas. Mirando por la ventanilla, uno descubría que hasta los caminantes andaban junto al tren sin esforzarse demasiado por mantenerse a su altura. Pero no solo había gente cerca del tren; unos por aquí, otros por allí, unos más cerca, otros más lejos, por doquier aparecían personas o grupos enteros que se movían todos en la dirección en que viajaba el tren, aunque «viajar» no sea quizá el verbo idóneo para definir lo que hacía.

—¿Qué significa esto? —inquirió Juan a un joven vestido de manera rústica, al que veía desde hacía un rato caminar junto a la ventanilla sin esforzarse más que si hubiera tenido que acompañar un carro tirado por caballos que avanzaba poco a poco cuesta arriba.

—¿O sea que no va usted al entierro? —preguntó el joven.

—¿A qué entierro?

—Al de Esteban.

—Pues no, amigo mío —respondió Juan—. Ni siquiera sé quién es ese Esteban.

—¿No lo sabe?

—No tengo ni la menor idea.

—Su triste historia —aclaró el joven, señalando a los numerosos caminantes que se veían alrededor— ha causado tal revuelo por doquier que casi toda la región acude ahora a su entierro.

—Vaya —dijo Juan—, debe de haber sido un hombre extraordinario. Aun así, me resulta desconocido. Es que acabo de llegar de América.

—¿De allí directamente?

—De allí directamente.

—¡Caramba! —exclamó el joven—. ¡Qué honor habría supuesto para el difunto que usted no hubiese venido de América así sin más, sino expresamente para su entierro!

—Es muy posible —dijo Juan—, pero tenga usted la bondad de contarme lo que le pasó al pobre. Resulta que, por ciertas cuitas que me acongojan, me encuentro en la justa disposición de espíritu para escuchar las historias tristes de los otros.

—Que así sea, pues —respondió el joven, mientras Juan y Beatriz, así como otros pasajeros del tren, se asomaban por las ventanillas para escucharlo—. Esteban era uno de los guardagujas de la estación de Villanueva, no muy lejos de aquí. Considerado un muchacho sumamente alegre, se llevaba bien con todo el mundo y ponía las agujas con precisión como nadie; no existía persona capaz de decir algo malo de él. Para su desgracia, sin embargo, y para la de otros jóvenes de la zona, la hija de nuestro jefe de estación regresó no hace mucho de Sevilla, donde había tomado clases en el arte de la costura. Se llama Marcela y su belleza es extraordinaria, como lo es también la crueldad con que trata a todos aquellos cuyo corazón se inflama

por sus encantos. Poco después de su llegada no había nadie que no alabara a Dios por haber creado semejante hermosura, y muchos acabaron tan cautivados como enamorados de ella. Su padre, el jefe de estación, la tenía bastante apartada. No obstante, el rumor de su belleza se difundió a tal velocidad que mucha gente prestigiosa acudió no solo de Villanueva, sino de toda la región para atormentar y angustiar al jefe de estación insistiéndole en que les diera por esposa a su hija. Él, un buen cristiano, de hecho, quería casar a Marcela, pero no sin la aprobación de la muchacha. Le hablaba a menudo, le exponía las cualidades de todo aquel que deseaba contraer matrimonio con ella y le rogaba que eligiera según su gusto y se casara. Ella, sin embargo, le respondía diciendo que aún no pensaba en casarse, que se sentía demasiado joven e incapaz de soportar la carga del matrimonio. La excusa parecía suficiente, y el padre no insistió. Afirmaba, con razón, que los padres no deben casar a los hijos contra su voluntad.

»Aun así, continuaba la presión de los admiradores, uno de los cuales era nuestro difunto, quien, según se cuenta, no solo la amaba, sino que la veneraba. No se crea, sin embargo, que Marcela, tan solicitada, hubiese dado pie a alguna sospecha que pusiera en duda su virtud y su honor. Se cuida tanto, que ninguno de quienes la pretenden puede jactarse de haber recibido una mínima señal que permitiera concebir esperanzas de ver cumplido su deseo. Sin embargo, ella tampoco rehuye la vida social; trata a todo el mundo con amabilidad y cortesía hasta que alguien le revela sus intenciones. Entonces, por muy bellas y sinceras que sean las intenciones, lo aparta como si fuese una piedrecilla; y con tal actitud ha provocado más desgracias en esta región que si se hubiera declarado la peste, pues su amabilidad y belleza generan amor en los corazones, pero su dureza y rechazo provocan luego la desesperación de los enamorados. Si permaneciesen ustedes unos días aquí, señorías, oirían cómo resuenan montes y valles por el lamento de los admiradores que la siguen y a los que ella rechaza. Resulta que no lejos de aquí hay un lugar en el que se alzan dos docenas de altas hayas; no existe ninguna que no lleve grabado en su corteza el nombre de Marcela. Para colmo, alguien ha dibujado una corona en uno de los árboles, como queriendo expresar a las claras que Marcela es la reina de la belleza. Allí suspira un enamorado, aquí se lamenta otro, allí se oyen cantos de anhelo, aquí desesperadas manifestaciones de tormento amoroso. Muchos pasan la noche al raso, al pie de un roble o de una roca, y el sol los encuentra a la mañana siguiente sumidos en sus pensamientos, sin haber cerrado los húmedos ojos. Otros permanecen tumbados bajo el sol del mediodía sobre la arena ardiente, sin recuperarse ni poder contener los suspiros, enviando sus lamentos al despiadado cielo. Encima de todos ellos se alza triunfante la cruel Marcela.

»Es desde luego comprensible que quien más la amara recibiera también la herida más profunda de su dureza. El pobre Esteban perdió la razón por su amor, y solo la muerte lo libró de sus sufrimientos. Hoy será enterrado, y toda la región acude a su sepelio.

Eran más y más los pasajeros que se asomaron a las ventanillas del tren durante el relato del joven. Cuando concluyó la triste crónica, nadie pudo dejar de apiadarse del destino del pobre Esteban. En particular, Juan se sentía impelido a recordar las dificultades de su propia situación, y se adueñó de él la impaciencia, el deseo de llegar cuanto antes a Madrid, de sincerarse con su padre y escuchar su decisión, pues era previsible la sorpresa del viejo Moncada al comprobar que su hijo había iniciado una nueva relación amorosa tan pronto como había concluido la que mantenía con Rafaela. El tren, sin embargo, se arrastraba con lamentable lentitud. Juan salió, pues, de su compartimento, saltó al terraplén y, andando junto a los vagones, se dirigió a toda prisa hacia delante hasta llegar a la locomotora, en la que vio a un maquinista ensimismado, mientras el fogonero, que también había entrecerrado los ojos, no parecía dispuesto a avivar el fuego arrojándole más carbón o, mejor dicho, polvillo de carbón.

—Disculpe, caballero —se dirigió Juan al maquinista, que volvió hacia él su triste mirada al sentirse interpelado—, usted disculpe. Uno está acostumbrado a muchas cosas en este país, pero, si me permite usted la pregunta, ¿por qué avanza el tren con tamaña lentitud desde hace un rato? ¿No se le ha ocurrido pensar que podría estar transportando a pasajeros que tienen prisa? Yo, por ejemplo, sería uno de ellos. ¿Por qué no acelera usted el convoy?

El maquinista lanzó al joven apresurado una mirada cargada de reproche.

—Por dos motivos, señor —dijo—. En primer lugar, el guardagujas Esteban, de cuyo triste destino se habrá usted enterado a buen seguro, era mi amigo. Mediante la extrema lentitud expreso, por tanto, mi duelo. ¿Ha oído usted alguna vez que los cortejos fúnebres avancen a la velocidad de un tren expreso? En cierto sentido, este tren también es una comitiva fúnebre, aunque no lleve un cadáver en su interior. Sus vagones forman una hilera y transportan a personas afligidas, como yo, por ejemplo. En segundo lugar, no nos serviría de nada llegar a toda velocidad a Villanueva. Resulta que, antes de morir, el pobre Esteban desajustó de tal manera las agujas de la estación de Villanueva que hasta ahora no han podido arreglarlas, es más, según se nos ha comunicado, tardarán horas en ajustarlas de nuevo. Por otra parte, los preparativos

para el entierro impiden trabajar en las agujas. Sea como fuere, hágase usted a la idea de que la parada en la estación será larga. Rinda usted un último homenaje al difunto dominando la impaciencia y piense, en el ínterin, que tanto usted como todos nosotros no tardaremos en yacer en el féretro tan inmóviles como el pobre guardagujas.

Dicho esto, volvió la espalda a Juan y clavó la mirada en la locomotora con gran concentración, como para supervisar con suma minuciosidad todos los detalles durante una carrera vertiginosa. Juan no pudo evitar la sensación de que las agujas de Villanueva aún no habían sido ajustadas a propósito, para que el entierro se celebrase con toda dignidad, sin perturbaciones procedentes del tráfico ferroviario. De todos modos, no le quedó más remedio que regresar a su vagón e informar a los otros pasajeros, quienes, ya fuera por verdadera compasión, ya porque no les quedaba otra opción, decidieron por unanimidad acudir al sepelio de Esteban.

Mientras, el tren se arrastraba por el desierto ardiente de Extremadura y se acercaba paso a paso a su meta provisional; aunque al final avanzó con tal parsimonia que, cuando se detuvo ante la estación, no se podía afirmar que se hubiera detenido, sino que su movimiento simplemente se extinguió. Había otros trenes que, procedentes de ambas direcciones, no habían podido continuar el viaje, y la estación estaba atestada de gente, no solo de pasajeros de los trenes, sino también de hombres y mujeres venidos de toda la zona. Todos ellos querían rendir el último tributo al finado, que estaba de cuerpo presente en la sala de espera de segunda clase. Se trataría de un tributo breve, desde luego, ya que el cementerio se hallaba justo al lado de la estación, una ubicación que no podía considerarse precisamente bonita, pero que era tenida por un eficaz memento mori a pesar del escaso peligro que suponían los parsimoniosos trenes.

También se apearon del tren nuestros viajeros, aunque algunos ya se habían adelantado por curiosidad, y se agolparon en la sala de espera, donde no cesaban las idas y venidas de la multitud, que contemplaba al difunto y despotricaba contra la hija del jefe de estación, que le había partido el corazón con su crueldad. Los reproches del público se dirigían incluso contra el jefe de estación —una persona, por lo demás, querida—, complicando aún más su situación, de por sí bastante incómoda: de hecho, era él quien había de pronunciar la oración fúnebre, y como no destacaba por su oratoria, trataba una y otra vez de prepararse mentalmente para el momento, aunque acababa siempre desconcentrado por las amenazas de la multitud. «¿Qué queréis de mí? —exclamó por último—. ¿Qué pretendía el desdichado, casarse con mi hija o conmigo?». A todo esto, el objeto de tal agitación y lamento yacía en el ataúd abierto, rodeado de velas encendidas y casi completamente tapado por una oleada de flores. El joven finado tenía bellos rasgos, que no habían sido desfigurados ni por la desesperación de los últimos tiempos ni por el tormento de la muerte, y parecía como si aún viviera. Y puesto que no transmitía nada horroroso ni perturbador, la multitud, sobre todo el sexo femenino, se le acercaba una y otra vez. A quien no se veía por ninguna parte era a la cruel Marcela; buenos motivos tenía, en efecto, para no dejarse ver. Si hubiera aparecido, la multitud la habría despedazado. No obstante, algunos afirmaban haberla visto sentada sobre la cama, llorando, en su habitación, situada en la planta baja de la vivienda del jefe de estación. «¡Bien merecido lo tiene!», gritó la multitud cuando se difundió el rumor. «Pero quién sabe por qué derrama realmente esas lágrimas de cocodrilo. Solo lo hace, tal vez, porque teme por su vida».

Mientras, se habían presentado ya, con gran boato, los representantes de la Iglesia, que bendijeron al muerto. Los lamentos desgarradores proferidos por la familia del difunto se mezclaban con los suspiros que, procedentes del resto de la concurrencia, se alzaban hacia el cielo al tiempo que el féretro era levantado, abierto como es habitual en los países meridionales, para ser llevado a la tumba. El apelotonamiento era indescriptible, no pudo formarse una verdadera comitiva fúnebre, y la multitud avanzaba sin orden ni concierto, en manadas, por las vías, rumbo al cementerio. Varias bandas tocaban simultáneamente diversas marchas fúnebres, y las locomotoras de los trenes parados en la estación soltaron el vapor para expresar el dolor de los colegas del finado.

La bendición se repitió junto al hoyo y, acto seguido, el jefe de estación pronunció su discurso. Intentó elogiar las cualidades humanas y profesionales que había mostrado el finado a pesar de la perturbación que provocó al final. «¡Será eternamente inolvidable para nosotros!», exclamó. Aun así, no consiguió granjearse la simpatía de los oyentes, y el rechazo que había generado en la multitud ya no podía dominarse. Las palabras del orador se vieron interrumpidas una y otra vez por murmullos de indignación y amenaza. Para dar por concluida esa peligrosa escena, los sacerdotes ordenaron cerrar el ataúd. A punto estaban de encajar la tapa sobre el difunto y sustraer el rostro de Esteban para siempre a los ojos del mundo, cuando se oyó, procedente de los márgenes de aquella enorme aglomeración, el grito solitario y estridente de una voz de mujer. Era Marcela, quien, presa del arrepentimiento, había salido corriendo del edificio de la estación, deseosa de ver, una vez más, a su víctima. La multitud no quería dejarla pasar. En su desesperación, sin

embargo, Marcela se abrió pasó con toda su fuerza entre aquella muchedumbre inabarcable y, empujada y zarandeada, desgredada y con la ropa desgarrada, la desdichada llegó finalmente hasta la tumba, donde cayó de rodillas ante el cadáver del amante rechazado.

—¡Ay, querido! —exclamó la bella, de cuya hermosura ya apenas se percibía nada debido al acoso al que la sometió la ira del pueblo—. ¡Ay, querido! ¿Qué te he hecho yo para que me hagas esto? ¿Cómo has podido perder de repente la razón y morir? ¿No te decía el corazón que yo solo fingía crueldad para asegurarme tanto más de tu amor? ¿No existen en la naturaleza irracional, no existen incluso entre las especies animales ejemplos de criaturas pertenecientes al sexo femenino que no dan enseguida el sí a los esfuerzos de los pretendientes masculinos? ¿No contabas tú con mi reserva, con mi virtud y moralidad, de tal modo que tomaste mi rechazo por definitivo? ¡Precisamente cuando yo quería atender tus peticiones, la muerte te llevó! Por el amor de Dios, en cuya gracia y misericordia he depositado toda mi confianza: ¡si aún vivieras, te escucharía para siempre, y nada podría impedir que te amara hasta que la muerte también se me llevase!

Un murmullo aprobatorio y hasta emocionado se levantó al quedar patente el arrepentimiento tardío y, precisamente por eso, tanto más intenso. De pronto, sin embargo, se convirtió en un único y tremendo grito. El muerto acababa de incorporarse en el féretro y abrazaba a la amada. Tal fue el tumulto que ya solo se pudieron intuir las siguientes palabras que se intercambiaron entre el joven y la joven, entre el resucitado y su familia, entre Marcela y la multitud, entre el jefe de estación y los representantes de la Iglesia. Desde la Ilustración y la revolución quedaba excluida la posibilidad de que Esteban fuese un fantasma; ni siquiera el caudillo se había mostrado capaz de reintroducir a los espectros a pesar de sus intentos. Y tampoco podía suponerse que Esteban sufriera una muerte aparente. No cabía, pues, la menor duda de que solo había fingido la muerte para ablandar el corazón de Marcela; y ahora que ella le había manifestado su amor en público, podía considerarla suya. La indignación por haber sido engañados, las risas, la satisfacción por el hecho de que la historia tuviese un final feliz, todo ello se adueñó de la multitud. No obstante, el sentimiento predominante era, con mucho, el de satisfacción.

La muchedumbre se dispersó. Las bandas de música se retiraron, los representantes de la Iglesia se alejaron con la vestimenta litúrgica al viento. Nuestros viajeros también regresaron al tren.

—Tomémoslo al menos como una señal —dijo Juan a Beatriz— de que nuestro amor tendrá un final feliz.

—Nunca lo he dudado —respondió ella.

—Bien —señaló Juan—, pero ¿qué habría hecho Esteban si Marcela no se hubiera abalanzado sobre su tumba? ¿Levantarse del ataúd y decir que sentía mucho haberle tomado el pelo a todo el mundo?

De pronto, las agujas de Villanueva habían tornado a arreglarse, el maquinista, al que el destino había devuelto al amigo, estaba de un humor excelente, y el tren reemprendió —a una velocidad tan poco habitual que parecían haberle crecido alas— su viaje rumbo a Madrid, adonde llegó a la mañana siguiente.

V

Don Guillermo de Moncada, decimoctavo conde de Osona, marqués de Fuentes de Valdepero, vizconde de Miranda y de Luna, dos veces grande de España y, como tal, acreedor al título de excelencia, al que, sin embargo, renunciaba por considerar que lo envejecía, el viejo Moncada, pues, se disponía a tomar el desayuno.

Era alto, un poco corpulento, de rasgos delicados, pero ya con canas y mofletes; tenía sesenta y tres años y era viudo.

Entró vestido con una bata en la sala donde su criado, Antonio, estaba poniendo la mesa.

—Vamos a ver, Antonio —dijo—, ¿qué hay para desayunar?

—Té, mantequilla, huevos, jamón serrano y unas cuantas fresas —respondió Antonio.

—Bien —dijo Moncada—. Pero yo me refería a las novedades. En política, por ejemplo.

—En política —replicó Antonio— hay muchas menos cosas sabrosas que para el desayuno.

Moncada se sentó a la mesa con un suspiro.

—Llevo años —dijo— haciéndote leer los periódicos para mí, con la esperanza de que algún día me sorprendas con una noticia agradable, y llevas años decepcionándome.

—¿Por qué no lee entonces usted mismo los periódicos?

—Porque me enteré de que los viajeros ingleses mandan a sus criados a visitar las ciudades por las que pasan. Desde entonces te hago leer los periódicos.

—Puede que esto solo redunde en algo positivo en Inglaterra —dijo Antonio—. Allí, por lo visto, hasta lo disparatado da buenos frutos... ¿Cómo se explica, si no, la satisfacción del pueblo inglés por sus fracasos políticos?

—Sea como fuere, habría que intentarlo también en España —dijo Moncada—. Por ejemplo —prosiguió, al tiempo que decapitaba un huevo pasado por agua—, por ejemplo, confiaba en que algún día me recibieras con la noticia de que había vuelto a proclamarse la monarquía.

—¿Lo consideraría usted uno de esos fracasos políticos que satisfacen al pueblo?

—No, mi querido Antonio —contestó Moncada—, la satisfacción del pueblo no es nunca medida de nada. Cuando le va bien, no se siente satisfecho y se lanza entonces a aventuras políticas. Sin embargo, cuando se lanza a aventuras políticas, le va mal y luego está aún menos satisfecho...

No obstante, no pudo continuar sus explicaciones, puesto que se oyó el timbre que sonaba en la antesala.

—Ve a ver quién ha venido... —dijo—. Ya que no nos hemos despertado en una monarquía, a ver si nos topamos con una sorpresa agradable.

El criado había salido a la antesala. Regresó y anunció:

—El señor Álvarez.

—¡Ya ves! —exclamó Moncada—, el hombre estupendo que maneja nuestras finanzas. Sea usted bienvenido, señor Álvarez —y sin levantarse de la mesa, alargó dos dedos al caballero que acababa de entrar—. Lo he mandado llamar para, una vez más, charlar con usted un poquito sobre un pequeño crédito. Pasan los años y, al fin y al cabo, uno ya no es un jovencito, aunque me gustaría disfrutar algo de la vida. ¿Cuánto puede adelantarme para dorar los años que me quedan?

Álvarez se enjugó el sudor de la frente con un pañuelo de seda que acababa de extraer del bolsillo superior de la chaqueta, y que guardó en la manga izquierda. Después volvió a sacarlo y se secó también las manos. A pesar de no ser obeso, tendía a transpirar con facilidad; de hecho, no paraban de sudarle la frente y las manos, como si algo desagradable lo persiguiera sin cesar.

—¿Ya vuelve a pedirme dinero, señor conde de Moncada? —preguntó con tono de reproche.

—No exclusivamente —se apresuró en asegurar el conde—. También me alegraría, por ejemplo, que quisiera hacerme compañía durante el desayuno. Aun así, no me gustaría ver lo financiero relegado a un segundo plano.

Álvarez se sentó a la mesa.

—Ya se me ha ido el apetito —dijo.

—¿Por qué? ¿Ha leído usted los periódicos? No debería haberlo hecho. Yo nunca los leo. Los lee mi criado. Se sacrifica por mí. ¡Gracias, Antonio! —exclamó, volviéndose hacia el sirviente, que entretanto había puesto ya otro plato y cubiertos—. Por lo demás, ya puedes marcharte.

Antonio se retiró.

—Me gustaría estar en su lugar, señor conde de Moncada —dijo Álvarez—. Bromea, gasta mi dinero, y yo me quedo con sus preocupaciones. En verdad, ¡me gustaría intercambiar los papeles con usted!

—No diga eso, señor Álvarez. Yo soy viejo y usted no lo es todavía. Yo ya he dejado atrás gran parte de la vida, mientras que a usted aún le queda un buen trecho por delante. Usted puede gastar su dinero como quiera, mientras que yo tengo que pedirle el mío. Además, uno solo dice que quiere intercambiar los papeles con alguien cuando se alegra de no tener que hacerlo. Es una manifestación de mala conciencia.

—¡Mi conciencia está limpia! —exclamó Álvarez—. No lo he llevado yo a usted al borde de la ruina, sino usted a mí.

—A ver —dijo Moncada—, ¿cuánto debería adelantarme para que su ruina fuese perfecta?

—Nada, señor Moncada.

—¿Cómo dice?

—Nada, digo. El borde de la ruina ya es la ruina misma. Son frases hechas de idéntico significado. Estoy en bancarrota, y usted puede vanagloriarse de haberlo provocado.

—¡Pobre amigo! —gritó Moncada—. Pero, vamos a ver, ¿cuánto está dispuesto a soltar a pesar de todo?

—Nada, señor conde.

—¿Nada de nada?

—Nada de nada. Sus fincas rústicas están hipotecadas y su casa en la ciudad, con deudas hasta el tejado. ¿De dónde quiere que saque el dinero?

—Sus palabras —dijo Moncada— me alcanzan como un rayo. ¡Una tormenta matutina!

—¡No se toma usted nada en serio!

—Si no me da usted dinero, tampoco puede exigirme que me ponga serio.

—Pues sí, más conviene llevarlo con alegría.

En efecto, el conde parecía interesado sobre todo en reírse de Álvarez y de sí mismo en esta conversación. Al final, sin embargo, recapacitó un poco y preguntó:

—¿Qué vamos a hacer entonces?

—Mucho me temo que tendrá que empezar una nueva vida.

—¡Qué dice! —exclamó Moncada irritado. Nada le resultaba más fastidioso que la idea de una nueva vida—. Mi familia lleva siglos viviendo como yo y ha sido una familia adinerada; es más, rica. ¡Resulta absolutamente ridículo que me haya quedado de pronto sin dinero!

—En ese caso —dijo Álvarez—, intente hacer fortuna como hacía su familia, liberando, por ejemplo, el Santo Sepulcro, protegiendo a viudas y huérfanos o entreteniéndose a la manera en que la gente mataba el tiempo en otras épocas. A lo mejor —añadió— hasta podría resultarle beneficioso luchar contra los moros. O asaltar a un grupo de mercaderes que esté de viaje.

—¡Lo que tengo son ganas de asaltarlo a usted, Álvarez! —dijo Moncada.

Por extraño que parezca, el financiero agachó la cabeza, como si realmente temiera ser víctima de un asalto.

—Mejor sería —concluyó enfadado—, sí, lo mejor sería que hiciera usted lo que se ha hecho cada vez que se ha querido sanear las arcas: mate usted a un judío.

—Hay ejemplos —replicó Moncada— de pueblos enteros que han matado a los judíos y que han acabado en la ruina precisamente por eso.

—Los tiempos han cambiado —dijo Álvarez.

—Sí —asintió Moncada, que esta vez parecía realmente pensativo—, mientras vivíamos sin tiempo, éramos felices. Pero desde que nos hemos dado cuenta de que existe algo así como el tiempo, han llegado los malos tiempos. No deberíamos haber tomado nota de la existencia del tiempo.

—Usted, de todos modos, no lo ha hecho hasta ahora. ¿Cree usted que de lo contrario habría venido a parar a donde está?

—Hasta ahora era feliz —dijo Moncada—. Pero al final el tiempo se me ha impuesto...
Antonio, que había vuelto a entrar, carraspeó:
—Señor conde... —dijo.
—¿Qué hay? —preguntó Moncada.
—Tiene usted visita. Son tres.
—¿Tres?
—Así es. Un joven, una dama y una dama un poco mayor que, de hecho, no es una dama sino una mujer corriente. El caballero solicita ser recibido, y la joven dama y la mujer desean esperar mientras tanto.
—¡Extraño! —dijo Moncada.
—Pero lo más extraño...
—¿Qué?
—Lo más extraño es que el joven caballero se llama Moncada. Quiero decir: también se llama Moncada, pero no es conde.
—¿Sino?
—Un tal señor Moncada. Le he preguntado si aun así estaba emparentado con usted. A lo cual me ha llevado aparte y me ha contestado que no, que no estaba emparentado con usted.
—¿Por qué lo ha llevado aparte?
—Por lo visto, para que la dama y la mujer no oyeran sus palabras.
Moncada miró primero a Antonio y luego a Álvarez:
—¿Cómo es posible? —preguntó.
—No lo sé —respondió Antonio.
—Probablemente también existen Moncada plebeyos —terció Álvarez—. Existen, por ejemplo, unos Álvarez que son duques, los Álvarez de Toledo.
—Hay ahí una diferencia sustancial —señaló Moncada, y se encendió un cigarrillo, olvidando, sin embargo, ofrecer uno al homónimo de los duques de Alba—. Vaya día, primero me entero de que me he quedado sin dinero y luego resulta que también existen Moncada plebeyos. El mundo está patas arriba.
—A mí no me lo parece. Son cosas del todo naturales.
—El mundo pone patas arriba precisamente lo que es natural. Ya verá como sucumbirá por ello, el mundo, quiero decir. Solo puede vivir de sus ilusiones.
—Hasta el momento he vivido de todo menos de mis ilusiones.
—Claro, porque ha vivido de las mías. ¿Y qué quiere? —preguntó volviéndose hacia Antonio.
—¿Quién? —preguntó el criado.
—El joven.
—Hablar con usted.
—¿Por qué motivo?
—No me lo ha revelado.
—¿Y las señoras?
—Desean esperarlo mientras tanto, como he dicho.
—¿Qué aspecto tienen? —preguntó Álvarez—. ¿Son guapas?
—Una sí. La más joven.
—¿Y por qué quieren esperar al joven? —inquirió Moncada.
—No lo sé.
—Muy misterioso.
—Lo más sencillo sería preguntar qué quieren de usted —intervino Álvarez.
—Bien, que así sea —dijo Moncada, se levantó y se alisó la bata que llevaba puesta—. A lo mejor me traen dinero.
—No lo creo —señaló Álvarez, que también se incorporó de su asiento—. Usted ve por todas partes dinero que, supuestamente, la gente quiere traerle.
—No, lo malo es precisamente que no lo veo.
—Sea como fuere —dijo Álvarez—, ahora lo dejaré solo.
—Sí, hágalo —replicó Moncada—. Desde que no quiere darme nada, he perdido gran parte de mi interés por usted.
—¡Y yo que creía que por mí mismo significaba algo para usted! —exclamó Álvarez.
En ese momento, se disponía a salir a la antesala.
—No, por aquí —le ordenó Moncada, y abrió una puerta secreta.
—¿No desea que, mientras departe usted con el joven, a las señoras...?

—¿A las señoras, qué?

—Que las entretenga un poco, por ejemplo —propuso Álvarez, que extrajo el pañuelo de la manga y se secó las manos.

—¡Nada! —dijo Moncada—. ¡Ni dinero ni señoras!

Álvarez salió por la puerta secreta, encogiéndose de hombros.

Entretanto, Antonio había retirado la bandeja de la mesa y había salido con ella a la antesala. Juan entró justo después.

—Buenos días —saludó.

—Buenos días —respondió Moncada, y clavó la vista en el joven.

—Me llamo Moncada —dijo Juan.

—Yo también —replicó Moncada, y con un gesto invitó al visitante a sentarse.

—Sin embargo, no tengo el placer de estar emparentado con usted —aseguró Juan, al tiempo que tomaba asiento.

—El placer sería mío —dijo Moncada, y ofreció un cigarrillo al joven.

—¿Le interesaría saber —prosiguió Juan— si, suponiendo siempre que fuéramos parientes, está usted emparentado con un pariente rico o con uno pobre?

Mientras, cogió un cigarrillo sin dejar de mirar a Moncada.

—Uno siempre se relaciona solo con los parientes pobres —contestó Moncada—. A los ricos no se les ve ni el pelo.

Tras pronunciar estas palabras, empezó a deambular por la habitación y a enderezar algunos cuadros. Juan lo observaba con atención mientras encendía un cigarrillo. El conde iba y venía y hacía ondear la bata; parecía afectado, pero no por la llegada de Juan. Por lo visto, le costaba concentrarse en su visita. Juan también echó un vistazo a los cuadros que enderezaba el conde. Eran retratos que, sin duda, representaban a los Moncada de antaño y a su parentela, hombres y mujeres que parecían más ricos que los recién mentados parientes. Los retratados rebosaban seda y terciopelo, corazas y brocados. Además, su aspecto emanaba suma distinción; solo la belleza de las mujeres no estaba precisamente a la altura, de lo cual podía deducirse, sin embargo, que al menos habían alcanzado a ser muy ricas. Algunos de los señores llevaban cruces o medallas, y si bien el joven no sabía identificarlas, sí comprobó con satisfacción la presencia de la cruz de la orden de Malta y de la de Calatrava, con los brazos terminados en flor de lis; uno de los retratados lucía incluso el toisón; esperanzado, Juan apuntó a su favor los esfuerzos de todo un milenio.

Después de contemplar los cuadros, paseó la mirada por la habitación. Tenía unos tapices de seda un tanto raídos, como lo estaban asimismo las fundas de los muebles. Esto, sin embargo, no los perjudicaba; más bien daba la impresión de que no se había tomado la decisión de revestirlos de nuevo por la sencilla razón de que no se encontraban esas mismas telas o unas más o menos parecidas.

El techo era de madera bellamente tallada, pintada y dorada y, si bien el humo de tabaco flotaba por doquier en la sala, la madera impregnaba el ambiente con un extraño olor exótico. Debía de proceder de la época en que España aún dominaba los continentes e islas situados allende el océano, donde los Quejara cometían sus excesos y abusos en sus despachos y eran capaces de poner incluso a un Moncada de patitas en la calle como si fuese un don nadie.

Las persianas de las altas ventanas estaban cerradas por el calor, y una luz entre dorada y verdosa caía en rayos aislados sobre el suelo de madera, hecho con sumo arte. Desde el patio se oía el rumor de una fuente, que era como si no parasen de caer pesetas de plata una sobre otra. Por encima de los tejados llegaba el zumbido lejano de la gran ciudad.

A todo esto, el conde, que había concluido su ronda, se volvió hacia el recién llegado.

—Por tanto —dijo Juan, que continuó hilando la idea que había lanzado—, por tanto no se sorprenderá usted al enterarse de que no poseo bienes de ningún tipo.

—Joven —dijo Moncada, y tomó asiento en un sillón—, los tiempos en que podía asustarme la visita de parientes pobres han pasado, por desgracia. ¡Hable usted sin preocuparse! ¡Hable usted con la misma tranquilidad con que yo lo escucho!

—Aun así, cierta preocupación se adueñará de usted en el curso de mis explicaciones.

—Sabe usted despertar mi curiosidad.

—¡Pero no se me ponga demasiado curioso!

—Hable usted sin rodeos —sugirió Moncada.

Y así empezó el joven después de carraspear:

—Sepa usted que provengo de una familia andaluza.

Moncada se encogió de hombros, pero con discreción, sin mostrarse descortés.

—Una familia burguesa —continuó Juan—, medianamente acomodada y sumamente respetable.

—¡Qué más puede desear uno! —dijo Moncada distraído.

—Sigo siendo lo primero, ya no soy lo segundo y, probablemente, nunca he sido lo tercero... —añadió Juan.

—Si no lo entiendo mal —quiso aclarar Moncada, y se incorporó un poquito en el sillón—, usted sigue siendo un burgués, ha sido una persona acomodada y considera no haber sido nunca muy respetable.

—Así es.

—A lo mejor se juzga usted con excesiva severidad.

—No lo crea.

—Cada uno de nosotros es respetable hasta que encuentra la oportunidad de sacar provecho de unos actos que no son respetables. ¿Ha tenido o pudo haber tenido usted alguna oportunidad así?

—Sí, por desgracia.

—Ya ve usted. Al lamentarlo, demuestra usted que sigue siendo un hombre decente. ¿Cuál fue el último impulso para que, a pesar de su inclinación al bien, se desviara usted del sendero de la virtud y hollara el camino del vicio?

—La muerte prematura de mis padres. A los veintiún años me vi en posesión de una fortuna considerable. La derroché demasiado pronto.

—¡Pues no debería haberlo hecho! —exclamó Moncada en tono vivo.

—¡Así es, Dios es testigo!

—De ese modo, ha demostrado ser un mal ciudadano —prosiguió Moncada.

—¿Cómo? —preguntó Juan, asombrado.

—Ha sustraído su dinero al Estado.

—¿Cómo que al Estado?

—Se habría gastado de todas formas. Pero en vez de derrocharlo en banquetes y amigas, en diversiones y excesos, como usted ha hecho por lo visto, el Estado lo habría desembolsado para pagar los sueldos de sus ministros y generales, las pensiones de numerosos funcionarios, las asignaciones a las gentes del partido y a los industriales, el armamento y las guerras; y en vez de deshonorarlo a usted, habría honrado a la patria.

—Desde luego. Pero...

—¡Aquí no hay pero que valga! —dijo Moncada con tono riguroso—. Ya no somos los dueños, sino los fiduciarios de nuestras fortunas.

—¿Usted cree?

—Si piensa usted de otra manera, se opone a la distribución equitativa de los bienes de este mundo. Quien gasta su dinero para sí está estafando a todos aquellos que quieren gastarlo sin poseerlo.

Juan callaba, consternado, y durante un rato solo se oyeron el rumor de la fuente que parecía arrojar pesetas de plata a su alrededor y el lejano zumbido de la ciudad. Moncada se había despojado ya de su indiferencia y observaba divertido al consternado joven. Al final, sin embargo, cogió un cigarrillo, lo encendió y dijo:

—Ahora bien, para hacer honor a la verdad, he de confesar que yo también soy culpable del mismo delito.

—¿De qué delito? —balbuceó Juan, intimidado por la solemnidad moral del viejo Moncada.

—Al igual que usted —respondió el conde—, solo gasté el dinero en mí mismo, y el Estado, la sociedad y la humanidad en general se han quedado ahora con las ganas.

Juan se levantó de su asiento como impulsado por un resorte.

—¿Qué estoy oyendo? —gritó—. O sea, que usted tampoco tiene dinero.

—Ni un céntimo. Y para serle sincero, estoy mucho menos preocupado que si lo tuviera.

—Me consterna usted —dijo Juan.

—Su interés me agrada. Pero, créame, hoy en día es mejor no tener dinero que tenerlo.

—Esto es una novedad para mí.

—Así es. De hecho sin dinero, uno es otra persona.

—¡Dígamelo a mí!

—Uno se vuelve mucho más abierto, libre y sin prejuicios. Por eso se esfuerza tanto nuestro entorno en quitarnos la carga del dinero de nuestros hombros.

—Dígame —inquirió Juan, que dudaba—, ¿cuándo se quedó usted sin dinero?

—Hace poco. Hace un cuarto de hora se me comunicó que ya no lo tenía.

—En tal caso —se apresuró a asegurar Juan—, aún no puede emitir ningún juicio al respecto. Yo también me sentí aliviado al comienzo por el hecho de haberme quedado sin dinero. Pero el alivio no

perdura. Enseguida uno vuelve a necesitar el dinero, y como no lo posee, se ve obligado a recurrir a los métodos más extraños para conseguirlo. No sé si me creará usted, pero lo cierto es que durante un tiempo incluso lo intenté trabajando honradamente.

—Desde luego, no fue una reacción muy inteligente de su parte —dijo el viejo Moncada como si hablara a un perturbado—. Quien trabaja es el bufón de todos cuantos saben acceder al dinero de manera mucho más cómoda. Lo admito: el dinero se necesita, y cuanto más tratan los otros de convencernos de su superfluidad, tanto más importancia le conceden ellos mismos. Esta circunstancia, sin embargo, nos muestra también el mejor camino para acceder, incluso hoy, al dinero. No se debe poseer, puesto que el Estado castiga su posesión no solo con los impuestos, sino también a través de otras medidas; pero tampoco se debe ganar, porque el aparato del Estado reivindica nuestros ingresos para sí; simplemente hay que saber sustraerlo a quienes aún disponen de él.

—¡Así es! —exclamó Juan, contento—. Yo también empecé retirando el dinero de mi propia cuenta. Cuando allí no quedaba nada, lo retiré de las cuentas de otros.

—¿Cómo? —preguntó Moncada, indignado—. ¿Qué dice? ¿Con letras falsas?

—Pero ¿cómo se le ocurre? Lo he hecho, por supuesto, dentro del marco de la ley o, dicho de otro modo, casi dentro del marco de la ley. No tardé en convencerme de que las leyes condenan a quien las infringe, pero protegen a cuantos las eluden. La ley también exige cierto respeto, claro; y si uno le muestra este respeto, puede hacer lo que quiera dentro de su marco. Mire el Estado, por ejemplo, que con tanta veneración menciona usted: cuando pretende cometer alguna ilegalidad, crea simplemente una ley ad hoc y comete la ilegalidad dentro del marco de la ley. Porque es preciso respetarla en todo caso. Es uno de los principios supremos, y yo mismo me he atendido estrictamente a él a pesar de que, o quizá precisamente porque, he cometido actos que no eran del todo legales.

—Joven, ¡usted me gusta! —dijo Moncada, y acercó el sillón—. Explíqueme con más detalle cómo respetaba usted la ley.

—Vamos a ver —empezó Juan—, cuando gasté toda mi fortuna salvo un pequeño resto, viajé con lo poco que me quedaba a Argentina. Mi intención era comenzar allí una nueva vida. Y, como ya he señalado, caí incluso en el error de querer trabajar. No tardé, sin embargo, en conocer a una joven que se había impuesto como meta preservarme de este error. Se llamaba Rafaela Andrade y lo intentó durante un tiempo como actriz. Tenía poco talento para esta profesión, pero sí lo tenía, y mucho, he de confesarlo, como mujer. En su compañía derroché el poco dinero que me quedaba o, como usted suele expresarse, se lo sustraje al Estado.

—Usted sabe lo que pienso de ello.

—Cuando nos quedamos sin dinero, nos vimos en la obligación de pensar fórmulas para conseguirlo y, después de mucho deliberar, dimos con su persona.

—¿La mía?

—La suya.

—¡Ja, ja, ja! —se rio el viejo Moncada.

—¿Por qué se ríe?

—Porque confió usted en la idea de sacarme dinero, y sigue confiando en ella, por lo visto.

—No se ría —dijo Juan—, porque ya se lo he sacado.

—¿Que me ha sacado qué?

—El dinero.

—¿Cuánto dinero?

—Treinta mil pesos.

—Treinta mil... ¿A quién se los ha sacado?

—A usted.

—¿A mí? —exclamó Moncada—. ¿Cómo es posible? ¡Debería saberlo!

—Por el momento no lo sabe —dijo Juan—. Pero ya se enterará.

Moncada miró al joven, que de pronto había empezado a hablar con suma seriedad y no parecía dispuesto a admitir ninguna broma.

—¡Me parece que usted fantasea! —insinuó, pero daba ya la impresión de cierta inseguridad.

—Escúcheme —dijo Juan—. Como usted se llama Moncada, y yo también, a Rafaela y a mí se nos ocurrió la idea de que me hiciera pasar por su hijo.

—¡Pero si yo no tengo ningún hijo! —soltó Moncada.

—Lo sé. Solo me hacía pasar por hijo suyo.

—¿Para qué? ¿Para acumular deudas a mi nombre? Podría habérselo ahorrado. Mi apellido ya no sirve

ni para conseguir un céntimo.

—Olvida usted —señaló Juan en tono solemne— que su apellido es también el mío.

—¿Y qué? —gritó Moncada—. ¡Vamos, hable!

—Efectivamente, no quiero entretenerlo más. Por tanto, después de informarnos sobre sus circunstancias, enviamos al embajador español en Argentina una carta supuestamente escrita por usted.

—¿Al conde de Cortes?

—Así es.

—¿A mi viejo amigo?

—Exactamente.

—¿Por qué le escribió una carta? ¿Y qué decía en ella?

—Nos habíamos enterado —explicó Juan, mirándose las manos— de que su amigo llevaba mucho tiempo ocupando el cargo de embajador en Buenos Aires, casi tanto como aquel embajador en Constantinopla del que se decía que pronto celebraría las bodas de plata con el Bósforo...

—¡Déjese de chistecitos! —exclamó Moncada, nervioso—. No estoy para risas.

—Ya le anuncié que no lo estaría.

—¡Prosiga, desdichado!

—En resumen —dijo el joven—, suponíamos que, debido a su prolongada ausencia de España, el conde de Cortes no estaría bien informado sobre los hechos acaecidos en su familia y le escribimos la siguiente carta...

—¡No presagio nada bueno! —exclamó Moncada.

—No sin razón, lo admito.

—¡De hecho, presagio lo peor!

—Le escribimos, pues, más o menos lo siguiente: «Estimado amigo: sabrá usted que durante mucho tiempo Dios me negó a un heredero natural, de tal modo que el apellido de Moncada estaba a punto ya de extinguirse...».

—¡Ay, ojalá se hubiera extinguido...!

—«Al final, sin embargo, el cielo atendió mis plegarias y me dio un hijo, que me permitió concebir las más bellas esperanzas, hasta que hace poco me escribió desde Buenos Aires, adonde había ido para divertirse e instruirse, que se había enamorado de una joven actriz y se disponía a casarse con ella. Se lo prohibí de inmediato, y dejé de ingresarle dinero, como señal de que en caso contrario no podría esperar nada de mí. Él, sin embargo, me replicó diciendo que nada en el mundo lo haría desistir del propósito de convertir a la amada en su esposa; y para convencerme de la firmeza de sus intenciones, me comunicó que ya le había prometido formalmente, por escrito, a esa persona que se casaría con ella. Ayúdeme, estimado amigo, sáqueme de este apuro, vaya a ver a la pareja, se lo suplico, no escatime usted gastos a la hora de comprar a esa actriz la promesa matrimonial de mi hijo y oblíguelo a volver a los brazos de su atribulado padre. Su fiel amigo, Guillermo Moncada».

—¡Me he quedado atónito! —farfulló el autor de esta carta, que no la había escrito.

—Ahora bien —continuó Juan—, para evitar que el representante diplomático pudiera contestarle a usted mediante una carta o un despacho, con lo cual todo se habría destapado antes de tiempo, fijamos como lugar de expedición de nuestra carta o, mejor dicho, de la suya, no Madrid, sino Burgos, la enviamos, no sin dificultad, a la antigua capital de Castilla e hicimos que allí la llevaran a la oficina de correos. Porque, he olvidado mencionarlo, señalamos que el dolor por mi travesura lo había obligado a guardar cama en Burgos.

—¿A mí? ¿El dolor? ¿En Burgos?

—Así es. Aunque esta enfermedad suya le resulte ahora embarazosa, era imprescindible. Si entretanto el embajador ya le ha contestado, cosa que se supone que ha hecho, lo habrán buscado en vano en Burgos con sus misivas.

El conde se levantó de un salto.

—¡Habría que rebanarle a usted las orejas! —gritó—. Pero ¿cuál fue el efecto de su carta? ¿Qué hizo el embajador?

—Demostrando el carácter ejemplar de la amistad que lo unía a usted, dio con nuestro paradero, apeló a nuestra conciencia, compró por treinta mil pesos la promesa matrimonial que yo había dado a la señorita Andrade, me forzó a dar la palabra de honor de que volvería con usted, me pagó el viaje en barco... y aquí estoy.

—¡El hecho de que, para colmo, viniera usted a visitarme —gritó Moncada— es el más grande de los descaros!

—No ha sido por gusto, sino porque me obligaba mi palabra de honor.

—¡Ha mancillado usted el apellido de los Moncada! —bramó el conde—. Avisaré a la policía y haré que lo detengan.

Juan sacudió la cabeza, como si lamentara mucho esta reacción.

—No esperaba tal retroceso hacia la Edad Media —dijo— en una persona que sostiene opiniones tan modernas sobre la distribución equitativa de los bienes de este mundo.

—Usted exigirá a su amiga la entrega inmediata de esos treinta mil pesos y los devolverá al embajador.

Juan lanzó una mirada melancólica al conde.

—Habría actuado en un sentido parecido por voluntad propia —dijo—. Rafaela y yo habíamos decidido repartirnos el dinero, pero no para devolverlo al embajador, sino para quedárnoslo. Cuando quise exigir la entrega de los quince mil pesos que me correspondían, sin embargo, ella había desaparecido... con el dinero, claro.

—¡Bien merecido lo tiene usted! —gritó Moncada.

—Para serle del todo sincero, este ha sido también el motivo por el que he cumplido, a pesar de todo, con mi palabra de honor y me he presentado aquí. Realmente, después de ser forzado por el conde de Cortes a embarcarme, ya no sabía adónde ir, salvo a verlo a usted.

El viejo Moncada agitó un rato los brazos en el aire, como si la indignación le impidiera pronunciar una palabra.

—¿Cómo dice? —preguntó Juan.

—¿Pretende usted —prorrumpió finalmente el conde—, pretende usted quizá que, para colmo, me ocupe a partir de ahora de mantenerlo?

Juan se encogió de hombros.

—¡Yo poco importo! —aseguró no sin cierta elegancia—. Pero el embajador ha de recuperar el dinero como sea. Lo exige la decencia.

—¡Vaya decencia! ¡Ya le he dicho que me he quedado sin blanca!

—Eso —señaló Juan— suele suponer muy a menudo el fin de toda decencia. —Se interrumpió un instante, de tal modo que volvió a oírse la fuente que no paraba de arrojar pesetas imaginarias en la pila de mármol—. Pero a lo mejor podría ayudarle —añadió.

—¡Ya le he dicho que no acepto sus bromas! —gritó Moncada, y empezó a dar vueltas por la habitación.

—Vamos a ver —explicó Juan—, yo no puedo proporcionarle el dinero; pero quizá podría conseguirlo de otro sitio.

—¿Cómo? ¿Estafando esta vez a otra persona?

—En rigor, no se trataría de una estafa.

—¿Sino?

Juan dudó un instante y pareció quedarse pensativo. Por último, dijo:

—Resulta que en el curso de la travesía, que he de agradecer a la bondad de usted, aunque actuara por persona interpuesta, en la travesía, digo, conocí a una señorita bastante adinerada. Venía de visitar a sus parientes en Argentina. Nos enamoramos y, por así decirlo, nos prometimos. No es de excluir, por tanto, que esta joven decidiera adelantarnos el dinero para restablecer mi honor.

—¡Caballero —exclamó Moncada—, parece usted metido continuamente en aventuras amorosas! ¡No para!

—En este caso no se trata de una aventura. En este caso es un asunto muy serio.

—¿Y quién sabe si su novia es realmente una persona adinerada? A lo mejor se descubre al cabo de escasísimo tiempo que posee tan poco dinero como usted o yo.

—No lo creo —dijo Juan.

—¿Quién es? ¿Cómo se llama?

—Beatriz Pereira.

—¿Pereira? —dijo el viejo Moncada, y alzó la cabeza como un ciervo que acaba de husmear unos pastos abundantes—. ¿Beatriz?

—Está bien. Pereira Beatriz, si usted prefiere.

—¿La rica Pereira?

—Sí —respondió Juan—, se comenta de ella que es bastante rica. Ya se lo he dicho. Pero a mí no me importa la fortuna, sino el amor de mi prometida.

—¡Pero qué dice! Esa gente es una de las familias más ricas de España.

—No obstante —dijo Juan—, me gustaría llamarle la atención sobre un detalle que, si no lo tenemos en cuenta, podría mandarlo todo al garete.

—¿Por qué se iba a ir al garete?

—Sabe usted que los ricos son, en muchos casos, unos esnobs; y yo he asegurado a mi novia que soy un auténtico Moncada.

—¿Qué quiere decir?

—Pues eso, que estoy emparentado con usted o, para ser preciso, que soy su hijo y que me disponía a visitarlo para que me reconociera. He actuado sin mucha imaginación, lo reconozco, y más o menos le he contado a mi prometida, a grandes rasgos, lo mismo que le había contado ya al embajador...

—No me diga usted que se hacía pasar por un conde de Moncada —lo interrumpió Moncada, indignado.

—No, por el momento me he contentado con el título de don Juan.

—¡Que, dicho sea de paso, le viene a usted al pelo! —gritó Moncada.

Juan parecía pensar en algo. De hecho, ya lo había pensado hacía tiempo, así que dejó pasar unos instantes para no soltar de forma demasiado precipitada su propuesta:

—¿Por qué no puede aceptarme usted como pariente? —preguntó.

—¿A usted? ¿A un vulgar estafador?

Juan volvió a sacudir la cabeza en gesto de desaprobación.

—¡No se cierre en banda! —dijo—. No obstaculice con estos exabruptos el camino hacia su provecho. Me ha confesado usted que no tiene dinero. Imagínese cómo subiría su crédito si se convirtiera en suegro de la rica Pereira.

—¡Esto ya pasa de castaño oscuro!

—No lo creo. Hoy por hoy, su título ya no sirve para conseguir gran cosa. Ha quedado un pelín anticuado. ¡Véndalo al mejor postor!

—¡Un Moncada no se vende! —gritó el conde.

—Eso siempre es solo cuestión de la suma por la que uno se vende.

—¡Bonito punto de vista!

—Ahora bien, yo le estoy proponiendo varios millones —dijo Juan.

—¡Hasta los millones están devaluados hoy en día!

—Pero no tanto como las coronas condales. Venga, repartamos equitativamente los bienes de este mundo. Usted me proporciona el título y a cambio yo le proporciono el dinero. Un millón por cada punta de la corona.

El conde parecía debatirse, en efecto, desde que oyó el apellido de Pereira. Para no molestarlo, Juan se dedicó de nuevo a contemplar los cuadros..., esta vez con sentimientos ya mucho más familiares: y volvió a oír el rumor de la fuente en el patio, que tornaba a sonar como si pesetas cayeran en la pila, pesetas todas de plata.

—Vamos a llamar a Antonio y le preguntaremos —dijo finalmente el conde.

—¿A quién?

—Al criado. A ver qué dice de todo esto. Tiene un enorme sentido común. —Gritó—: ¡Antonio! —y Antonio entró.

—¿Qué desea, señor conde? —preguntó.

—Antonio —respondió Moncada—, si hoy pudieras pagar por ser un caballero, ¿cuánto darías?

—¿Pagar? ¿Por ser un caballero?

—Sí. Entonces ya no te llamarías Antonio, sino don Antonio.

—Don Antonio.

—Sí, claro. ¡No repitas tan estúpidamente mis palabras! ¿Cuánto pondrías sobre la mesa a cambio?

—A ver —contestó Antonio—, una mensualidad.

—¿Una mensualidad?

—Así es.

—¿No más?

—No.

—¿Por qué?

—¿Qué saco yo siendo un caballero?

—Podrías acudir a reuniones de la buena sociedad, vivir regaladamente y casarte con una señora de la nobleza.

—¿Y cómo voy a pagar yo todo eso? —preguntó Antonio.

—Con la dote de tu mujer.

—¿Y cuando se haya gastado la dote?

—¿Gastado?

—Sí. ¿Con qué voy a alimentar a mi señora y a mí mismo?

—Uno no se gasta su dinero —afirmó Moncada.

—Señor conde —dijo Antonio—, sí se lo gasta, por desgracia. Sobre todo siendo un caballero. Desde que estoy a su servicio, he conocido a gran cantidad de caballeros, pero no había entre ellos ninguno cuyo dinero no menguara más y más.

—No acabas de entender adónde quiero ir a parar —señaló Moncada—. ¿Cuánto darías por una baronía, por ejemplo?

—¿Por una baronía? A ver..., media mensualidad.

—¿Por qué tan poco? ¿Por qué menos que por ser un caballero?

—Porque los gastos de un barón superan con creces los de un caballero.

—O sea, que no darías ni un céntimo por el título de conde, ¿no? —dijo Moncada encolerizado.

—Así es, señor conde. Lo siento mucho, señor conde.

—¿Y si pudieras ser rey de España?

—Para eso habría que pagarme —dijo Antonio.

—¡Burro, más que burro! —gritó Moncada—. ¡Largo de aquí! ¡Acabas de perjudicarme gravemente! —Y mientras Antonio se retiraba, el conde añadió indignado—: ¡Estoy rodeado de materialistas! La verdadera distinción ya no significa nada para nadie.

—Pues para mí sí —intervino Juan—. Incluso estoy dispuesto a pagar de más por ella. Ya ha oído usted que se cotiza a la baja. O sea que, ¿quiere darnos su bendición?

—¿A quién he de dar la bendición?

—A mi prometida y a mí.

Era conmovedor ver a Moncada luchando consigo mismo. De un lado, se veía amenazado por la venta de sus fincas rústicas y de su casa en la ciudad, así como por una vida lamentable con todas sus miserias; de otro, se veía abocado a vender la nobleza de un modo que no se había visto desde los días del Cid Campeador o incluso del infante Pelayo Fruela, con quien, se dice, todos los nobles españoles están emparentados. De un lado, no tenía sentido ser pobre por mera petulancia; de otro, la continuidad de la fortuna se había de comprar a un precio difícilmente sostenible desde un punto de vista moral. Por último, sin embargo, el conde llegó a la conclusión para sus adentros de que no estamos solo para la moral, sino también para crear, vivir y poseer cosas bellas.

—No obstante —dijo—, debería usted cumplir realmente con el acuerdo al que llegamos. Que no ocurra luego que, una vez legitimado por mí, me deje morir de hambre.

—Eso no sucederá —aseguró Juan—. ¡Le doy mi palabra de honor!

Moncada torció el gesto:

—¿No podría ofrecerme una garantía más sustancial para sus decisiones?

—Olvida usted —le recriminó Juan— que debe mi presencia en esta casa a la palabra de honor que en su día di al conde de Cortes. ¡Una observación más de esta índole y lo liberaré de mi presencia!

—Entonces —gruñó Moncada— tráigame, en el nombre del diablo, a esa prometida suya.

—Ya está aquí —dijo Juan.

—¿Dónde?

—En la antesala.

—¿La joven que me ha sido anunciada? ¿Y espera en la antesala de un desconocido?

—Por amor a mí. Además, no lo espera a usted, sino a mí. Una observación más de esta índole y...

—Vale, vale —se apresuró a decir Moncada—. Pero ¿y la otra?

—Es la doncella. ¿O imagina usted que mi prometida da vueltas por el mundo sin la compañía de una doncella? Venimos directamente del tren y hemos acudido a escuchar su decisión antes de que Beatriz fuese a ver a sus padres.

—Todo esto —se rebeló Moncada por última vez—, todo esto me suena a un simple y llano atraco, caray.

—Le recomiendo que se deje atracar, porque si no se dejara, podría ocurrir que nos dirigiéramos acto seguido a ver al marqués de Santa Cruz o al duque de Feria, y como estas casas tampoco destacan por su liquidez, no dudo que alguno de los mencionados nos estreche entre sus brazos.

—¡Chantajista!

—Lo que me retiene aquí ya es solo la simpatía que he empezado a sentir por usted en el curso de nuestra, eso sí, breve conversación.

—No debería haberle confesado que estoy sin dinero —se lamentó Moncada.

—En tal caso, tampoco le habría ofrecido yo nada. ¿Quiere estrecharnos entre sus brazos entonces? ¿Sí o no?

Moncada hizo un gesto de desesperación, como si ya todo le diera igual.

—¡Que entren esas mujeres, por el amor de Dios! —gritó finalmente.

Juan se levantó, se acercó a la puerta, la abrió y llamó:

—¡Adelante, por favor!

Por un instante, la escena recordó al conde la situación que se vive en la consulta de un dentista. Beatriz y la doncella entraron en la habitación. Juan se volvió hacia Moncada y dijo:

—¡Padre, abraza a sus hijos!

Moncada abrió los brazos.

—¡Hija mía! —exclamó—. ¡Hijo mío! —Y susurrando al oído de Juan—: Parece encantadora.

—¿Verdad? —dijo Juan, satisfecho.

—Sería un canalla si no me alegrara por usted.

Por un momento, Beatriz alzó la vista y mostró sus bellos ojos al conde. Volvió a bajarla, se acercó y dijo:

—Señor conde de Moncada, espero ser una hija digna de usted.

—¡Seguro que se mostrará usted tan digna como mi hijo y yo! —replicó Moncada en voz bien alta, y la abrazó con verdadero placer.

VI

Después de que Beatriz y su doncella se marcharan, los dos Moncada analizaron con más detalle la situación, y se descubrió que era más compleja de lo que parecía al principio. Para ser más precisos, el joven Moncada ya había previsto ciertas dificultades incluso en el mejor de los casos, y llevaba un rato con el ánimo abatido. A su vez, el viejo Moncada percibió los mismos problemas, a los que se agregaron, por momentos, otros mayores. Viudo y sin hijos, había de explicar, no solo a los ancianos Pereira, sino a la sociedad madrileña en general, cómo le había dado el cielo un vástago, atendiendo de forma tan inesperada a sus «plegarias».

—Hijo mío —dijo, pues—, porque así he de llamarte, ¿no?... A ver, ¿quiénes o qué eran, de hecho, tus medianamente acomodados y sumamente respetables padres andaluces?

—Comerciantes de Córdoba —respondió Juan.

—¿Y erais, dices, una familia burguesa?

—Así es.

—Por tanto, no provenían de la nobleza, ¿no?

—En absoluto.

—Muy mal —dijo el viejo Moncada—. En España, una de cada diez personas es noble, e incluso hay provincias donde lo es una de cada tres... Solo tus padres no eran nobles... En el fondo da igual que lo fuesen o no, pues mucho me temo que no servirán para nuestros fines. Lo único que nos sirve es que seas andaluz.

Se trataba de una fina venganza del conde por la desagradable sorpresa que le supuso el relato del joven sobre cómo había engañado al conde de Cortes. Resulta que en España los andaluces son considerados unos pícaros, y, en efecto, así se tomó Juan la insinuación, ya que replicó de la siguiente guisa:

—Te beso las manos en señal de agradecimiento. Y puedes estar seguro de que, si no me hubieras adoptado tú a mí como hijo sino yo a ti, habrías desempeñado a la maravilla el papel de andaluz.

—En parte ya me has convertido en uno —replicó el viejo Moncada—. Sin embargo, no debemos perder el tiempo en cumplidos, sino tratar de encontrar una salida razonable a nuestra situación.

Y, efectivamente, le dieron vueltas y más vueltas durante días; luego, Moncada, acompañado de Juan, rindió una visita a los ancianos Pereira.

Los Pereira ya habían sido informados por su hija de la previsible visita; por eso, la recepción se preparó con toda la solemnidad que merecía.

Vivían en las inmediaciones del Prado, en un palacio construido en estilo francés cuya explanada estaba separada de la calle por una verja. Un cuarto de hora antes de la llegada de los Moncada, dos sirvientes vestidos con librea abrieron la puerta enrejada y se plantaron allí; otros dos se apostaron delante del edificio. Como consecuencia, se agolpó una multitud de pilluelos para contemplar las chaquetas color gris perla, los pantalones de satén negros y las medias cortas de la servidumbre. «¡Banderilleros!», les gritaban. «¡Espadas! ¡Al toro!». Y se subían a las rejas para tener una mejor visión del previsible espectáculo.

Este, no obstante, resultó ser bastante sencillo. No se escapó ningún toro de la casa. Ocurrió, simplemente, que los Moncada se presentaron en coche; los dos sirvientes instalados junto a la puerta enrejada se inclinaron, se enderezaron y así permanecieron. Mientras, los otros dos abrieron la portezuela del vehículo, ayudaron a los Moncada a apearse y los acompañaron al interior del edificio. Los pilluelos se dispersaron sin poder reprimir los gestos de decepción.

—Ya ves, hijo mío —se dirigió el viejo Moncada en francés a Juan, al tiempo que subían las escaleras—, ya ves. Solo tienes que visitar a una familia burguesa para ser recibido como corresponde a un grande. Ahora bien, si se nos hubiera ocurrido rendir visita a un grande, a buen seguro que nos habría recibido como si fuésemos unos burgueses. Así, sin embargo, apruebo con tanto más agrado el matrimonio que tienes en mente, porque aquí, al menos, no nos pondrán demasiadas trabas por tu origen.

—Quizá sí, quizá sí —respondió Juan—. Como es probable que en esta casa difícilmente recuerden quién era su abuelo, harán lo posible por remontar el origen del futuro yerno hasta los mismísimos godos.

—¡Que sean los godos, pues! —dijo Guillermo Moncada—. No querría saber de cuántos moros y sefardíes descendemos en realidad. Cierta interés por el dinero, que he descubierto últimamente en mí, lo sugiere.

—Yo, en cambio —repuso Juan—, no tengo ningún interés por el dinero. Me casaría con Beatriz aunque fuese pobre como yo, y hasta lo preferiría, porque...

—¡Basta! —dijo el viejo Moncada—. ¡Nada de sentimentalismos! Como tienes el dinero de tu futura esposa en el bolsillo, por así decirlo, puedes ignorarlo tranquilamente. Yo, en cambio, que me he quedado sin un céntimo, le concedo suma importancia. O sea, que no sonrojes a tu viejo padre de un modo tan mezquino.

Entretanto, el anciano Pereira apareció en lo alto de la escalera, saludó a los invitados y los hizo entrar en un salón, donde les presentó a su esposa. Moncada se sorprendió de ver tan educados a los Pereira. Juan, en cambio, no se asombró en absoluto; enamorado como estaba de Beatriz, esperaba esto o algo parecido.

—Excelencia —dijo Pereira—, para nosotros, que somos una pareja de ancianos, supone un gran honor recibir la visita de unos caballeros como ustedes. Llamaré a mi hija, para que pueda departir un poco con el conde Juan.

Y, en efecto, dio la orden pertinente.

—Señor presidente —dijo Moncada—, ¡no me llame usted excelencia! ¿Para qué tantos formalismos? Además, me hace más viejo de lo que por desgracia ya soy.

—Señor conde de Moncada —dijo la señora Pereira— todavía tiene usted un aspecto tan estupendo, como en la época en que las chicas lo admirábamos desde lejos.

—Es usted muy bondadosa, señora —respondió Moncada—. Solo la bondad consigue resarcirnos de las pérdidas que sufrimos en el transcurso de la vida. No cesamos de perder nuestra juventud, nuestras posesiones, el afecto de nuestros hijos. Ahora estoy a punto de padecer una nueva pérdida. He reencontrado a mi hijo después de tantos años, pero muy pronto entregará su corazón, estoy convencido, a alguien que, desde luego, resultará más encantador que yo para sus deseos; y olvidará a su anciano padre.

Con estas escuetas palabras, ya había expuesto su programa; al mismo tiempo entró también Beatriz, seguida por la doncella, que se quedó en la puerta.

—Esta es mi hija —dijo Pereira—. Conde Juan, ya la conoce usted de la travesía.

Los visitantes besaron la mano de la joven.

—Por supuesto —respondió Juan—. ¿Qué habría sido todo el viaje sin la señorita? Y en cuanto a usted —continuó volviéndose hacia la doncella—, confío en que haya superado los mareos que tanto la hicieron sufrir muy a pesar mío.

—Su señoría es la personificación de la amabilidad y la benevolencia.

La servidumbre trajo refrescos, y por un rato se entabló una conversación sobre generalidades. Luego se levantaron todos y recorrieron la casa para contemplar algunos cuadros. Moncada había sacado a colación el tema de la pintura, a pesar de que no entendía nada de cuadros y solo se dedicaba a enderezarlos. Sea como fuere, Juan y Beatriz aprovecharon la oportunidad para perderse, sin ceremonias, en otras habitaciones, seguidos por la doncella.

Cuando Moncada y los ancianos Pereira ya no sabían qué decir sobre los cuadros que miraban, se produjo un momento de silencio que Pereira consideró oportuno para preguntar:

—Señor conde de Moncada, usted insinuó hace unos instantes que llevaba tiempo sin ver a su hijo. Y, en efecto, poco o, más bien, nada se había oído hablar sobre él por aquí. ¿Cómo ha podido soportar afectivamente una separación tan prolongada?, si me permite la pregunta.

Vaya, pensó Moncada, ¡ahora empieza a sondearme! Sin embargo, como ya traía la respuesta preparada, respondió con suma fluidez:

—Estoy tanto más dispuesto a darles razón de ello cuanto que, aprovechando la ocasión, desearía pedirles a ustedes la mano de su hija para mi hijo.

Los Pereira no se mostraron muy sorprendidos por la noticia, que, de hecho, no les aportaba ninguna novedad, y el anciano Pereira encareció a Moncada:

—¡Hable, hable, estimado señor conde!

Dicho esto, le ofreció asiento, puesto que seguían deambulando entre los cuadros.

—Sepa usted —empezó Moncada, mientras él y los Pereira se sentaban—, sepa usted que viajé a Andalucía poco después de la muerte de mi padre con el fin de comprar mulas para mis propiedades, puesto que la cría de mulas de aquellas provincias es célebre en todo el país. Ahora bien, no dediqué todo mi tiempo a la compra de estos animales; resulta que, con la escopeta bajo el brazo, recorría la finca del amigo en cuya casa me alojaba para cazar conejos con la intención de entretenerme.

—¡Ay, los pobres conejitos! —exclamó la señora Pereira—. ¿Qué le han hecho esos animalillos?

—A nosotros mismos —respondió Moncada al tiempo que le besaba la mano— nos suelen matar personas a las que, o por las que, nada hemos hecho. ¡Piense usted en la Guerra Civil! Sea como fuere: un día en que cruzaba un prado cuyas innumerables gotas de rocío se veían iluminadas por el sol matutino, divisé a una muchacha que cuidaba un pequeño rebaño de ovejas blancas. Era guapa y llevaba un vestido primoroso; me gustó y por un instante me sentí devuelto a la época de los pastores de la Arcadia. No dudé en interpellarla, y ella me respondió con tal franqueza y con palabras tan bien escogidas que no pude creer que fuera una simple muchacha del campo.

»Y no lo era, en efecto. Era la hija de un noble llamado Palacios, propietario de una pequeña finca en las inmediaciones, y se llamaba Estrella.

—Vaya, Estrella —dijo Pereira.

—¿Cómo dice?

—Nada, nada, solo era por decir algo. Usted prosiga.

—Su padre no era rico ni pobre, de hecho no tenía ninguna necesidad de obligar a su hija a cuidar ovejas. Sin embargo, era un avaro, y con el fin de conservar la finca entera para su hijo, reservaba para su hija un destino mucho peor que la actividad pastoril; pretendía forzarla a ingresar en un convento, para que ella no pudiese casarse y él se ahorrara el pago de la dote.

—¡Dios mío, qué crueldad!

—Ya ve usted —dijo el conde de Moncada— que no conviene poner palos a las ruedas de las inclinaciones de nuestros hijos. Pues bien, en el curso de nuestros encuentros, Estrella no tardó en hablarme con detalle de la suerte que la amenazaba. Huelga decir que la iba a ver una y otra vez, dejando a los conejos en paz. Nos sentábamos a la sombra de un alcornoque y sus ovejas pastaban a nuestro alrededor. Habría sido una época maravillosa de no ser por el triste sino de Estrella, que se cernía de continuo sobre nosotros. Fascinado por la hermosa muchacha, decidí frustrar el cruel propósito del padre pidiéndole la mano de su hija. El viejo Palacios, sin embargo, me recibió de mala manera. Si bien renuncié a la dote, el hombre quería ahorrarse incluso los gastos de la boda, que, desde luego, no podía evitar; su orgullo y su apellido le prohibían organizar una boda humilde... En una palabra, que me rechazó y aceleró incluso los preparativos para la partida de Estrella rumbo al convento. Mi amada y yo estábamos desesperados. En mi confusión, no se me ocurrió mejor idea que raptar a la hermosa. En una noche de tempestad, oscura como boca de lobo, se marchó con sigilo de la casa de su despiadado padre. Yo la esperaba en un coche tirado por cuatro caballos, en el que nos dirigimos al pueblo de al lado, donde se celebró nuestra boda, con el barbero y el sacristán como testigos. A continuación, proseguimos nuestra huida hacia Sevilla.

—¿Quiere usted decir que la raptó y se la llevó a Sevilla...? —preguntó Pereira.

—Así es —respondió Moncada, asombrado por el reparo de Pereira.

—¿Y que se casaron en el pueblo de al lado?

—Exactamente. ¿Le parece extraño?

—Usted siga. Porque me pica la curiosidad por saber si todo esto continúa como...

—¿Como qué?

—Nada, nada. Usted siga con su historia.

—Pues es bastante triste. Resulta que al cabo de unos días, Palacios, que había averiguado nuestro paradero, se presentó en nuestro alojamiento de Sevilla, nos montó una escena espantosa y dio por anulado nuestro matrimonio, puesto que la boda se había celebrado sin su consentimiento...

—¿O sea que dio por anulado el matrimonio? —exclamó Pereira.

—Sí, por desgracia. Y me obligó a entregarle a Estrella. Amenazó con mandarme detener si no lo hacía; y como yo ya no era un grande con fueros propios a raíz de los lamentables cambios habidos en nuestra época, me vi obligado a devolver a Estrella. La tuvo prisionera, y no volví a verla jamás. Sin embargo, había sido mía, y cuando pasó el tiempo preciso, dio a luz a un hijo, y la muerte la liberó de su desdicha en el

parto. Yo nada supe del nacimiento de este niño. Palacios, sin embargo, añadió a todo esto el gesto cruel de dejarlo sin más en la casa de Sevilla en la que nos habíamos alojado y en la que yo, por supuesto, ya no vivía. Más tarde fui informado de la existencia del expósito...

—¿Y lo acogió usted?

—No, no lo acogí —dijo Moncada, inclinando la cabeza—. Como mi matrimonio ya no era válido, me casé, he de admitirlo, por segunda vez y no me atreví a confesárselo a mi mujer... Usted no conocía a mi segunda esposa, querido presidente, pero puedo asegurarle que no estaba para bromas y habría tomado muy a mal que... ¡Bueno! Lo cierto es que di órdenes para que mi hijo, Juan, fuese educado en secreto en Sevilla, no escatimé gastos en este sentido, y solo tras la muerte de mi segunda mujer... En una palabra, que Juan es mi hijo, y ustedes conocen ahora su historia.

Un prolongado silencio siguió a esta confesión. Luego habló Pereira:

—Mi mujer y yo pertenecemos a la clase burguesa, y quedaríamos muy mal si quisiéramos reprochar a su hijo su origen. Muy lejos está también nuestra hija de ser una condesa. Además, los dos jóvenes parecen amarse de verdad. Quién tendría el corazón de poner trabas a su boda solo porque, mirándolo bien, su hijo no nació conde...

—En cuanto a este punto —intervino rápidamente Moncada—, no tendrían ustedes por qué preocuparse, ni siquiera si les importara algo el título. Podría ceder a Juan alguno de los míos, el de vizconde de Luna, por ejemplo...

—¿Y con qué va asociado ese título? —preguntó Pereira.

—¿Cómo dice?

—Para llamar a las cosas por su nombre, ¿cuáles son los ingresos procedentes de ese título?

—¡Vaya, los ingresos! —dijo Moncada—. Luna se halla al borde de los Pirineos, en una zona montañosa y bastante infértil... O sea, que si usted hubiera preguntado cuántas lanzas ponía el vizcondado a disposición de los reyes de Aragón en caso de guerra...

—¿Lanzas?

—Claro. Caballeros montados. Pero hoy en día ya no hay reyes, ni en Aragón ni en ninguna otra parte. Solo quedan sobre el papel, tanto los reyes como los vizcondados, de modo que los ingresos...

—O sea, que el título este es bastante pobre...

—También podría desprenderme del marquesado de Fuentes, por ejemplo, pero este va ligado a uno de mis títulos de grandeza, y en tal caso no sería dos veces grande de España, sino solo una. Por otra parte, realmente prefiero no confiar la grandeza a Juan. Sería una carga muy pesada para sus hombros juveniles; y como esperaba que los ingresos de la joven pareja procedieran más de la parte de ustedes que de la mía, estoy a favor de que Juan se contente por el momento con Luna. Después de mi muerte heredará de todas formas mis otros títulos. Usted, en cambio, querido presidente, aportará los ingresos a este matrimonio. Porque algo tendrá que aportar, claro...

En ese instante, el vizconde de Luna, que aún ignoraba serlo, entró en la habitación acompañado de Beatriz y pronunció, tal como había acordado con el viejo Moncada, las siguientes palabras:

—Señor presidente, distinguida señora y querido padre, tengo el honor de comunicar a todos ustedes que Beatriz y yo nos hemos prometido. Solicitamos su aprobación, pues estamos convencidos de que solo juntos encontraremos la felicidad y de que, de lo contrario, no la encontraremos jamás.

No por esperada fue menos intensa la emoción; y los parabienes fueron cordiales, incluso por parte de los ancianos Pereira, quienes jamás habían contado, a decir verdad, con los ingresos procedentes de Luna o de Fuentes. No obstante, después de que los Moncada se subieran al coche y se marcharan, el anciano Pereira se dirigió a su mujer:

—La historia que ha contado el bueno de Moncada era muy hermosa, pero no le creo ni una palabra.

—¿Y por qué no? —preguntó la señora Pereira, todavía impresionada por el relato.

—Pues porque narra con toda exactitud una comedia de Tirso de Molina, con la diferencia de que la de Tirso acaba bien. Es una obra bastante aburrida titulada, si mal no recuerdo, *La pastora encantada*. Yo, sin embargo, la presencié varias veces a pesar del tedio que producía, porque..., esto ocurrió antes de que te conociera y me enamorara de ti..., porque, digo, el papel de Estrella lo desempeñaba una actriz muy guapa por la que me interesé un poquito. Moncada también parece haberse interesado por ella, quizá con más fortuna que yo... ¡A saber, pues, de quién es hijo Juan! A nosotros, sin embargo, no nos debe importar, siempre y cuando haga feliz a Beatriz..., tan feliz como tú me has hecho a mí, querida...

Y besó la mano de su esposa.

VII

Unas semanas más tarde —puesto que la pareja de novios, como todas las parejas de novios del mundo, tenía prisa, al menos tanta como el viejo Moncada, y puesto que los Pereira se avinieron a la situación—, unas semanas más tarde, pues, se fijó el día de la boda, se estableció la dote y se redactaron las capitulaciones matrimoniales, que Álvarez repasaba una y otra vez, no porque fuese preciso, sino porque el logro financiero de Juan —que como tal veía él, única y exclusivamente, esta boda— el triunfo, la victoria sobre el dinero, le provocaba un placer indescriptible. Al fin y al cabo, ni siquiera era tan ávido como parecía: era un fanático del dinero en sí, que disfrutaba hurgando en las capitulaciones como un avaro en las monedas de oro cuando no son suyas. Mentalmente, apuntaba de antemano las partidas de las capitulaciones en los libros de contabilidad de Moncada y las pasaba de un libro a otro. Juan, interesado por este fenómeno de la obsesión financiera, no cesaba de contemplarlo mientras fumaba sus cigarrillos; observaba fascinado que Álvarez recurría en repetidas ocasiones al pañuelo de seda para secarse las manos, como si estuviera haciendo algo prohibido.

—¡Vivimos en un mundo de fantasía! —exclamó Álvarez—. Quiero decir que, a pesar de todo, vivimos en un mundo de fantasía. Sería una estupidez afirmar que esto no es cosa de brujas.

—Sin pretender ofenderlo, Álvarez —dijo Juan—, pero usted sabe por su experiencia en el campo de las finanzas, como yo por la mía, que las cosas de brujería forman parte de la normalidad.

—Hace una semana —gritó el otro, entusiasmado—, el conde y usted no tenían ni un céntimo. Hoy, ambos poseen una fortuna. ¿Cómo lo hacen, ustedes los aristócratas?

—Yo no soy aristócrata.

—Pero tiene un talento especial para ello. Mañana, cuando se haya casado, nadará usted en dinero.

—Y en felicidad —dijo Juan.

—Además, ahora cualquier financiero estaría dispuesto a adelantar más millones por las fincas del conde, por muy hipotecadas que estén.

Juan acababa de acercarse a la ventana y contemplaba a través de las persianas el patio en el que susurraba la fuente de las pesetas. Una bandada de palomas blancas con patas rosadas se cernió sobre los tejados y se posó en el patio.

—Me parece —dijo Juan— que piensa usted demasiado y con demasiada frecuencia en el dinero, Álvarez. Si pensara menos en él, tendría más... y más aún, si lo prefiere. Yo, al menos, solo tengo dinero desde que no pienso en él. Cuando lo hacía, me pasaba el día sin blanca.

—Conozco a gente —respondió Álvarez— que tenía dinero, no pensaba nunca en él... y se quedó sin nada.

Juan se dio la vuelta:

—¡No me venga usted con malos presagios!

—No aguanto los discursos frívolos sobre cosas tan serias. Si fuera por mí, no daría dinero a nadie.

—De hecho, no se lo da, Álvarez. Según tengo entendido, usted se esfuerza siempre sinceramente por quitárselo...

Una de las puertas, hechas con la misma madera fragante que los techos de toda la mansión de Moncada, se abrió y dejó paso a Antonio.

—Una señorita desea hablar con usted —dijo a Juan.

—¿Conmigo?

—Así es.

—¿Qué señorita?

—No me ha dado su nombre. Pero asegura que usted conoce el motivo de su visita.

—¿Que yo lo conozco?

—Sí. Bueno, eso afirma ella al menos.

—Ni idea —dijo Juan—. Despáchela. Ya no recibo a señoritas que no revelan el motivo de su visita.

—Me parece, sin embargo —señaló Antonio al cabo de unos instantes—, que querrá hablar con usted de todos modos.

—¿Por qué se lo parece?

—Esa es mi impresión —dijo Antonio con gesto solemne.

Juan y Álvarez se miraron. Al final, el primero preguntó:

—¿Y qué aspecto tiene?

—Bueno —respondió Antonio—. Muy bueno. Si se me permite la observación, diré que en este punto solo es superada por la señorita, su prometida. No en belleza, pero sí en encanto.

Se produjo otra pausa.

—A ver, Antonio —continuó Juan el interrogatorio—, ¿cómo es el gusto de usted? ¿Tiene usted buen gusto o no? Puede contestarme con toda franqueza. A menudo, entregarse al mal gusto causa mucho más placer que permanecer ligado al bueno. Sobre gustos no hay nada escrito. ¿Se considera usted un hombre de buen gusto o mal gusto?

—Depende —repuso Antonio—. Cuando no me intereso por una mujer, tengo, creo yo, buen gusto.

—Pues ya ve —dijo Juan—. Cuando no se interesa por una mujer. Es decir, cuando controla las riendas de su gusto. Pero ¿qué ocurre cuando se interesa por una mujer y da rienda suelta a su gusto?

—Entonces las otras mujeres me consideran de mal gusto.

—¡Cierto! —exclamó Juan—. ¡Muy cierto! Así son las mujeres. Solo se atribuyen fama de objetivas para poder ser tanto menos objetivas. Pero, vamos a ver —continuó, volviéndose hacia Álvarez—, ¿qué idea se hace usted de nuestra visita?

—¿Yo? —respondió Álvarez—. Considero atractiva a toda mujer hasta que no me demuestre lo contrario.

—Lo cual, dependiendo de las circunstancias, puede ocurrir en un tris.

—Por lo general, me basta el tiempo que transcurre hasta ese momento.

—¡Entre qué gente he venido a parar! —soltó Juan.

—Venga, deje entrar a la señorita —dijo Álvarez—. Ya veremos entonces qué aspecto tiene.

—Ni se me pasa por la cabeza. De hecho, no me interesa.

—A mí, en cambio, sí —dijo Álvarez, que sacó el pañuelo de la manga y se enjugó las manos—. Me pica la curiosidad.

—Vete a saber qué intenciones trae.

—Las mejores, por lo visto.

—Oiga, Álvarez —dijo Juan—, soy mucho más joven que usted, pero déjeme explicarle que no se debe recibir a mujeres de las cuales no se sabe lo que...

La palabra, sin embargo, se le quedó atascada en la boca, puesto que se abrió la puerta y entró Rafaela en la habitación.

—¡Por el amor de Dios! —gritó Juan.

—Buenos días, Juan —dijo Rafaela—. No estoy acostumbrada a que me hagas esperar tanto. ¡Es lo último de lo último!

Llevaba un traje sastre color negro, pendientes blancos, y estaba arreglada con destreza y discreción.

Álvarez se levantó en el acto. La observó con evidente placer y susurró a Juan:

—Sumamente atractiva, en efecto.

—¿Cómo te va, Juan? —preguntó Rafaela—. De hecho, no te puede ir mal, puesto que ha quedado de manifiesto que eres realmente el hijo del conde de Moncada. ¿Por qué no me lo dijiste? ¿Por qué, quiero decir, por qué me hiciste creer incluso a mí que eras un simple y vulgar señor Moncada?

Juan no le quitaba el ojo de encima. Miraba sobre todo los pendientes, que bien podían ser de brillantes, aunque no podía imaginar de dónde los había sacado.

—¿Cómo es que...? —farfulló por último—. ¿Cómo es que has venido aquí?

—Bastante pobres tus palabras —dijo ella—, bastante mezquina la recepción. Y mira que la noticia de tu noviazgo me impulsó inmediatamente a visitarte.

—¿Tendría usted la bondad de presentarme a esta encantadora señorita? —preguntó Álvarez volviéndose hacia Juan.

—¿Cómo? ¿Qué? —farfulló Juan, confuso.

—Si puede usted presentarme.

—¿Puedo presentarte... puedo presentarle a usted al señor Álvarez? —dijo Juan, sin poder ocultar la turbación.

Álvarez besó la mano a Rafaela.

—El señor y la señorita se conocen desde hace tiempo, ¿verdad? —inquirió.

—Ciertamente —respondió Rafaela—. Nos conocemos bastante. Siendo así, ¿por qué me tratas de usted, Juan?

—¡Claro, hombre! —exclamó Álvarez—. ¿Por qué no tutea usted a esta encantadora señorita? ¡Mire que se lo pide expresamente! Yo sería feliz si me hallara en su situación.

—Mejor será que no lo desee —masculló Juan entre dientes.

—¿Sabe usted —dijo Álvarez a Rafaela— que este joven tan frío, demasiado frío, a mi juicio, sopesó incluso la posibilidad de no recibirla?

—Sí —se rio Rafaela—, me he dado cuenta. Por lo visto, el placer que siente al volverme a ver no es tan intenso como el suyo de conocerme.

—Por desgracia, muy a menudo suele haber una gran diferencia entre conocerse y reencontrarse.

—¡Sabe Dios! —gritó Juan—. A mí al menos me falta el descaro que se necesita para ello, pero a ti —continuó volviéndose hacia Rafaela—, por lo que veo, no te falta.

—De hecho, tengo la conciencia más limpia que tú —dijo Rafaela.

—¡Claro! —chilló él—. ¡Porque careces de ella! —Y, dirigiéndose a Álvarez, añadió—: Bien es cierto que deseaba cualquier cosa menos este reencuentro..., pero ya que se ha producido, ¿haría usted el favor de dejarnos solos?

—De mala gana, muy de mala gana.

—¡Coja usted sus libros y siéntese en la habitación contigua! —ordenó Juan, nervioso.

—Mis sentidos ya no pueden concentrarse en las facturas desde que he visto estos ojos.

—Yo también le debo a usted algunas facturas más importantes.

—¿Volveré a verla más tarde al menos? —se dirigió Álvarez a Rafaela.

—Tal vez —respondió Juan—. Pero por el momento procure usted largarse de aquí.

—Por desgracia puede reivindicar usted derechos más antiguos.

—No imagina usted las ganas que tengo de cedérselos.

—O sea, que solo ha sido un sueño fugaz —dijo Álvarez, y besó la mano a Rafaela—. El destino, encarnado en este gélido joven al que dedica usted una atención tan exagerada como injustificada, nos separa. ¡Adiós!

—Pues sí —contestó Rafaela como de pasada—. Hasta pronto.

—Un pronto reencuentro me convertiría desde luego en el más dichoso de los mortales —aseguró Álvarez, que se puso los libros bajo el brazo y se marchó. Antonio también salió a la antesala. Fue el momento en que Juan y Rafaela se miraron.

—Dime la verdad —dijo por último el joven—. ¿Por qué has venido, desgraciada?

Rafaela se sentó en un sillón. Se quitó los guantes, y Juan vio que llevaba un llamativo anillo que hacía juego con los pendientes.

—Ya te he dicho que he venido impulsada por la noticia de tu noviazgo —dijo ella.

—¿Y cómo es que tienes el enorme descaro de presentarte aquí?

—No te pongas agresivo. He de hablar contigo.

—¡¿Dónde están mis quince mil pesos?! —gritó él.

—No vas a ser ahora tan mezquino como para exigirme esa cantidad —respondió ella.

—Eres una estafadora de pacotilla, igual que eras una pésima actriz.

—Ante el embajador desempeñé bastante bien mi papel.

—¡Se acabaron esos cuentos! Te perdono, en el nombre de Dios, que me engañaras. Yo tampoco soy inocente, desde luego. ¡De todos modos, no quiero saber nada más de ti! A Álvarez no lo he despachado para negociar contigo, sino para ponerte de patitas en la calle sin más discusiones. ¡Márchate, pues! ¡Márchate ahora mismo!

Como respuesta, Rafaela sacó un cigarrillo y lo encendió. El gesto de abrir el bolso y la pitillera, la manipulación del encendedor y las manchas color carmesí que aparecieron en el cigarrillo como huellas del lápiz de labios, todo ello, de parte de una mujer, y de esta mujer en particular, llenó de repugnancia a Juan. Le irritaba, además, el centelleo del anillo.

—¿Temes que pueda aparecer tu novia?
—¡Largo! —gritó Juan—. ¡Ahora mismo!
—Creo que tendrás que volver a acostumbrarte a mi presencia.
—¡No por segunda vez! Tus encantos han perdido su efecto sobre mí. Ya me resultas del todo indiferente, ya solo recuerdo las estafas a las que me obligaste y de las que incluso yo fui víctima.
—Lo que pasa, Juan —dijo ella—, es que tú no me resultas indiferente.
—Si no hubieras querido separarte de mí, no te habrías largado... ¡y menos aún con mi dinero!
—Sé sincero, hombre —dijo Rafaela—. ¿Por quién lloraste más, por el dinero o por mí? Ahora bien, yo también admito no haberte seguido únicamente por tu persona.
—¡No me has amado nunca!
—Sí. Pero mi interés por ti es ahora de otra índole.
—Me importa un pepino la índole de tu interés por mí.
Rafaela quitó la ceniza de su cigarrillo. Mientras, sus pulseras centelleaban sobre su mano, y él se irritó por el tintineo de esos brazaletes.
—Escucha, Juan —dijo ella—, antes eras un joven sin rango ni nombre y con muy poco o nada de dinero. Yo era una joven bastante guapa y también carente de dinero. Yo sigo igual, pero tú posees ahora un título y te has convertido en una persona adinerada y, hasta podría decirse, rica. Tú lo has conseguido, yo no. Lo más lógico es, por tanto, que yo también lo intente, ¿no?
—¡Inténtalo, pues! —exclamó Juan—. Pero sin mí.
—Tendrás que desempeñar algún papel en todo esto, desde luego.
—No sabría cuál.
Ella lo miró y se echó a reír:
—Tendrás que casarte conmigo, mi querido Juan.
—¡No me hagas reír! —soltó él.
—Sí, sí, no te rías, que esto no es tan divertido como la forma en que llegaste a conde después de estafar treinta mil pesos al embajador.
—¡Quince mil! —gritó él, furioso—. Fuimos los dos juntos, o ninguno, los que le estafamos los treinta mil. O sea, que los otros quince corren a tu cargo, al margen de que, para colmo, te largaste con los que me correspondían. Por cierto, al embajador ya se le ha devuelto entretanto la suma total de treinta mil pesos.
—¡Pues tanto mejor! —dijo Rafaela—. Pero, oye, no negociemos como contables. Basta con que nuestro pasado esté repleto de bellos recuerdos, pero también de alguna zona oscura, y que tú prefieras, lógicamente, que yo no proyecte luz sobre esta oscuridad.
—¡No olvides —gritó él en tono amenazante— que mi pasado es también el tuyo!
—Pero yo no soy una condesa, o no lo soy todavía y, por tanto, el esclarecimiento de mi pasado no me resulta ni por asomo tan embarazoso como lo sería para ti, que eres un conde.
—¡Yo no soy un conde!
—Pero pretendes serlo. En resumen: como hemos realizado juntos algunas cosas que no son del todo impecables, lo más lógico es que las hagamos desaparecer también juntos. Concretamente, tú a través de mí y yo a través de ti. Dicho de otro modo: casándonos el uno con el otro.
—¡No, no es lo más lógico! Porque no me casaré contigo, sino con Beatriz Pereira.
—Eso no lo admitiré.
—Aun así, me casaré con ella.
—En tal caso, haré saber a la señorita Pereira qué clase de caballero eres.
—¡No lo harás!
—Sí, Juan. Lo digo en serio.
—¡Vete al diablo —gritó él—, de verdad!
—El diablo, mi querido Juan —explicó Rafaela al tiempo que apagaba su cigarrillo—, el diablo no acoge nunca a las personas a las que debería acoger, ni Dios socorre a las personas a las que, de hecho, debería socorrer. Es un mundo imperfecto, pero deberás conformarte con él. Yo también me he conformado con él. ¿O crees tú que me gustó estafar al embajador? Habría preferido no tener que hacerlo, pues era consciente de que eso nos separaría, incluso aunque no me hubiera largado con tus quince mil pesos. Por eso preferí agarrarlos allí mismo y largarme. No obstante, si hubiéramos permanecido juntos, habríamos sido sin duda muy felices... Más felices al menos de lo que tú llegarás a ser nunca con esa pava, con tu nueva rica, con la Pereira esa...
—¡Te prohíbo mencionar de tal forma a mi prometida! —gritó Juan.
—Oye, ¿por qué gritas todo el tiempo? ¿Es ese el buen tono entre vosotros, los aristócratas? Por cierto,

¿cuándo deberíais casaros, tú y esa...?

—Mañana —contestó él rechinando los dientes para no volver a gritar—. Y no deberíamos casarnos mañana, sino que lo haremos: nos casaremos mañana.

—No lo creo —dijo Rafaela—. Sin embargo, ya no os queda mucho tiempo para renunciar el uno al otro. Todo se ha producido de una manera un tanto repentina, lo admito. Pero, claro, me enteré hace muy poco de que pretendías casarte, y tengo que dejarte unas horas, desde luego, para cambiar tus decisiones.

—¡Ni se me pasa por la cabeza cambiar mis decisiones!

—Lo harás, lo harás —dijo Rafaela, y se levantó—. Háblalo con la señorita Pereira y comunícale que vuestro matrimonio se ha ido al garete.

—Escucha —dijo él, blanco como el papel—, no me vas a desbaratar este buen partido.

—Sí, sí.

—¿Cuánto pides por retirarte?

—Nada. Yo ya no me embarco en cosas así. Ya no tengo ganas de vivir de dinero estafado e indemnizaciones. En el fondo, no soy una aventurera. Deseo eso que se llama un futuro asegurado y, para ser sincera, sigo prefiriendo casarme con un conde falso que mantener una relación con uno de verdad. Lo siento, pero no puedo dejar escapar esta oportunidad. Me voy, Juan. Ojalá que cuando vuelva hayas recobrado la razón. ¡Hasta entonces, pues!

Lo saludó con un gesto de la mano y se marchó.

Juan se quedó en el centro de la habitación, deseando creer que todo había sido una simple pesadilla. Sin embargo, no tenía tiempo para pensamientos inútiles.

—¡Antonio! —llamó a voz en grito.

Antonio acudió a toda prisa.

—¡Comuníquese enseguida con la señorita Pereira! —ordenó Juan—. Le pido que venga a verme. Ahora mismo.

—Sí, señor —dijo el sirviente, y mientras salía precipitadamente por una puerta, Juan lo hacía por la otra. En la habitación contigua se topó con Álvarez.

—¿Qué? ¿Ya se ha ido nuestro encanto? —preguntó este.

—¡Déjeme en paz! —gritó Juan, y atravesó la habitación con pasos apresurados.

—Aun así, debería haber tenido usted la amabilidad de avisarme de que se marchaba —dijo Álvarez mientras lo seguía.

—¡Ni hablar! —chilló Juan, y abrió la puerta que daba a la escalera.

—¿Sabe usted al menos dónde se aloja?

—No, gracias a Dios no lo sé —respondió Juan, y empezó a subir la escalera.

—¿Dónde podré encontrarla entonces? —se quejó Álvarez, al tiempo que corría tras él. Sobre los dos corredores se cernía todo un cielo de carne de color de rosa: el techo de la escalera era un fresco que representaba el triunfo del amor.

—¡Haga el favor de dejarme en paz! —gritó Juan, que llegó a la siguiente planta y abrió la puerta del cuarto del viejo Moncada.

—¿Qué ocurre? —preguntó el conde. Estaba ante el espejo, a punto de cepillarse prolijamente el pelo, ya un tanto ralo. Juan entró en el cuarto como una exhalación, seguido por Álvarez.

—¡Qué diablos le pasa, Álvarez! ¡Déjenos solos, caray! —chilló Juan. Álvarez se retiró encogiéndose de hombros, ofendido.

—A ver —dijo Moncada, y dejó el cepillo—. ¿Qué ha pasado?

—Algo sumamente desagradable —farfulló Juan.

—¿Qué?

—Ha venido la Andrade.

—¿Quién?

—Rafaela. Ha reaparecido para comunicarme que si no me caso con ella, contará a Beatriz toda la historia con el embajador español.

Moncada se dejó caer sobre la silla.

—¡A esto lo llamo yo un viernes negro! —exclamó—. ¿O qué día es hoy? ¿Jueves?

—¿Qué hacemos?

—¿Cómo se ha enterado la mujer de tu paradero?

—A través de los periódicos, por lo visto. Debe de haber leído alguna de las informaciones sobre mi

noviazgo.

—Pero ¿cómo es que ella está en España?

—Ni idea.

—Se le debería ofrecer dinero para que se marchara —dijo Moncada.

—No quiere aceptarlo. Quiere casarse conmigo.

—De hecho, no puede obligarte. ¿Y con qué dinero queréis hacerlo, pregunto? Porque si no te casas con la Pereira, no poseerás ni un céntimo, nada de nada, y para la Andrade solo tendría sentido casarse contigo si fueras una persona adinerada, es decir, si ya estuvieras casado con la Pereira. Pero como no puedes casarte con ambas, porque no eres turco, la Andrade no sacará ningún provecho casándose contigo.

—Es cierto —dijo Juan—. Ni siquiera se me ocurrió en el primer momento. O sea, que a lo mejor solo quiere una indemnización.

—Una suma muy elevada, sin duda —afirmó Moncada, que se levantó, volvió a coger un cepillo, para la ropa en esta ocasión, y se frotó los hombros. Mientras, se contemplaba en el espejo. Este, muy antiguo y valioso, estaba ya, sin embargo, todo verde, de manera que el conde parecía allí dentro un ahogado en alta mar.

—Pero cuando me haya casado con Beatriz —dijo Juan—, Rafaela volverá a aparecer y volverá a exigir dinero.

—Y se lo podrás dar —replicó Moncada mientras dejaba el cepillo—. Sabe Dios que tendrás suficiente.

—Pero después regresará y exigirá más.

—Y entonces volverás a dárselo. Si no es tuyo.

Cogió un frasco de loción capilar del tocador, la olisqueó y volvió a dejarlo en su sitio. Desde que creía haber descubierto que el asunto podía arreglarse mediante pagos, lo consideraba carente de peligro. No le importaban los pagos, siempre y cuando pudiera hacerles frente. Y ocurría a menudo que tampoco le importaban cuando no podía hacerles frente.

—No —dijo Juan—, eso yo no lo acepto.

El conde se volvió hacia él.

—Mucho me temo, Juan —declaró—, que te has vuelto avaricioso. De hecho, solo se necesita tocar dinero para no querer gastarlo. Uno solo gusta de gastarlo cuando no lo tiene.

—No es eso —replicó Juan—. Pero no dejaré que esa mujer me envenene la vida. Quiero llegar a ser una persona decente y que nadie ni nada pueda recordarme el pasado.

—Perdóname, querido —dijo Moncada, que se sentó sobre el lateral de un sillón y se cruzó de brazos—, pero no te has asegurado tu futuro siendo un dechado de virtud.

—Pues entonces prefiero volver a ser pobre a tener que vivir de una mujer obligada a tapar continuamente con su dinero mis escándalos del pasado.

Moncada se quedó un rato balanceando la punta del pie, contempló luego el zapato y finalmente volvió a mirar a Juan:

—Quizá te lo repienses. Porque esto no tiene ni pies ni cabeza. Primero accedes a una cantidad de dinero mediante una serie de actos que no son del todo limpios. Sin embargo, tan pronto como lo tienes, el dinero, quieres renunciar a él aduciendo tu honor. Ahora bien, cuando hayas renunciado, lo echarás de menos, y te anuncio que volverás a querer acceder al dinero mediante alguna nueva estafa.

—Una extraña conversación entre dos caballeros.

—Por muy caballeros que seamos, yo sé cómo somos en realidad. Por tanto, lo más sensato de tu parte sería no tirar por la ventana los frutos de tu primera estafa. De lo contrario, te verías obligado a cometer de inmediato una segunda. Que quede, pues, en la primera, que es cosa mucho más sencilla e incluso más ética, al margen de que, además, detalle este que no has tenido en cuenta, de que, además, digo, me colocarías en una situación sumamente desagradable... Tan pronto como cancelaras el compromiso matrimonial con la Pereira, volverían a bloquearme todos los créditos, claro. Y, por último, sumirías a tu novia en la desdicha.

—Estoy convencido —dijo Juan— de que Beatriz prefiere renunciar a su felicidad a compartir la vida con un hombre de dudosa reputación.

—En las mujeres eso no es tan seguro. No tienen nuestros conceptos exagerados del honor.

—Bueno, tampoco podemos considerar exagerados nuestros conceptos del honor. Dímelo sinceramente: ¿qué piensas realmente de mí?

Antes de que el conde pudiese contestar, entró Antonio para anunciar la llegada de Beatriz y su doncella.

—¿Me has llamado, Juan? —preguntó Beatriz nada más entrar—. He dicho a mis padres que saldría a pasear un poco por la Puerta del Sol. No sé si me habrán creído.

—Hazme el favor de pedir a tu doncella que salga —rogó Juan.

—Déjanos solos, por favor —dijo Beatriz a la doncella y, cuando esta se hubo marchado, preguntó—: ¿Qué pasa, Juan?

—Escucha, Beatriz —contestó él—, he de confesarte algo.

—¿Ya no me amas? —exclamó la joven, y empalideció.

—¡Te amo más que a mi propia vida! —aseguró Juan—. Pero tengo un pasado.

—Sí, hija mía —intervino Moncada—, no hay vuelta de hoja, los hombres suelen tener un pasado. Las mujeres, en cambio, un futuro. Me gustaría encontrarme igualmente en esa feliz situación. Entregaría todo mi pasado por un segundo futuro.

—Sé que tienes un pasado, Juan —dijo Beatriz—. O al menos me lo imagino. ¿Te resulta incómodo tu pasado?

—Sí —respondió Juan.

—A mí no, Juan. Incluso me alegra que vivieras esto y aquello, por desagradable que fuese. Porque así me serás tanto más fiel y me amarás con tanto más fervor. Yo, en cambio, no apporto nada desagradable a nuestro matrimonio, o eso creo al menos. Pero tal vez no me habría decidido a amarte tanto si no hubiera sabido que has tenido muchas experiencias. De lo contrario, no habría confiado en ti.

—¡Ya ves! —exclamó Moncada—. ¿Qué te decía yo?

Juan le besó la mano:

—¡Y ahora pretenden que me separe de ti!

—Pero no has de separarte de mí, Juan.

—Lo que sucede es que tú misma no querrás saber nada más de mí. Cuando hablo de mi pasado, no me refiero a lo mismo que tú. O no tan solo a eso. Ha habido otras cosas a las que no puedes referirte, porque las desconoces.

—¿Qué otras cosas, Juan? ¿La historia del embajador español, por ejemplo?

Juan creyó no haber oído bien.

—¿Qué em... embajador espa... pañol? —balbuceó.

—El conde de Cortes. La historia de los treinta mil pesos que le birlaste. O el hecho de que no estés realmente emparentado con el conde de Moncada.

—¡Por el amor de Dios! —masculló Juan—. ¿Cómo lo sabes?

—¿Crees que no lo sabía o, cuando menos, no lo intuía de entrada? Lo sospechaba ya en el *Numancia*.

—¡Pues ya está! —exclamó Moncada—. Solo puedo decir una cosa: ¡ya está!

—Y entonces —prosiguió Beatriz con su voz bella y clara— empezó a correr también el rumor de que el conde de Cortes había sido estafado por alguien. Enseguida me di cuenta de que el estafador eras tú. Al principio se intentó echar tierra sobre el asunto y, de hecho, nunca llegó a saberse del todo lo que ocurrió en realidad. Pero ahora ha sido relevado de sus funciones, a pesar de todo.

—¿El embajador? —gritó Juan—. ¡Cielo santo!

—Sea como fuere, tan pronto como te vi por primera vez en el barco, me percaté de que ni tenías dinero ni eras conde, Juan.

—¿Ves, Juan? —intervino Moncada, condescendiente—. Lo que pasa es que se nota. —Disfrutaba muchísimo de la escena, no por malicia, en absoluto, sino por la escena en sí—. No quiero ofenderte, pero uno nace conde. Mi amigo Cortes, por ejemplo, nació conde. Bien es cierto que supo mantenerlo en secreto durante mucho tiempo, pero al final salió a la luz, y por eso ha sido relevado de su cargo.

—Sin embargo —continuó Beatriz—, has sido mucho más amable que todos los condes, Juan. Conozco a varios que me han hecho la corte porque era una heredera rica... Pero no quería aceptar a ninguno. Se habrían casado conmigo solamente por el dinero, y se habría dicho de mí que solo me había casado por el título de condesa. No, Juan, yo enseguida me alegré mucho de que fueras una persona común y corriente.

La voz emanaba claridad, olas de claridad más hermosas que el rumor de aquella fuente que arrojaba pesetas en el patio. La propietaria de esa voz lo sabía todo, no se engañaba, y resultaba imposible engañarla. Juan creía que todo ello le venía de la lectura de los periódicos, a la que la obligaba su padre, y de prestar siempre atención a cuanto decían las personas. Esto, sin embargo, no podía provenir de los diarios políticos ni de la sucia boca de la gente. Provenía de ella misma.

—Claro que habría preferido —añadió— que te hubieras enamorado de mí aunque yo no hubiese tenido dinero. Pero como lo poseo, el dinero, será suficiente para los tres.

—Para los dos, querrás decir —balbuceó Juan.

—No, para nosotros tres. No podemos dejar que el pobre señor conde de Moncada se muera de hambre. Por primera vez en muchos años, el conde sintió que lo embargaba una verdadera emoción.

—Juan —terció—, confío en que vayas admitiendo que no eres digno de esta extraordinaria criatura.

—Escucha, Beatriz —dijo Juan—, puedes jugar con tu dinero como quieras, pero no con tu corazón. Deja de ponerlo, conscientemente, en mis manos, indignas de tenerlo. ¿No quise engañarte a ti también, amor mío, con mi deshonestidad, con mi origen, con todo? Ahora que conoces mi situación, ya no debes seguir ligada a mí.

—Pero si te estoy diciendo que lo sabía todo desde hace tiempo.

—Para colmo, mi pasado no se me apareció solo como un fantasma, sino en carne y hueso. La persona que me indujo a cometer mis estafas ha estado aquí hace un cuarto de hora y...

—Sí, lo sé.

—¿Cómo dices?

—Digo que lo sé. Está en Madrid.

—¿Quién está en Madrid?

—Pues aquella persona.

—¿Lo sabes? Quiero decir, ¿también sabes eso? ¿Y cómo lo sabes?

—Porque llegó con el conde de Cortes.

Juan no daba crédito a sus oídos.

—¿Con quién?

—Con el conde de Cortes.

—¡No paro de oír el nombre de Cortes! —gritó Juan.

—Sí —dijo ella—, Cortes. Ha llegado, y ella con él. Ha provocado un revuelo importante, claro...

—¡Conque Cortes ya está en Madrid! —intervino también Moncada.

—Sí.

—¿Desde cuándo?

—Desde ayer.

—¡Imposible! —gritó Juan.

—¿Por qué, Juan? —preguntó Beatriz—. ¿Qué es imposible?

—Qué él y ella...

—Sí, sí.

—Debe de ser otra.

—No, es la misma. Rafaela Andrade.

—¿De dónde conoces su nombre? ¿Qué más sabes?

—A ver, Juan —dijo Beatriz—, como me interesaba por ti, me interesé también un poco por tus anteriores amigas y...

—Escuche, hija mía —terció Moncada—, es imposible que esta mujer y el conde de Cortes... Es decir: puede haber llegado con él, pero no venga usted a decirme que ha venido acompañada por él.

—Sí, señor conde. Tal vez no sea muy decoroso lo que digo, pero llegó realmente acompañada por él.

—Pero, querida, Cortes la echó del hotel en que se hospedaba con Juan... Según la versión de Juan, al menos... Y confío, Juan, en que esto no sea otro invento...

—¡En absoluto!

—¡Pues bien! Si Cortes la expulsó del hotel, ¿cómo es que se planta aquí con ella?

Beatriz se vio en un apuro.

—Tendrá que preguntárselo al propio conde de Cortes —dijo—. Probablemente le gustó a pesar de, o quizá debido a, la escena que tuvo con esta mujer, y cuando se deshizo de Juan, aprovechó la oportunidad para acercarse a ella...

—¡Me he quedado sin palabra! —exclamó Moncada.

—¡Yo también! —gritó Juan—. ¿Qué se le habrá metido en la cabeza?

—Efectivamente —dijo Beatriz—. Porque después de pasar por aquella historia contigo, ya no superó este segundo caso. Enseguida fue relevado de su cargo y en todo Madrid no se habla de otra cosa...

—¡Y ahora viene y, para colmo, se la trae! —exclamó Moncada—. ¡Es la debilidad mental! ¡La demencia senil!

—¡Pero que esa persona tenga, además, el descaro de querer casarse conmigo! —chilló Juan.

—¿Es eso lo que quiere, Juan? —preguntó Beatriz.

—Sí. De lo contrario, dice, anunciará a los cuatro vientos lo que hice.

—Pero también lo hizo ella, ¿no?

—¡Es más, fue ella quien me indujo a obrar así!

—Pues dile entonces que lo anuncie tranquilamente. Yo ya lo sé de todos modos, y si lo anunciara de verdad, se perjudicaría tanto a sí misma como a ti.

—Pero tus padres no consentirían entonces tu boda conmigo. ¡Cómo quedarías tú!, ¡cómo quedaría tu familia a los ojos del mundo!

—Juan —dijo Beatriz—, si esta persona te ha amenazado con contar estas revelaciones, seguirá haciéndolo.

—Salvo si me caso con ella.

—¿Quieres?

—¡Jamás!

—Pues ya está. Has de decirle simplemente que actúe como le parezca oportuno. Porque incluso si lograra frustrar nuestra boda, yo no dejaré de amarte. ¿O dejarías tú de amarme?

—¡Nunca jamás!

—Lo sabía, Juan. Quiero decir: esto también lo sabía...

—Me enjugo una lágrima de emoción —intervino Moncada—. Ahora, sin embargo, la situación se ha vuelto realmente precaria...

—¡Qué más da! —exclamó Juan—. Eso sí, tenemos claro lo que hemos de hacer. —Llamó—: ¡Antonio!

Antonio entró.

—Telefonee usted a cuantos hoteles pueda, Antonio, hasta averiguar el paradero de una tal señorita Andrade... O, mejor todavía, pregunte por el conde de Cortes. Porque allí encontrará también a la señorita Andrade. Pida hablar con ella, dígame que he tomado una decisión y exíjale que acuda en el acto.

—Sí, señor —respondió Antonio, y desapareció.

—Cuando venga, se lo diré todo en la cara. A ver qué nos responde —dijo Juan.

—Insisto, será una simple cuestión de dinero —señaló Moncada—. Todo acaba siendo una cuestión de dinero. La necesidad de tener dinero llega hasta las clases más bajas...

Al final, Álvarez no aguantó más en la habitación en la que había sido confinado. Salió, pues, y se quedó espionando escalera arriba, escalera abajo.

Allí no se movía nada, y el triunfo del amor permanecía en el techo en la misma postura rígida de hacía siglos. No obstante, el aire cargado e incluso la luz, que penetraba con un color lechoso por las ventanas adornadas con barrocos arabescos, parecían temblar por la agitación reinante en la casa.

«¿Qué ocurre aquí? —murmuró Álvarez—. ¡Nerviosismo, rumor de voces, discusiones tras las puertas cerradas! ¿Dónde está la encantadora forastera? Parece no haber venido en el momento oportuno... ¡pero Dios sabe que a mí me llega en el momento oportuno! A todo esto, sin embargo, soy la única persona que no puede hablar con ella o, cuando menos, saber algo sobre ella. ¡Una criatura maravillosa, cautivadora! Un poco demasiado segura de sí misma, he de admitir, un pelín demasiado desenvuelta, sí, casi descarada... Pero precisamente por eso me fascinó desde el primer momento. Si se interesara un poquito por mí, por el amor de Dios, me casaría con ella en el acto, ¡por mucho que se interesara también por otros y, para colmo, por Juan! Debe de ser una diversión enorme impedir a esta mujer que consume sus aventuras y engaños amorosos, que es, sin duda, lo único que tiene en la cabeza. Ya he acabado yo con otros, y sería un auténtico placer meter a esta en cintura. O sea, ¡encerrarla, ponerla a buen recaudo, en un harén, en un serrallo, en el monasterio del matrimonio! ¡Al menos tendría la alegría de ser mi mujer!».

Estas fantasías, características de su temperamento y del hombre del sur en general, estos celos anticipados de una persona de la que ni siquiera sabía el nombre, fueron interrumpidos por Antonio, que subía las escaleras acompañado de una dama. Álvarez la miró y reconoció a la extraña.

A duras penas logró contener un grito. Al tiempo que arrancaba su pañuelo de seda de la manga y se secaba las manos, bajó corriendo las escaleras hacia ella.

—¿Es usted?! —gritó—. ¿Usted en persona? Ya pensaba que no volvería a verla jamás.

—La señorita Andrade desea hablar con el señorito —anunció Antonio.

—¡Venga! —exclamó Álvarez, y arrastró a Rafaela escaleras arriba—. ¡Venga usted conmigo!

—Pero el señorito quiere hablar con la señorita Andrade —objetó Antonio.

—¡Nada! —gritó Álvarez—. Lo importante es, sobre todo, que yo quiero hablar con la señorita Andrade.

—¿Dónde está Juan? —preguntó Rafaela.

—¡Qué más da Juan! —dijo Álvarez a voz en cuello—. ¡Olvídese de él!

—Pero el señorito... —intervino Antonio— y la señorita Andrade...

—¡Largo de aquí! —gritó Álvarez, y arrastró a Rafaela hacia la puerta de su habitación.
—Pero la señorita Andrade... —trató de argumentar Antonio— y el señorito...
—¡Usted calle! —chilló Álvarez, y añadió con tono urgente, volviéndose hacia Rafaela—: ¡Entre por aquí! ¡Por aquí!

Introdujo a Rafaela en su habitación y cerró la puerta de un portazo en las mismas narices de Antonio.
—Dígame, ¿usted quién es? —preguntó Rafaela en voz bien alta.
—¿Yo?
—Sí, ¿cómo se llama y cómo se le ocurre meterme en este cuarto?
—Juan nos presentó. Podría haber sido usted tan amable de recordar que me llamo Álvarez.
—Pero ¿qué es todo esto? Y, en particular, ¿qué hace usted aquí?
—Me ocupo de las finanzas de esta casa.
—¿De las finanzas? —preguntó Rafaela, aguzando el oído.
—Sí. Una empresa desesperada, se lo aseguro.
—¿Cómo que desesperada? ¿Las finanzas de los Moncada?
—¡Por supuesto que sí!
—¡Pero ¿por qué?! —gritó ella, consternada—. Yo creía que la situación económica era extraordinaria..., al menos la del conde.
—Vaya. ¿Por qué creía usted eso?
—Bueno, pensaba yo, el apellido, las fincas...
—¡Caray! —exclamó Álvarez—. Ahora vuelve a tener crédito, pero antes de que se produjera el compromiso matrimonial entre Juan y la joven Pereira, no había nadie dispuesto a prestar ni un céntimo al viejo conde.

Rafaela se lo quedó mirando.
—¿Es eso cierto, señor Álvarez? —preguntó ella.
—Era un secreto a voces. Pero ¿podemos hablar de otra cosa?
—No. Es esto, precisamente, lo que me interesa.
—¿Por qué le interesa?
Rafaela dudó un instante.
—Para serle sincera —dijo—, el joven Moncada fue una persona muy próxima a mí hace un tiempo...
—¡Un joven digno de ser envidiado!
—Y, de hecho...
—¿Sí?
—De hecho, solo he venido a verlo para recordarle que su corazón, que pretende regalar a esta tal Beatriz Pereira, debería pertenecerme a mí. Dígamelo con toda franqueza: ¿he de insistir en los compromisos que en su día contraí conmigo o no?

—¿Aún pregunta una cosa así? —exclamó Álvarez.
—Pues sí.
—Si realmente lo obliga a casarse con usted, no podrá casarse con la joven Pereira, y al cabo de una hora toda la fortuna de los Moncada se habrá ido al garete.
Se hizo el silencio en la habitación, de modo que volvió a oírse la fuente del patio que arrojaba pesetas de plata a su alrededor.

—¿Está usted seguro? —preguntó finalmente Rafaela.
—Tanto más cuanto que, de hecho, la fortuna de los Moncada...
—¿Sí?
—... a raíz de la circunstancia de que he asesorado un poco al anciano conde en asuntos financieros en los últimos años, ya no pertenece a los Moncada, sino...
—¿Sino?
—... a mí.
—¿A usted?
—Por tanto, no está usted ante una persona carente de bienes y si...
—¿Cómo dice?
—Vamos, ¡seamos sinceros el uno con el otro! —dijo Álvarez—. Si usted, en el fondo, no quería casarse con el joven Moncada sino, más bien, con la fortuna de los Moncada, entonces...
—Entonces...
—... entonces podría casarse igualmente conmigo —concluyó Álvarez con brío—, puesto que la fortuna de los Moncada ¡ahora me pertenece a mí!

—¿Le pertenece realmente a usted?

—Así es. Y lo confieso no sin satisfacción. Porque si, de un lado, era imperdonable y hasta necio por parte del viejo conde de Moncada poner su dinero en mis manos, ha sido, de otro, un mérito por mi parte tener las manos allí y recogerlo.

—Y dígame, señor Álvarez —insistió Rafaela—, ¿conoce usted la situación patrimonial de otras grandes familias de la misma manera que la de los Moncada?

—¿Qué otras familias?

—No sé..., la del conde de Cortes, por citar un ejemplo.

—¿Del embajador de España en Argentina?

—Sí. Ha sido relevado de su cargo.

—¿Relevado? Pues tendrá que vivir de una mísera jubilación. Se habrán acabado los complementos, el dinero para los gastos de representación...

—¿Y su fortuna?

—¿Cómo dice?

—Su fortuna, digo.

—No paro de escuchar esta palabra: fortuna. Pero, mujer, llevamos generaciones sin oír nada de la fortuna de los Cortes.

—Muchas gracias, señor Álvarez —dijo Rafaela—. Es suficiente, señor Álvarez.

—¿Se ha interesado usted también por la fortuna del conde de Cortes?

—Si quiere expresarlo así...

—Ha perdido usted el tiempo —dijo Álvarez—. Igual que nosotros estamos perdiendo nuestro valioso tiempo. Pronto aparecerá Juan por aquí para interrumpirnos y fastidiarnos. Dígame, por tanto —continuó con tono fogoso—, ¡dígame ahora mismo si está usted dispuesta a atenderme! Sea usted mi esposa, y entonces nos interesaremos los dos juntos por toda una plétora de diversas fortunas...

—¡Pero si no lo conozco a usted de nada, señor Álvarez!

—Y yo a usted tampoco. ¡Pero he ahí lo bello! Bien es cierto que las personas se casan normalmente porque se conocen la una a la otra. De hecho, deberíamos decir: se casan a pesar de conocerse. Nosotros, en cambio, nos casaríamos porque no nos conocemos. ¡Un matrimonio lleno de sorpresas!

—Bueno —dijo Rafaela—, mientras las sorpresas se las dé yo a usted y no usted a mí...

—¡Por lo visto —exclamó Álvarez—, no es usted del todo reacia a la idea de una relación conmigo! ¡Me haría usted el más feliz de los mortales! Desde el momento en que la vi me dije: ¡ella o ninguna!

—Me parece usted una persona extraordinaria, señor Álvarez. A buen seguro que es muy diferente de los demás hombres.

—¿En qué sentido, si me permite? ¿Porque me decido tan rápido?

—Sí. Y porque la mayoría de los demás habría dicho, si no en el primer momento, sí al cabo de un tiempo: cualquiera menos ella...

—O sea, que podría usted decidirse por mí...

—Quizá, señor Álvarez.

—¡Esta palabra, quizá, pronunciada por sus labios, casi equivale a un sí!

—¿Cómo lo sabe? —exclamó Rafaela.

—Me lo sugiere el corazón. Y ahora revéleme usted por fin cómo se llama.

—Rafaela. ¡No me diga que no lo sabía!

—No. No tenía ni la menor idea. O sea, que en vez de casarse con un gran apellido, se casa usted con un hombre que no sabía ni cómo se llamaba. Encantador, vamos, ¡directamente fascinante!

Dicho esto, cubrió de besos las manos de la mujer. Mientras, aprovechaba para echar un vistazo al brillante que adornaba uno de sus dedos. No está mal, pensó, aunque el engarce parece un pelín anticuado. Una joya de la familia. Pero no de la suya, desde luego. ¡Fundemos, pues, una nueva! Y la arrimó a sí. Sin embargo, en el preciso instante en que se disponía a besarla en la boca, entró Juan. Rafaela y Álvarez se separaron de golpe.

—Rafaela —dijo Juan—, te he llamado para decirte que...

—¡Está bien, Juan! —lo interrumpió ella—. Yo también he venido tan solo para decirte...

—Resulta que tienes toda la razón, Rafaela —la cortó él—, el pasado no se deja engañar. Se alza una y otra vez ante nosotros, aunque uno crea que...

—Sin duda, Juan, sin duda —se apresuró ella a asentar—. Pero entretanto he cambiado de parecer y...

—¡No, Rafaela! No tiene ningún sentido cambiar de parecer y hacer como si lo ocurrido no hubiera ocurrido...

—Pero el pasado, pasado está, Juan, y es inútil hurgar en los viejos recuerdos...

—¡No es inútil! —gritó él—. Porque es preciso asumir cuanto se ha hecho alguna vez, y sería en vano...

—¡Por supuesto! —dijo Rafaela alzando la voz—. ¡Absolutamente en vano! Y por eso conviene que no sigamos...

—¡Sí, Rafaela! Porque uno no hace desaparecer nada de este mundo callándolo, sino confesándolo. Por eso me he decidido...

—¡Es hermoso —gritó Rafaela para interrumpirlo—, es muy hermoso que te hayas decidido, Juan! ¡Y te felicito por ello! ¡Sí, te felicito de todo corazón!

—¿Por qué me felicitas? —preguntó él, sorprendido.

—Por tu decisión. Por tu prometida. E incluso, si quieres, por tu condal padre. Pero también tú puedes felicitarme.

—¿Sí? —preguntó él extrañado—. ¿Por qué motivo, si puede saberse?

—Porque también me he prometido, Juan. Me he prometido aquí mismo con el señor Álvarez.

—¿Prometido?! —chilló Juan—. ¡¿Con Álvarez?!

—Así es —terció Álvarez—. Por mucho que intentara usted evitarlo. Porque se ha clavado usted como una cuña entre Rafaela y un servidor...

En ese instante, la puerta se abrió de repente y entró Beatriz seguida por Moncada.

—A ver, Juan —preguntó ella en voz bien alta—. ¿Ya le has explicado todo? ¿Tanto necesitas para decirle que puede sumirnos en la desdicha a todos, pero que aun así no conseguirá impedir que nos amemos?

—Lo siento —intervino Moncada—, pero no hubo manera de retenerla. Quería a toda costa...

—¡Beatriz! —gritó Juan—. ¡Padre! Felicidad a la señorita Andrade y al señor Álvarez. Acaban de prometerse.

—¿Qué? ¿Cómo? —exclamó Moncada—. ¿Prometerse? ¿Álvarez? ¿Con la Andrade? ¡Me volveré loco!

Sin embargo, fue interrumpido por Antonio, que entró precipitadamente y anunció:

—¡Su excelencia, el ministro plenipotenciario, conde de Cortes!

Tras él entró, sin más dilación, el propio Cortes. Se acercó a Moncada, lo abrazó y dijo:

—¡Amigo mío! ¡Viejo amigo! ¡Por fin! ¡Después de tantos años!

—Gracias, amigo —respondió Moncada—, gracias por no olvidarme, por haberme devuelto a mi hijo, por haber viajado, a buen seguro, para acudir a la boda...

Y también lo abrazó.

—Para ser sincero —dijo Cortes—, he procurado unir lo agradable con lo desagradable o, si usted prefiere, lo desagradable con lo agradable. Resulta que me han relevado de mi puesto en Argentina. Malas lenguas me acusaban de no haber resuelto de manera satisfactoria ciertos asuntos, ciertos casos ocurridos en los últimos tiempos... No sabría decir de qué se trataba y solo son, de hecho, rumores muy difusos... Un diplomático es siempre como un cornudo. Todos lo saben menos él...

—¡Eso sí, mis asuntos los ha resuelto usted de una manera brillante! —dijo Moncada—. Y no solo ha hecho felices a mi hijo y a la señorita Pereira, sino también al señor Álvarez y a la señorita Andrade...

—¿Qué? ¿Cómo? —exclamó Cortes, que acababa de percatarse de la presencia de Rafaela—. ¿Cómo es que estás..., que está usted aquí?

—Ella ha superado su dolor por haber perdido a mi hijo —declaró Moncada— y se ha prometido con el encargado de mis finanzas, el señor Álvarez.

—¿Será posible? ¡Vaya golpe! —balbuceó Cortes.

—Serénese, amigo —le susurró Moncada al oído.

—¡La infiel!

—¡Guarde usted la compostura! Como diplomático, debe de estar acostumbrado a las sorpresas...

—¡Vaya desgraciada!

—Dé usted las gracias a Dios por haberse deshecho de ella.

—¡Y de las joyas de la familia, o de parte de ellas al menos! ¡Estoy desesperado!

—Alégrese de que el burro se haya quedado con ella. ¡Y sin pedir nada a cambio! ¿Imagina usted la cantidad de dinero que, de lo contrario, le habría costado esta persona?

—¿Usted cree?

—¡Sabe Dios!

—Pues bien —dijo Cortes, haciendo de tripas corazón—, ¡mis parabienes, jóvenes parejas! ¡Mis parabienes! Y usted, señorita Andrade, permítame que la abrace... ¡A usted sobre todo! Pues ha traído,

mediante sus generosas decisiones, la felicidad a tanta gente y, además, se ha hecho feliz a sí misma. ¡Es usted un encanto!

La abrazó. Y mientras la abrazaba, le susurró al oído: «¡Canalla!». Ella no se inmutó y rio, y todos prorrumpieron en aplausos. Acto seguido, salieron de la habitación y pasaron a la gran sala, donde Moncada ordenó a toda prisa que se sirviera caviar y champán; y en el cuarto que acababan de abandonar y en el que tal tumulto había reinado, volvió a reinar el silencio. Solo se oía el rumor de la fuente del patio, y cuando aparecía una ráfaga de viento cálido sobre los tejados, el chorro recorría la superficie del agua y era como si cayeran pesetas de plata, más y más pesetas de plata.



ALEXANDER LERNET-HOLENIA (Viena 1897-St. Wolfgang 1976) es uno de los escritores austríacos más destacados del siglo xx. Su nacimiento estuvo rodeado de rumores, puesto que se sospechaba que el verdadero padre del niño era un archiduque de la Casa de Habsburgo. Comenzó a estudiar derecho, pero al cabo de poco tiempo dejó la universidad para combatir en la Primera Guerra Mundial. A principios de los años veinte, Rainer Maria Rilke, quien junto con Hugo von Hofmannsthal fue su modelo literario, avaló la publicación de sus primeros poemas. En 1926 le otorgaron el Premio Kleist por su obra dramática. Fue amigo de Ödön von Horváth, Leo Perutz, Carl Zuckmayer y Stefan Zweig, con quien escribió la obra de teatro *Quiproquo* (1928). Viajó y publicó mucho durante los años treinta: a esa época pertenecen *Aventuras de un joven caballero en Polonia* (1931), *Yo fui Jack Mortimer* (1933), *El estandarte* (1934) y *El barón Bagge* (1936). De 1941 es la novela *Marte en Aries*, que describe la invasión de Polonia y que estuvo prohibida hasta después de la guerra. En 1942 apareció *Las dos Sicilias* y, en 1948, *El conde de Saint Germain*. En la década de los cincuenta publicó *El conde Luna* (1955). Entre 1969 y 1972 presidió el PEN Club austríaco.